EÇA DE QUEIROZ

EL SEÑOR DIABLO

1
77206

Biblioteca Nacional de España

1
77.206

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ALCAIDE
ENCUADERNADOR
Silva, 10, pral. d.ª
MADRID

Biblioteca Nacional de España

EL SEÑOR DIABLO

POR EÇA DE QUEIROZ

TRADUCCIÓN DE A. GONZALEZ BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

EL SEÑOR DIABLO

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

R 61913

EL SEÑOR DIABLO

POR EÇA DE QUEIROZ

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS

POR A. GONZÁLEZ BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA

Biblioteca Nacional de España

"GRÁFICA EXCELSIOR"
CAMPOMANES, 6. — MADRID

Biblioteca Nacional de España

I

EL SEÑOR DIABLO

¿Conocen al Diablo? No seré yo quien les cuente la vida suya. Y, sin embargo, me sé de memoria su leyenda trágica, luminosa, celeste, grotesca y suave...

El diablo es la figura más dramática de la Historia del Alma. Su vida es la gran aventura del mal. Fué él quien inventó los deleites que hacen languidecer al alma y las armas que ensangrientan el cuerpo. Y no obstante, en ciertos momentos de la historia, el Diablo es el representante inmenso del Derecho humano. Quiere la libertad, la fuerza, la fecundidad, la ley. Y entonces es una especie de Pan siniestro, en el cual rugen las profundas rebeliones de la Naturaleza. Combate el sacerdocio y la virginidad; aconseja a Cristo que viva, y a los místicos que se incorporen a la Humanidad.

Es incomprensible; tortura a los santos y defiende a la Iglesia. En el siglo XVI es el mayor celador de la colecta de los diezmos.

Es envenenador y estrangulador. Es impostor, tiránico, vanidoso y traidor. No obstante, conspira contra los emperadores de Alemania; consulta a Aristóteles y a San Agustín, y tortura a Judas, que vendió a Cristo, y a Bruto, que apuñaló a César.

Biblioteca Nacional de España

El Diablo tiene al mismo tiempo una tristeza inmensa y dulce. ¡Tiene tal vez la nostalgia del cielo!...

Aún joven, cuando los astros le llamaban Lucifer, *el que lleva la luz*, se revuelve contra Jehovah, y manda una gran batalla entre las nubes.

Después tienta a Eva, engaña al profeta Daniel, silba a Job, tortura a Sara, y en Babilonia es jugador, payaso, difamador, libertino y verdugo... Cuando los dioses fueron desterrados, acampa con ellos en las húmedas selvas de la Galia, y embarca expediciones olímpicas en los navíos del Emperador Constancio. Lleno de miedo, delante de los ojos tristes de Jesús, viene a torturar a los monjes de Occidente.

Escarnecía a San Macario, cantaba salmos en la iglesia de Alejandría, ofrecía ramos de claveles a Santa Pelagia, robaba las gallinas del abad de Cluny, cosquilleaba en los ojos a San Sulpicio y por la noche llegaba, cansado y empolvado, a llamar a la portería del Convento de Dominicos en Florencia, e iba a dormir en la celda de Savonarola.

Estudiaba el hebreo, discutía con Lutero, anotaba glosas para Calvino, leía atentamente la Biblia y venía al anochecer a las encrucijadas de Alemania a jugar con los frailes mendicantes, sentado en la hierba o sobre la silla de su caballo.

Intentaba procesos contra la Virgen; y era el pontífice de la misa negra, después de haber inspirado a los jueces de Sócrates. En sus días de senectud, él, que había discutido con Atila planes de batalla, dábase al pecado de la gula.

Y Rabeláis, cuando lo vió así, fatigado, maltrecho, calvo, gordo y soñoliento, le silbó. Entonces el demo-

Biblioteca Nacional de España

nógrafo Wier escribe contra él folletos sanguinarios y Voltaire lo acribilla de epigramas.

El Diablo sonríe, mira en derredor suyo los calvarios desiertos, escribe sus memorias, y en un día nublado, después de haber dicho adiós a sus viejos camaradas, los astros, muere fatigado y silencioso.

El Diablo fué celebrado por los sabios y por los poetas. Proclo enseñó su sustancia, y Presul, sus aventuras nocturnas. Santo Tomás reveló su destino. Torquemada dice su maldad, y Pedro de Lancre, su inconstancia jovial. Juan Dique escribió sobre su elocuencia, y Jacobo I de Inglaterra hizo la corografía de sus Estados. Milton cantó su belleza, y Dante escribió su tragedia. Los monjes le levantaron estatuas. Su sepulcro es la Naturaleza.

El Diablo amó mucho. Fué enamorado gentil, marido, padre de generaciones siniestras. Fué querido, en la antigüedad, de la madre de César, y en la Edad Media fué amado de la bella Olimpia. Casóse en Brabante con la hija de un mercader. Tenía lánguidas entrevistas con Fredegunda, que asesinó a dos generaciones. Era el enamorado de las frescas serenatas dadas a las mujeres de los mercaderes de Venecia.

Escribía melancólicamente a las monjas del convento de Alemania.

Feminae in illius amore delectantur, dice trágicamente el abad César de Helenbach. En el siglo XII tentaba con miradas llenas de sol a las madres melodramáticas de los Burgraves. En Escocia había grandes miserias sobre los montes; el Diablo compraba por quince chelines el amor de las mujeres de los *highlanders*, y les pagaba con dinero falso que fabricaba en

Biblioteca Nacional de España

compañía de Felipe I, de Luis VI, de Luis VII, de Felipe el Hermoso, del Rey Juan, de Luis XI, de Enrique II, con el mismo cobre de que se hacían las calderas donde se cocía vivos a los monederos falsos...

Pero yo sólo quiero contar la historia de un amor desventurado del Diablo en tierras del Norte.

¡Oh, mujeres, vosotras que lleváis dentro del pecho el mal que nada cura, ni los ungüentos, ni los bálsamos, ni los rocíos, ni los rezos, ni el llanto, ni el sol, ni la muerte, venid a oir esta historia florida!...

Era en Alemania, donde nace la flor del absintio.

La habitación era toda de madera, adornada, bordada, repujada, cincelada, como la sobrepelliz del señor Arzobispo de Ulm.

María, clara y rubia, hilaba en el balcón, lleno de tiestos, de trepadoras, de ramajes, de palomas y de sol. En el fondo del balcón había un Cristo de marfil. Las plantas limpiaban piadosamente, con sus manos de hojas, la sangre de las llagas; las palomas, con el calor de su buche, calentaban sus pies doloridos. En el fondo de la habitación, el padre de ella, anciano, bebía la cerveza de Heidelberg, los vinos de Italia, las sidras de Dinamarca. Era vanidoso, gordo, soñoliento y malo.

Y siempre hilaba la muchachita. Preso a la rueca por un hilo blanco, siempre el huso saltaba; preso a su corazón por una tristeza, siempre vibraba un deseo.

Y todo el día hilaba.

Ahora debajo del balcón pasaba un lindo mozo, de-

Biblioteca Nacional de España

licado, melodioso y tímido. Venía a recostarse en la columna frontera.

Ella, sentada junto al crucifijo, cubría los pies de Jesús con sus largos cabellos rubios.

Las plantas y los follajes encima, envolvían en frescura y en sombra la cabeza de la imagen. Parecía que toda el alma de Cristo estaba allí; consolado arriba en forma de planta; amado debajo en forma de mujer.

El, el blanco mozo, era el peregrino de aquella santa. Y su mirada buscaba siempre el corazón de la dulce muchachita, y la mirada de ella, seria y blanca, iba a buscar el alma de su bien amado.

Los ojos escrutaban las almas. Y venían radiantes, como mensajeros de luz, a contar lo que habían visto. ¡Y era un encanto!...

—¡Si tú supieses!—decía una mirada—. El alma de ella es inmaculada.

—¡Si tú vieses!—decía la otra—. El corazón de ella es sereno, fuerte y rojo.

—¡Y es consolador aquel pecho donde hay estrellas!...

—¡Y purificador aquel seno donde hay bendiciones!...

Y miraban ambos, silenciosos, extáticos, perfectos. Y la ciudad vivía; los árboles crujían bajo el balcón del palacio de los Electores; la trompa de caza sonaba en las torres; los cantos de los peregrinos en los senderos; los santos leían en sus nichos; los diablos burlábanse en la escalinata de las iglesias; los almendros tenían flor, y el Rhin arrastraba cánticos de las lavanderas...

Y ellos se miraban y los follajes anidaban los sueños y Cristo anidaba en las almas.

Biblioteca Nacional de España

Una tarde, las ojivas estaban radiantes, como mitras de arzobispos, el aire era suave, el sol habíase ocultado, los santos de piedra estaban enrojecidos, o por los reflejos de la luz o por los deseos de la vida. María, en el balcón, hilaba su madeja. Jusel, recostado en el pilar, hilaba sus deseos.

Entonces, en el silencio, a lo lejos, oyeron gemir la guitarra de Inspruck que los pastores de Helyberg pulsan, y una voz robusta cantó:

Tus ojos, mi bien amada,
son cual dos noches cerradas;
mas los labios son de luz
y ellos cantan alboradas.

Tus senos, ¡reina de gracia!,
son cual dos puertas de cera...
Si mi boca fuera un sol
¡cómo te las derritiera!...

Tus labios, ¡oh, flor de carne!
son puertas del paraíso;
y el banquillo de San Pedro
está en la muela del juicio.

Querría tener camisa
de un tejido bien hilado,
hecha de todos los ayes
que ya tu pecho ha exhalado.

El día que nos casemos
dirá misa el ruiseñor
y tu vestido de novia
será tejido de sol!...

Biblioteca Nacional de España

La bendición nos dará
una encina fatigada;
y por regalos de boda
tendremos gotas de escarcha (1).

Y al fondo de la calle apareció un hombre fuerte, de una palidez de mármol. Tenía los ojos negros como los dos soles legendarios del país del mal. Negros eran los cabellos, fuertes y resplandecientes. Llevaba prendida al pecho una flor roja de cactus.

Detrás venía un paje perfecto como una de las antiguas estatuas que crearon en Grecia la leyenda de la Belleza. Andaba convulsamente como si se hiriese los pies en las losas. Tenía los ojos inertes y fijos de los Apolos de mármol. De su traje se exhalaba un olor de ambrosía. La cabeza era triste y serena, como la de los que tienen la nostalgia inmortal de una patria querida. Traía en la mano un ánfora esculpida en Mileto, donde se sentía la suavidad de los néctares olímpicos.

---

(1) Se advierte que estas estrofas, de positivo mal gusto, imputable al autor (pues las he traducido literalmente), son una mezcla de las reminiscencias de literatura germánicas, que en aquella época cultivaba Eça, dándoles un tono general de *fado* de su tierra, que muestra por resultado un producto bastante deficiente. Eça, por lo demás, nunca fué un poeta, aunque en la misma época en que escribía estas páginas, publicase la *Serenata de Satán a las estrellas* (véase la revista *Revolução de Setembro*, 29 de Agosto de 1869); serenata que tiene vestigios de lecturas de Baudelaire y de Gerardo de Nerval, y a la cual él luego había de aludir poética y saudosamente, como una evocación de juventud, en *Correspondencia de Fradique Mendes*.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

El hombre de la palidez de mármol vino hasta el balcón, y entre las gemebundas súplicas de la guitarra, dijo sonoramente:

—La gentil moza, la linda Isolda del balcón, ¿permite que estos labios de hombre vayan como dos peregrinos colorados de sol, en dulce romería de amor, de sus manos a su cuello? (1)

Y mirando a Jusel, que deshojaba una margarita, cantó lentamente, con grandes risotadas frías y metálicas:

Quien despluma a un ruiseñor
y rasga una triste flor,
muestra que dentro del pecho
sólo hay harapos de amor...

Y alzó hacia el balcón sus ojos terribles y desola-

---

(1) A los admiradores de Queiroz que conocen todo el encanto del estilo sobrio, terso e impecable de sus novelas, hay que advertirles para que no les asombre este estilo dificultoso, erizado de conceptismos y de imágenes rebuscadas, estilo laborioso y gongorista, que parece tener reminiscencias de nuestro siglo de oro, que este ensayo está sacado de *Prosas bárbaras*, recopilación de sus primicias literarias, publicadas en *Revolução de Setembro* y *Gazeta de Portugal*, de las cuales se reía él mismo a carcajadas, cuando dos años después Jaime Batalha Reis le releyó las "Memorias de una horca", que se incluyó luego en el mismo volumen. "Al oir su obra primitiva, Eça de Queiroz soltaba carcajadas sarcásticas, gritos de indignación contra las imágenes, el asunto, el estilo." (Jaime Batalha Reis: *Introdução ás Prosas Barbaras*, VIII, p. LXV; véase la tercera edición; Porto, 1917, que es la que ahora tengo a la vista, o cualquiera de las dos anteriores.)—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

dores, como blasfemias de luz. María había retirado su rueca y sólo había en el balcón las aves, las flores y Jesús...

—La golondrina voló—dijo jovialmente.

Y luego dirigiéndose a Jusel:

—Es que tal vez sintiese la proximidad del buitre. ¿Qué dice el Bachiller?...

Jusel, con los ojos serenos, deshojaba la margarita.

—En mi tiempo, señor Suspiro—dijo el hombre de los ojos negros, cruzando lentamente los brazos—, habría aquí dos espadas haciendo vibrar en la sombra chispas y centelleos. Pero los héroes desaparecen y los hombres nacen cada vez más del dolor de las mujeres. ¡Vean a éste!... Es un corazón con jubón y gorra. Pero corazón blanco, pardo, grisáceo, de todos los colores, menos rojo y fuerte. ¡Pues bien! Aquella muchachita tiene unos cabellos rubios que dicen bien con mis cabellos negros. Los talles finos requieren brazos fuertes. Los labios rojos de deseo gustan de las armas rojas de sangre. ¡Es mía la dama, señor Bachiller!...

Jusel había bajado sus grandes párpados elegíacos, y veía los pétalos arrancados de la margarita caer como deseos asesinados, desprendidos de su pecho.

El hombre de los ojos resplandecientes le oprimió enérgicamente la mano.

—Bachiller Ternura—dijo—: hay aquí cerca un lugar donde las flores silvestres nacen expresamente para los inocentes que mueren. Si tienes que dejar algunos bienes, te recomiendo a este excelente Rabil. (Era el paje.) Es necesario proteger a las aves nocturnas. Los buitres bostezan desde que terminó la

Biblioteca Nacional de España

guerra. Voy a darles huesos tiernos. Si quieres dejar el corazón a la bien amada, a estilo de los trovadores, yo me encargo de venírselo a traer, bien empapado en fango, en la punta de la espada... Eres hermoso, amado, blanco, delicado, perfecto. ¡Fíjate, Rabil!... Es una farsa bien jugada al compadre de allá arriba, de los cielos, la de destrozarle esta belleza. Si estabas enamorado de alguna estrella, yo le mandaré, por un buen portador, tus últimos adioses. En cuanto a los últimos sacramentos, son inútiles; yo me encargo de purificarte por el fuego. Rabil, toca en la guitarra el responso de difuntos; anuncia en los infiernos al Bachiller Suspiro. ¡Andando, hijos míos!... ¡Ah!... ¡Pero en duelo secreto y con armas honradas!...

Y batiendo heroicamente en el pomo de la espada:

—Yo tengo aquí esta debilidad; ¿dónde está tu fuerza?

—Allí—respondió Jusel, mostrando a Cristo en el balcón, lleno de plantas y de palomas, iluminado por el sol que se ocultaba, blanco entre el follaje, agonizante entre las palpitaciones de las alas...

—¡Ah!—dijo cavernosamente el hombre de la flor de cactus—. ¡A mí, Rabil!... ¿Te acuerdas de Acteón, de Apolo, de Derceto, de Inaco y de Marte?...

—Eran mis hermanos—dijo lentamente el paje, yerto como una figura de piedra.

—Pues bien, Rabil, de frente, a través de la noche. ¡Me llega aquí el olor de las tierras de Jerusalén!...

Y se hundieron debajo de las arcadas y de las pilastras, siniestros, sollozando.

Había a la noche siguiente en Alemania un claro de luna purificador. María estaba de bruces al balcón.

Biblioteca Nacional de España

Era la hora celeste en que los jazmines conciben. Abajo, la mirada de Jusel, que estaba recostado en la columna, se extasiaba ante aquel cuerpo femenino y blanco, como el agua en los jardines, que asciende en surtidor y suspira rumorosamente hacia lo azul.

María dijo con un suspiro:

—Ven...

Jusel subió al balcón radiante. Sentáronse al pie de la imagen. El aire estaba tan sereno como en la patria de las almas. Los dos cuerpos inclinábanse el uno hacia el otro como si los estuviesen aproximando los brazos de un Dios.

Los follajes oscuros que envolvían a Cristo extendíanse sobre las dos cabezas rubias con gestos de bendición. Había en la tepidez de las sombras un misterio nupcial. Jusel tenía las manos de ella presas como pájaros cautivos, y decía con la voz humilde de los corazones primitivos:

—Quería verte así cerca de mí. ¡Si supieses! Tengo dudas infinitas... ¡Eres tan rubia, tan blanca!... Tuve un sueño que me asustó. Era en un campo. Estabas de pie, inmóvil; oíase un coro que cantaba dentro de tu corazón. En derredor se trenzaba una danza nebulosa de espíritus. Y decían unos: —Aquel coro es de difuntos; son los amantes infelices que lloran en el corazón de aquella mujer. Otros decían: —Son las tristezas de los *minnesingers* (1) errantes que allí sollozan. Otros decían: —Sí, aquel coro es de difuntos;

(1) Conservo la palabra en alemán tal como la deja Eça de Queiroz, sin duda para dar más colorido local a la escena; pero nadie ignora que *minnesinger* es el equivalente germánico de trovador.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

son nuestros dioses queridos que lloran su destierro. Y entonces yo me adelanté y dije: —Sí, sí, aquel coro es de difuntos; son los deseos que ella sintió por mí, que recuerdan y gimen... ¡Qué sueño tan malo, tan malo!...

—¿Por qué estás tú—preguntaba ella—todos los días recostado en la columna con las manos cruzadas?

—Estoy leyendo las cartas de luz que tus ojos me escriben...

Calláronse. Eran en aquel momento el alma florida de la noche...

—¿Cuáles son mis ojos? ¿Cuáles son tus ojos?—decía Jusel—. Ni yo lo sé...

Y quedaron callados. Sentía él los deseos que se desprendían de sus ojos y venían a caer, como pájaros heridos que gimen, en el fondo de su alma, sonoramente:

Inclinando el cuerpo, dijo ella:

—¿Conoces a mi padre?...

—No. ¿Qué importa?

—¡Ah, si tú supieses!...

—¡Qué importa? Estoy aquí. Si te quiere bien ha de agradarle este mi amor, que está siempre a tus pies como un perro. ¿Qué quiero yo? Tener tu alma presa, bien presa, como un pájaro cautivo. Esta pasión te deja tan inmaculada, que si murieses podrías ser enterrada en la transparencia del azul. Los deseos son una espina: ¿quieres que los arranque?... Tú eres el pretexto de mi alma. Si no me quisieras, dejábame andar en harapos. Porque yo entre en tu corazón, no saques nada de él, ¿eh? Tienes allí la fe de Jesús y la *saudade* de tu madre; déjalas estar; todos

Biblioteca Nacional de España

nos encontramos bien allá dentro, contemplando el interior de tu mirada como un cielo constelado. ¿Qué quiero yo de ti? Tus penas. Cuando llores, ven a mí. Me destrozaré el alma en jirones para que tú enjugues los ojos. ¿Quieres? ¡Casémosnos en el corazón de Jesús! Dame esa aguja que prende tu cabello. Será nuestra estola.

Y con la punta de la aguja, de pie, junto a la imagen, separando los ramajes, transfigurado y celeste, grabó sobre el pecho de Cristo las iniciales de los dos nombres enlazados: M y J.

—Es nuestro noviazgo...—dijo él—. El cielo nos envía los astros, confites de luz. Cristo no se olvidará de este amor que llora a sus pies. Las exhalaciones divinas que salieron de su pecho aparecieron allí arriba con la forma de nuestras letras. Dios sabrá este secreto... ¿Qué importa? Yo ya se lo había dicho a El, a las estrellas, a los pájaros, a las florescencias, porque... ¿ves tú?, las constelaciones, las palomas, todo esto, toda esta efusión de bondad, de inocencia, de gracia, era simplemente, ¡oh adorada!, un eterno billete de amor que yo te escribía...

Y arrodillados, extáticos, callados, sentían mezclarse a su corazón, a sus confidencias, a sus deseos, toda la vaga e inmensa bondad de la religión de la gracia.

Y sus almas hablaban, llenas de misticismo.

—¿Ves tú?—decía el alma de ella—. Cuando te veo, parece que Dios disminuye y se contrae y viene a anidar todo en tu corazón; cuando pienso en ti, paréceme que tu corazón se amplía, se extiende, abarca el cielo y los universos, ¡y encierra por todas partes a Dios!...

Biblioteca Nacional de España

—Mi corazón—suspiraba el alma de él—es una concha. Tu amor es el mar. Mucho tiempo esta concha vivirá ahogada y perdida en ese mar. Pero si tú me expulsases de tu lado, como en una concha abandonada se oye aún el rumor del mar, en mi corazón abandonado se escucharía siempre el susurro de tu amor!...

—Mira—decía el alma de ella—: yo soy como un campo. Tengo árboles y hierbas. Lo que hay en mí de maternidad es árbol para cubrirte; lo que hay en mí de pasión es hierba para que la pises.

—¿Sabes?...—decía el alma de él—. En el cielo hay una floresta invisible de la cual apenas se ven las puntas de las raíces, que son las estrellas... Tú eres el jilguero de aquellas arboledas. Mis deseos te hirieron. Yo hace mucho que te veo venir cayendo por el aire, gimiendo; resplandeciente, si el sol te ilumina; triste, si la lluvia te moja. Y hace mucho que te veo venir descendiendo; ¿cuándo caerás en mis brazos?...

Y las dos almas, desprendidas de los cuerpos muy amados, subían deslumbradas, inefables, tiernas, confundidas; tenían el cielo por elemento; sus risas eran los astros; su tristeza, la noche; su esperanza, la madrugada; su amor, la vida, y siempre más tiernas y más amplias, envolvían todo lo que del mundo sube de justo, de perfecto, de casto; las oraciones, los llantos, los ideales, y extendíanse por todo el cielo, unidas e inmensas, ¡para que Dios volase por encima!...

Y entonces, a la puerta del balcón, hubo una risotada metálica, inmensa y sonora. Se levantaron resplandecientes, puros, revestidos de gracia. A la puerta estaba el padre de María, rígido, gordo, siniestro. Detrás el hombre de palidez de mármol bamboleaba vani-

Biblioteca Nacional de España

dosamente la pluma escarlata de la gorra. El paje se reía, haciendo una claridad en la sombra.

El padre fué lentamente hacia Jusel y le dijo, con escarnio:

—¿Dónde quier-s ser ahorcado, villano?

—¡Padre, padre!—gritó María, afligida, con una convulsión de lágrimas, abrazando el cuerpo del anciano—. No; es mi marido. Casáronse nuestras almas. ¡Mire, allí está! ¡Vea! ¡Allí en la imagen!...

—¿Qué?...

—Allí, en el pecho. Vea. Nuestros nombres enlazados como en una inscripción. Vea. ¡Es mi marido! Me quiere bien. Pero vea... Sobre el pecho de Jesús, en el lugar del corazón. ¡Sobre el mismo corazón!... ¡Y El, el dulce Jesús, dejó que le hiciesen esta herida más!...

El anciano miraba las letras enlazadas como unos esponsales divinos que se habían refugiado en el seno de Cristo.

—¡Raspa, hijo mío, que eso es marfil!—gritó el hombre de los ojos negros.

El viejo fué hacia la imagen, abierta la faca que llevaba en el cinturón. Temblaba. ¡Iba a arrancar las raíces de aquel amor hasta clavar la hoja en el pecho inmaculado de Jesús!...

Y entonces la imagen, bajo la justa e incorruptible mirada de la luz, desclavó una de sus manos heridas y cubrió sobre su pecho las letras de desposorio.

—¡Es el, Rabil! — gritó el hombre de la flor de cactus.

El viejo sollozaba, y entonces el hombre pálido que tocaba en la guitarra de Inspruck, donde los pastores

Biblioteca Nacional de España

de Helyberg enroscan guirnaldas, vino tristemente junto a la imagen, enlazó los brazos de los enamorados, como se ve en las viejas estampas alemanas, y dijo al padre:

—¡Bendícelos, anciano!...

Y salió, golpeando enérgicamente el puño de la espada.

—Pero ¿quién es?—dijo el viejo despavorido.

—Más bajo—dijo el paje del ánfora de Mileto—. ¡Es el Señor Diablo!... ¡Mis felicidades, novios!...

En las horas de la madrugada, por la senda de Vecker, donde brillan los cerezos, el hombre de los largos cabellos negros decía al paje blanco como los Apolos de mármol:

—Estoy anciano y caduco. Se me va la vida. Soy el último de los que combatieron con las estrellas. Los buitres ya me graznan. Es extraño. Siento nacer en el pecho un rumor de perdón. Gustábame aquella muchachita. Lindos cabellos rubios, ¡quién me los diera en la época en que yo vivía en el cielo! Ya no estoy para aventuras de amor... ¡La bella Imperia dice que me vendí a Dios!...

—¡La bella Imperia!—dijo el paje—. ¡Las mujeres!... ¡Vanidades, vanidades! Las mujeres bellas desaparecen, como los dioses bellos. ¡Hoy los hombres son místicos, frailes, santos, enamorados, trovadores! ¡Las mujeres son feas, avaras, flacas, burguesas, vestidas de estameña, ceñidas de cilicios, con un poco de alma desagradable y una carne tan diáfana, que a través de

Biblioteca Nacional de España

ella se ve el lodo primitivo! ¡Miserias!... ¡Ay, Atenas, Corinto, Mileto, Tenedos, Abydos!...

—¡Va pareciéndome risible la obra de los Seis Días!... Las estrellas tiemblan de miedo y de dolor. La luna es un sol fulminado. Comienza a escasear la sangre por el mundo y a regarse mucho la tinta. Tengo gastadas todas las existencias del mal. Fuí pródigo. ¡Si yo, al final de mi vida, me he de entretener perdonando y consolando para no morir de tedio!... ¡Quédate en paz, mundo! ¡Sé infame, cenagoso, podrido, vil e inmundo; y sé, no obstante, un astro en el cielo, impostor!... Y con todo, el hombre no varió: es el mismo. ¿No lo viste? Aquel, para amar, hirió con una aguja el pecho de la imagen. Como en el período primitivo de la Humanidad, el hombre no comienza a disfrutar de un bien sin rasgar antes la carne a un dios!... Esta es mi última aventura. Voy al seno de la Naturaleza, junto al mar libre, a dejarme morir sosegadamente...

—¡También los diablos se van!... ¡Adiós, Satanás!...

—¡Adiós, Ganimedes!...

Y el hombre y el paje se separaron entre las tinieblas de la noche. A los pocos pasos encontró el hombre un crucero de piedra.

—¡Está también desierto!—dijo mirando a la cruz. ¡Los infames te han predicado por el mundo y luego te han vuelto las espaldas!... ¡Fuiste más grande que yo! Sufriste en silencio...

Y sentándose en las gradas del crucero, mientras llegaba la madrugada, afinó la guitarra y cantó en silencio:

Biblioteca Nacional de España

—¿Quién os deshojó, estrellas,
de los árboles de luz?...

Y con una risotada melancólica añadió estas dos estrofas:

—¿Llegará el otoño al diablo?
¿Vendrá el invierno a Jesús?...

Biblioteca Nacional de España

II

LAS ROSAS

I

Estamos en el mes de Mayo, y conviene hablar de rosas.

Cuando en la poesía, como en un reino bien organizado, había categorías y una pragmática, era la Corporación venerable y ligera de los *Poetas de la primavera* la que celebraba puntualmente, en esta fresca mocedad del año, con el corazón contento y la lira fácil, la llegada de las rosas. El poeta, en esos tiempos arcádicos, corría constantemente por oteros y prados, como el antiguo Silvano, atento sólo a las bellezas sencillas y comprensibles de la tierra. Hoy, en esta anarquía que baraja las clases, el poeta invadió el alma humana, desalojó de ella a los filósofos, sus caseros hereditarios desde Platón, y es él quien teje la tela de la psicología y sopla las brasas de la metafísica, de donde se elevan humaredas tan densas y compactas... En los parajes tradicionales de la poesía, entre las malezas, junto a las fuentes, bajo las umbrías, ya no se encuentra a un poeta. Están todos agazapados dentro del alma.

Biblioteca Nacional de España

Y en este año de gracia del 93; en este mes de Mayo, de tan suave esplendor, fué un erudito, un gramático, un profesor de la Universidad de Aix, autor de la *Fonética normanda* y de las *Funciones de la letra C en las lenguas románicas*, quien, por falta de poetas, hubo de celebrar a las rosas en un tomo voluminoso de 500 páginas (1), repleto de notas, en el cual narró todos los empleos de la flor adorable a través de los tiempos, en la poesía, en la arquitectura, en el culto, en la mística, en la farmacopea y en el arte culinario... Así la ciencia va usurpando las más preciosas funciones de la poesía. Son ahora los astrónomos, y no los poetas quienes ponen sus sueños en la luna y en los rayos de las estrellas. Es un viejo filólogo quien se torna bucólico y celebra las glorias de la rosa.

Esta flor merece, realmente, ser cantada, porque nunca hubo flor entre las flores con una carrera más triunfal. En todo lo que interesa profundamente al hombre—el amor, la religión, la ley, la guerra, la muerte—se encontró siempre envuelta la rosa; y la civilización entera está saturada de su perfume. Y, sin embargo, no pertenece a la gran aristocracia floreal —como la azucena o el loto...— Sus pergaminos, sus cien pétalos, son recientes; y existen en la India, en las faldas del Himalaya, príncipes con genealogías más remotas que la de la rosa. Los *Vedas* no la mencionan, y los Arios, tan sensibles a todas las fuerzas y las

(1) Me permito observar al lector español que fué aquí también un erudito, un historiador, D. Juan Pérez de Guzmán, quien cantó los loores de esta bella flor y su utilización como tema poético de nuestra literatura en su interesantísimo libro *Cancionero de la rosa*.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

gracias de la Naturaleza, de fijo habrían entrelazado la rosa en sus himnos sagrados y en sus rituales, si hubiera florecido en el valle feliz de Septa-Sindhu. En los monumentos del viejo Egipto, donde los escribas grabaron cuidadosamente toda la flora faraónica, no se descubre el rosal entre los arbustos vivificados por las aguas benditas del Nilo. Los viejos hebreos, en los primeros tiempos de la Biblia hasta el cautiverio de Babilonia, no conocieron tampoco la rosa, y si Raquel y Rebeca se coronaban de flores, era de anémonas, de esos lirios rojos de los campos, que Jesús consideraba después más vistosos y ricamente trajeados que el Rey Salomón con toda su magnificencia.

La rosa aparece en el mundo griego con Homero; pero aun es la rosa plebeya, silvestre, de cinco hojas, que nace en las sebes (1). Homero no la presenta como una flor de belleza, sino de utilidad; una humilde planta medicinal, de la cual se extraía ese óleo con que Afrodita, en *La Ilíada*, unge el cuerpo de Héctor. Sólo con Píndaro y con Arquíloco y con el augusto *Himno a Demeter*, es cuando la rosa, con sus cien pétalos, ya perfecta, con todo su aroma y muchas de sus espinas, entra realmente en la vida de los hombres y de los dioses, y cuando inicia sus aventuras maravillosas.

Una de las primeras fué su mudanza de color. La rosa, primitivamente, cuando nació en las lánguidas playas de Citerea, bajo los pies de Venus, que en ese momento sublime emergía de la espuma de las ondas y pisaba la tierra, era blanca, como los pies que la

(1) Conservo la palabra portuguesa *sebes*—malezas, matorrales—, que tiene correspondencia, si no en castellano castizo, en el dialecto bable o astur.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

hacían brotar. Después, la sangre de Venus la tornó en roja, una tarde en que la diosa, en Siria, corriendo en socorro del lindo Adonis, amenazado por el truculento Marte, siempre bestial, clavó el pie en las espinas de un rosal. Este caso lamentable fué atestiguado por muchos dioses, y después contado por ellos, bajo las arboledas del Olimpo, a Hesíodo, a Bion y a otros poetas, que lo propagaron luego, en versos indiscretos, por todas las islas de Jonia. Así, nacida del hollar de su pie divino en la tierra humana, y convertida en flor roja por su sangre, la rosa siguió siendo para Venus la flor bienamada y filial.

La afición de Venus por la rosa fué inmediatamente compartida por los dioses, para quienes las preferencias de Afrodita constituían siempre dictámenes supremos. Y tanto amaron la rosa, que crearon en un valle de Frigia ese incomparable jardín llamado *Jardín de Midas*, donde sólo crecían rosales, y que difundió su aroma sobrenatural por toda la antigüedad pagana. Era de oro la tapia que lo cercaba, y las avenidas que dividían los macizos habían sido enarenadas por los Coribantes con polvo de coral y de diamante. Con tanto celo lo cultivaban los dioses, que Baco no confiaba a nadie el cuidado de regar el glorioso vergel. Y poetas privilegiados, como Anacreonte y Propercio, pudieron ver muchas veces en las siestas de Mayo al gran dios de la uva, al conquistador de las Indias, con una regadera de oro en la mano, dando de beber a las rosas un agua de admirable pureza, que las Náyades traían de la fuente Castalia. En este jardín escogía Venus las rosas que solía mandar a aquellos mortales perfectos, de quienes brusca y locamente se enamoraba

Biblioteca Nacional de España

en sus paseos por las colinas pastorales de la Hélade. Fué también en el *Jardín de Midas* donde Sileno, viniendo de la Tracia, cogió aquella espantosa borrachera que duró cien días, y en la cual deliró tan escandalosamente y en tantos arrebatos lascivos embistió contra las diosas, que Marte y Mercurio hubieron de amarrarlo, espumeante y rojo, a un robusto tallo de rosal, con cuerdas de púrpura que aún pudo ver el viejo Herodoto... Júpiter descendía a veces, familiarmente, sin el águila y sin el rayo, a este jardín terrestre, y era allí donde Mercurio y Ganimedes le secreteaban los nombres y las moradas de las más lindas vírgenes de Grecia y de Asia. Allí venían también, a la hora del rocío, las nueve Musas a tejer sus coronas de rosas. Y era tan penetrante la influencia de este jardín, que en el monte Bormio, frontero a él, nunca había invierno, los lirios silvestres florecían hasta en Enero, y los pastores que en sus laderas guardaban los ganados conservaban hasta los cien años la flor de su mocedad.

II

Esta dichosa flor, así preferida y honrada por los dioses, fué en seguida adorada por los hombres. El docto autor de las *Geopónicas* comenzó por establecer en este Tratado de las Cosas Rurales, como principio botánico, que "la rosa es de naturaleza divina". Y Anacreonte no tardó en exclamar enternecido: "¿Qué sería de la Humanidad sin la rosa?..."

La Humanidad ya arreglaba en esos tiempos las rosas en coronas y guirnaldas. Fué Jano (el de las dos

Biblioteca Nacional de España

caras), ese benéfico civilizador, quien inventó el arte gentil de coger y juntar las flores en ramillete. Pero fué una cierta Glicera, ramilletera de Scyros, quien creó el ramo, el verdadero ramo atado con cintas, el ramo del afecto, el ramo de fiesta, el terrible *bouquet* que tan despóticamente se implantó en los hábitos cultos, y que por el precio a que subieron las flores (cuatro rosas clavadas en alambres y presas por un bramante cuestan en París 6.000 reis) (1), desnivela y desorganiza el presupuesto del hombre sociable... Glicera, diestra florista de Scyros, ¿por qué no dejaste las flores donde eran más felices, en sus tallos airosos, balanceados por Céfiro, hijo de la Aurora?...

Al menos, en esas edades dichosas, los ramos sólo se ofrecían a los dioses. Y con tal generosidad, que el viejo Pausanias (no el vencedor de Platea, sino el otro: el que escribió la *Descripción de la Grecia*), yendo a Thalamas, en la Mesenia, a visitar una renombrada estatua de Ino (que era una diosa del mar), no le pudo ver las formas, ahogada, como estaba, hasta los hombros, en densos montones de rosas.

El culto en Grecia y en Italia ponía su lujo en la profusión de rosas. Rosas en torno de las imágenes y tapando los altares. Rosas coronando a los Augures y a los Pontífices. Rosas sobre el dorso, y en las extremidades, rosas votivas. Rosas en festones de columna a columna, roseando la palidez de los mármoles.

En las fiestas llamadas *Rosalia*, dedicadas a Venus,

(1) Ya es sabido que el valor de la moneda portuguesa *reis* es de una peseta española por cada doscientos reis. 6.000 reis son, pues, 30 pesetas.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

en las Calendas de Mayo, todas las cortesanas de Roma, envueltas en velos amarillos, en una procesión lasciva y devota, al son lento de las cítaras, iban a llevar a la gran diosa, su patrona, las primeras rosas del año.

Era como la proclamación sacramental de la primavera y del amor. En otra de las lindas fiestas rurales de Italia, las de Dea-Día, diosa de la labranza y de los campos, la cofradía de los Hermanos (1) Arvales ofrecía en los altares panes cubiertos de rosas, y después de la ablución, cuando se dispersaba gritando la palabra de buen agüero *¡Feliciter! ¡Feliciter!...*, iba arrojando por las calles y sobre el pueblo a manos llenas las rosas que el contacto del altar había hecho sagradas. En Mayo, todos los lares domésticos eran adornados con rosas. Y no había colono en la tierra pagana que al primer aliento de los céfiros calientes no colgase un ramo de rosas a la entrada de su cabaña, en el tronco rudo del dios de los huertos o entre los cuernos de Pan.

Poco a poco, como la filosofía venía afirmando al alma del hombre que es inmortal, a la manera de los dioses, estas guirnaldas y coronas de rosas, que se daban solamente a los inmortales, comenzaron a ser ofrecidas a los hombres, sobre todo, a las mujeres, por lo que en ellas había de divino. La rosa tornóse en breve la flor oficial del amor. En forma de corona se

---

(1) Exagerando la nota humorística y trasponiendo la época actual a la del Imperio romano, Eça de Queiroz, con delicioso anacronismo, los llama *Freires Arvales*, como si dijese *Frailes Carmelitas.—N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

depositaban las rosas, en el fresco alborear de la madrugada, a la puerta de la bienamada, para honrarla y adornarle la casa como un templo. La corona de rosas, recogida, significaba de parte de ella un *sí* de dulce promesa. Las rosas dejadas fuera de la puerta desdeñosamente, mustiándose al polvo y a la lluvia, expresaban el amargo *no*.

Tibulo, en una de sus elegías, echa en cara a una insensible dama la inmensa y dispendiosa cantidad de guirnaldas que había depositado, en vano, en el umbral de su morada. Este amontonamiento de rosas despreciadas, pudriéndose a la puerta de las matronas, llegó, en el tiempo en que se conservaba en los lares romanos la fuerte tradición de las Lucrecias y las Porcias, a inquietar a los ediles, responsables del aseo de las calles, y la virtud doméstica fué la desolación de los barrenderos urbanos, casi todos esclavos asiáticos, y (¡oh, humillación!) lusitanos... Después, con el declinar de la República y de las costumbres, todo ramo de rosas depositado a una puerta, con el nombre del enamorado (y la dirección), era arrebatado hacia adentro por bellas manos complacientes.

Ya no se encontraba en las calles una rosa muriendo en abandono. El austero Juvenal rugía... Pero ¡qué descanso para los ediles y para los lusitanos, nuestros antepasados!...

A más de que las declaraciones de amor se hacían así silenciosamente por medio de rosas, toda entrevista de amor, en la sociedad culta, debía ser poetizada y perfumada con rosas. La dama que iba a encontrar a su amante, en algún bosque consagrado a Venus o en un cubículo de Velabro, llevaba una guirnalda de

Biblioteca Nacional de España

rosas en la mano y una rosa solitaria en la cintura, y al divisar a aquel por quien iba a ofender al amable dios Himeneo, le arrojaba al rostro, dulcemente, un puñado de rosas sueltas. Después...

Pero pasemos, precipitando la marcha... Dejemos a la pareja en su éxtasis, ¡y que las rosas del Lacio les sean leves!...

Si la rosa estaba así asociada al ceremonial de los amores, no presidía menos profusamente la composición de los festines. El mundo antiguo comía entre rosas. Guirnaldas de rosas en las cabezas rizadas o calvas de los convidados; cordones de rosas, en colgante, alegrando las túnicas oscuras de los esclavos; festones de rosas en los muros de mármol color de rosa; rosas alfombrando el suelo; rosas inundando la mesa; pétalos de rosa fluctuando en los vinos; lluvia de rosas lloviendo de los techos y de los velarios, mientras resonaban las liras. Hasta una parca merienda en el campo no se hacía sin lujo de rosas. El sencillo y honesto Horacio consiente en que todo falte en su mesa rural menos el aroma y brillo de las rosas. "Sí, Delio mío (canta); comamos sobriamente, a la sombra de un pino, sobre la hierba verde, junto a un regato susurrante, y que no haya sino un plato y un ánfora, pero brazadas de rosas!..."

Roma llegó a tener el vicio de las rosas, y el Imperio todo se ahogaba deliciosamente en su perfume. Verres, aquel a quien Cicerón zahirió tan famosamente, sólo sabía viajar lleno de rosas de Malta, coronado él de rosas, con festones de rosas envolviéndole el cuerpo, y llevando en la mano un saco de red henchido de rosas, que a cada instante oprimía sobre la faz

Biblioteca Nacional de España

para sorber el aroma hasta el alma—alma de la flor—. Y Roma toda se abandonaba a las rosas, con la voluptuosidad de Verres. El ultrarrefinado Elio Vero no podía adormecer sino sobre camadas de rosas. Otros elegantes forraban las cámaras, desde los pavimentos de cedro hasta los techos ebúrneos, de rosas de Poestum. Galiano, cuando fué Emperador, mandaba sembrar todas las mañanas las salas y los pórticos de la *Domus Palatina* de brazadas de rosas. El delicioso Heliogábalo, en sus accesos de animalidad estética, retozaba y jugueteaba sobre montañas de rosas.

En estas convivencias afeminadas y sensuales, la pobre rosa arriesgaba extraordinariamente su reputación. Esparcida sobre lechos poco castos; de bruces dentro de las ánforas orgíacas; entrelazada en los cabellos de las siervas de Venus, podría haber quedado en la Historia y en la memoria de los moralistas como la flor del libertinaje. Felizmente para ella, la rosa, a través de todas sus flaquezas, nunca dejó de andar ligada a dos cosas graves y fuertes: la guerra y la muerte.

No había triunfo sin rosas; y ningún funeral sería sentido y piadoso sin que las rosas recordasen en él la fragilidad de la vida. La corona de rosas era debida, aún más que la de laurel, a todo vencedor de una batalla; y la ilustre flor, en innúmeras ocasiones, recompensó la salvación de la República. Las galeras victoriosas, al entrar en el puerto, traían la alta proa adornada de festones de rosas. Y en los cortejos triunfales, una de las alegrías era la lluvia innumerable de rosas, cayendo de todas las terrazas sobre el carro lento, en marcha hacia el Capitolio.

Biblioteca Nacional de España

Para los muertos, la rosa era la flor consoladora. El cuerpo iba cubierto de rosas como para unos supremos esponsales; y la piedad de los parientes y de los amigos nunca dejaba las sepulturas sin rosales que las floreciesen... La fiesta de las *Parentales* celebrada en memoria de los muertos, era en Mayo para que estuviesen ya abiertas las rosas que, después del banquete funerario, se levantaban en cestos y se deshojaban lentamente por encima de las sepulturas. La esperanza de los que se sentían morir era que sobre la lápida nunca faltasen rosas. Para que no faltase este legado a sus manes, muchos dejaban pingües legados.

Una dama, Claudia Severa, en su testamento destinó 12.000 duros (1) para que las rosas en su túmulo fuesen siempre las más bellas de Campania. Y aquellos que no eran ricos hacían grabar en los camposantos una súplica pidiendo al viandante la dulce limosna de una rosa:

"Sparge, precor, rosas, supra mea busta, viator" (2).

Conservando así estas nobles atribuciones, flor de gloria y flor de piedad, la rosa se sustrajo al desdén de los moralistas. Mas lo que verdaderamente la salvó fué la literatura. Por lo mismo que tanto la amaban, los poetas sintiéronse inducidos a comparar la rosa, reina de la gracia en la Naturaleza, con la mujer, reina de gracia también y también flor de humanidad. Pronto entre los líricos griegos, la rosa, a causa de su botón, fué proclamada emblema de inocencia. Pero allí

(1) *Doze contos de reis* es la equivalencia en moneda portuguesa.—T.

(2) "Esparce (te ruego) rosas sobre mi busto, viandante!..." Es la traducción de ese epitafio latino.—T.

Biblioteca Nacional de España

hubo de mantener una lucha desesperada con la azucena. Y esta rivalidad entre las dos nobles flores, que se transparenta ya en el antiguo *Himno a Ceres*, ambas reclamando el privilegio de representar en el arte el candor, la frescura de la virgen, sólo acabó verdaderamente en la poesía latina, en la cual la azucena quedó definitivamente simbolizando la pureza virginal, y la rosa, el rubor aún púdico, pero ya amoroso y ardiente. Desde entonces no hubo hermosura o virtud de mujer que no fuese comparada a la rosa, así convertida por la poesía en tema y arquetipo de la perfección, donde se resume todo lo que puede encantar la mirada y el alma. Ella es, dicen los poetas, la tentación de los mortales, el adorno de la tierra, el amor de las Gracias, la alegría de los Dioses... Así, antes de la Virgen, la rosa poseía ya la letanía adoradora. Filóstrato la declara, con énfasis horrendo, "el ojo del mundo". Otro más rebuscado llámala "astro de las flores".

Las mismas bellezas de la Naturaleza, aun las menos concretas, son comparadas a la rosa y a su color adorable. Son *de rosa* los famosos dedos con que la Aurora, durante diez y siete siglos de poesía, abrió las puertas del Oriente. Es *de rosa* el vapor que se exhala de los caballos del Sol, humeando en su galope deslumbrador. Es *róseo* también el carro deslumbrador en que la Luna rueda silenciosamente por los cielos nocturnos. En realidad, cuando los poetas latinos quieren loar cualquier forma del ser, o por su fuerza o por su brillo, o por su dulzura, llámanla *rósea*. Para Valerio Flaco, un mozo hermoso es *róseo*. Claudiano, impresionado con las márgenes del Duero, lánzales

Biblioteca Nacional de España

inmediatamente el inesperado epíteto de *róseas*, cuando bien debía ver que, formadas de granito y de valles cálidos, quemados por el sol, eran parduzcas o lívidas.

Así, Roma, en su poesía y en su vida, deliraba por las rosas. Para saciar esta pasión, toda Italia se había cubierto de rosaledas. Las más célebres, por ser las más rojas y perfumadas, florecieron en Poestum, en Prenestes y en la Campania. Pero aun a la orilla del mar, de Taormina a Sicilia, toda la costa era un lindo rosal. El Imperio envejecía ahogado en rosas. Y lejos, más allá del Rhin y del Danubio, los hunos, los ávares, los vándalos, bajo los cielos cenicientos, en sus cabañas bajas, al borde de lagunas, dilatan ya las narices, ávidas y brutales, aspirando esta inmensa fragancia de la rosa romana...

III

No obstante, antes de que los bárbaros descendiesen, ya la rosa atravesaba una crisis difícil: su crisis cristiana.

Flor de los dioses, habiendo participado de todas las delicias de la carne pagana, no podía dejar de ser sospechosa a los primeros doctores de la Iglesia, que fijaron, con la nueva doctrina, las nuevas costumbres.

El cristianismo, al principio, fué una religión triste, indigente y desnuda. Sus asambleas eran de noche, en cavernas, en los cementerios, en cubículos de calles oscuras; y los fieles, encogidos en una pobre túnica, con los cabellos desaliñados, sucios por exceso de espiritualismo, venían allí, menos para celebrar las espe-

Biblioteca Nacional de España

ranzas del cielo que para gemir sobre los dolores y la maldad de la tierra. En sus banquetes, los famosos ágapes que constantemente celebraban (porque casi todos se reclutaban en las cofradías de los menestrales, donde el banquete común era la más querida de las tradiciones), la melancolía alternaba con la violencia, y se comían el pan y el pez frito, regalo de la plebe en todas las ciudades mediterráneas, entre quejas y desalientos o entre furiosas contiendas teológicas, si hemos de creer las narraciones de San Paulino y de San Cipriano. Hasta el amor con que el nuevo misticismo excitaba la lascivia pagana, era en ellos sombrío y funerario, y casi siempre tenía por lecho las losas de los cementerios. En esta tristeza fundamental, base de la doctrina, no había, realmente, lugar para la rosa alegre de Baco y de Venus. Y, desde luego, ella y sus pétalos y su color y su perfume fueron desterrados de la Iglesia, que surgía así entre lágrimas. Tertuliano comenzó por fulminar con toda la dureza de su latín de Africa, en un amargo folleto intitulado *De Corona*, todos los ramos y guirnaldas, emblemas de placer y de fiesta. Después, San Clemente de Alejandría, en su *Pedagogo*, ataca más directamente a la rosa como la gran afeminadora de las almas. El viejo Prudencio exhibe, como prueba de su virtud, su desdén a las rosas, y felicita por verdaderos y fieles siervos de Dios a aquellos que la destruyesen como planta venenosa. Así, la Iglesia se arma toda y lanza la estridente falange de sus dolores contra una débil flor delicada.

Felizmente, en esos primeros tiempos conservaba la protección y el cariño absoluto de los Emperadores y de

Biblioteca Nacional de España

los Pontífices. Era aún la flor del Senado y del pueblo romano. En todas las instituciones civiles y religiosas aún colgaban magníficamente las guirnaldas de Poestum. Mas he ahí que una tarde, junto a Cremona, Constantino, marchando contra Majencio, ve de repente, por encima del sol que declinaba, la cruz, esa famosa cruz, toda de oro, aureolada por la promesa divina, en letras de oro: "In hoc signo vinces". ¡Tarde fatal para las rosas!... En ella comenzó, realmente, la desbandada de los dioses. En el término de unos cuantos años, ya no habrá en Italia un templo, libre y seguro, donde se pueda ofrecer una paloma a Venus. Jesús de Nazaret (o más bien el Jesús del Concilio de Nicea), hasta allí perseguido, errante por las catacumbas y por las tinieblas de los cementerios, está instalado en la *Domus Palatina*, lanza edictos desde dentro del Senado, y sobre el Capitolio negrea una cruz nueva y de hierro. Una mañana, bajo la presidencia de Teodosio, el último refugio de la creencia pagana y del patriotismo romano, el altar de la Victoria, es destruído, entre la inmensa y rencorosa alegría de los obispos, que baten en las losas de mármol con sus báculos, ya duros. En el cielo, lavado de las últimas manchas de ambrosía, triunfan las vírgenes y los mártires. Y en la tierra, por fin, la postrera ninfa huye de los campos del Lacio, llevando escondida en el seno la última rosa votiva.

IV

Seguramente, esta crisis fué terrible para la misérrima rosa. Pero otra más decisiva, casi mortal, se

Biblioteca Nacional de España

acercaba, porque de todas partes la fuerte estructura del Imperio romano se hundía y los bárbaros empezaban a entrar. Hasta allí ella era una pobre flor decaída, despedida con ignominia de los altares y de las instituciones. Proclamada antaño, personalmente, por Júpiter, en Concilio de los dioses, *Reina de las flores* (según afirma Ausonio), había perdido su trono y volvía a entrar en la oscuridad silvestre. Pero, al menos, continuaba pacíficamente floreciendo en los vergeles y en los prados, donde el viejo Céfiro, a la tarde, venía fielmente a conversar con ella de los esplendores pasados. Ya los Pontífices no la cogían de madrugada con la hoz de plata para perfumar y tornar más santas las aras de Afrodita. Ya, en días de triunfo, coronando la frente de un César o de un Paulo Emilio (o incluso de un cochero vencedor en el circo), no participaba de las aclamaciones de Roma. ¡Y nunca más había entrado en la *Domus Palatina!*... Pero vivía colorada y sana (lo cual es mejor para toda flor que tenga una comprensión naturalista y real de la vida), y recibía, como en su edad dichosa, la caricia de los rocíos y podía sentir, en los besos largos y lentos del sol, que Febo le era constante y fiel en su amor...

Ahora, sin embargo, la pobre rosa estaba amenazada en su existencia material: en su raíz, en su simiente, en cada uno de sus pétalos, antaño acariciados por los dioses. Los bárbaros descendían innumerables y devastadores. Era como si sucesivas manadas de toros bravos embistiesen furiosamente por las puertas indefensas y abiertas del Palacio de la Civilización. En el mundo, durante tres siglos, no se oyó sino el fragor melancólico de la grande obra grecolatina, destrozán-

Biblioteca Nacional de España

dose a pedazos. Hunos, finlandeses, sicambros, visigodos, suevos, ostrogodos, hordas tras hordas, rodaban del Norte y del Este, y entrechocadas, se arrancaban furiosamente unas a otras los harapos de la sociedad antigua.

¿Quién dirá el incomparable desastre? Pueblos enteros, pacíficos y cultos, desaparecían como hormigueros barridos. Claras ciudades de lujo y de reposo eran sólo montones de cenizas humeando. De los campos tan sabiamente cultivados por los preceptos de Columela y Varrón, quedaban sólo lodazales donde aullaban los perros hambrientos. Todo el saber, todo el arte, yacían apagados, pisoteados, como tallos bajo pies brutales. En la inmensidad del desastre, ¿dónde iban las pobres rosas? Si la hierba de Galia, tan vivaz y dura, secábase bajo las pezuñas de la yegua de Atila, ¿cómo podrían resistir las rosas? Al cabo de trescientos años no quedaba un jardín en toda Italia. ¿Cómo se conservarían jardines si ya ni existían mieses?... En cada cincuenta años había cuarenta de hambre. Hambre tan terrible, que se comía carne humana. Y a través de esta inmensa desgracia del mundo, que de fijo iba a acabar, siempre pasaban y volvían a pasar los bárbaros por los valles asolados, en largas filas, con las lanzas en alto, con las hembras fuertes y blancas apiñadas en los carros estridentes, con los músculos palpitando...

V

Pasando así y volviendo a pasar los valles, los bárbaros divisaban siempre en las alturas, fuertes y tris-

Biblioteca Nacional de España

tes murallas dominadas por una cruz. Eran los monasterios. Al principio subían al monte y derribaban las puertas a hachazos. Después, convertidos, se arrodillaban en las losas para tocar las reliquias santas. Dentro de esos muros, asaltados o traspuestos con reverencia y temor, encontraban silenciosas galerías con arcos, hombres con la pálida faz sumida en la capucha, trazando líneas sobre pergaminos, una capilla oscura, y al fondo, más allá del pozo, un huerto donde se erguía, entre hierbas aromáticas o medicinales, un arbusto cubierto de flores rojas que los bárbaros no conocían.

Era la rosa; la rosa grecorromana, que en el vasto desastre encontraba entre los monjes un refugio seguro y quieto. Allí estaba escondida en la clausura —como los otros restos de la gran civilización destruída—; esos rollos de pergamino, que los monjes releían y copiaban pensativamente. Así se habían salvado las glorias y las gracias de la sociedad antigua, y la rosa sobrevivió por cuidados de la Iglesia, junto con Horacio, que la había cantado.

Los jefes bárbaros respiraban con delicia aquella flor singular. Y cuando calmada, como una última oleada, la última invasión, la barbarie tendió a la estabilidad y se edificaron burgos y los jefes comenzaron a levantar en las cumbres, al lado o enfrente de los monasterios, sus fuertes castillos, no se olvidaron de ir a buscar al huerto monástico la flor de lindo color y de rico aroma que les maravillara. Fueron los jefes merovingios, en su admiración por la vida romana, los que primeramente trazaron y cultivaron el nuevo jardín feudal. Y ya el poeta Fortunato, en el

Biblioteca Nacional de España

siglo VI, celebra los rosales de la Reina de Austrasia, cubiertos en Mayo de rosas, "¡que embalsamaban como si viniesen del Paraíso!..." Por fin, Carlo Magno desciende a Italia, entra en Roma, recibe allí la revelación de las artes, de los palacios, de las magnificencias y delicadezas de la vida...

Sus residencias de Ingelheim y de Aix-la-Chapelle son, por orden suya adornadas de pórticos, de viñedos, de jardines. Y en su entusiasmo, el gran Emperador de la barba florida (1) termina una *capitular* decretando el cultivo de la rosa...

¡He ahí, pues, la rosa penetrando en el mundo feudal, bajo el patrocinio del Emperador de Occidente!... Su carrera vuelve a iniciarse con gloria renaciente. Ya cada morada señorial, aun dentro de las ciudades, tiene bellos macizos de rosas. Es la flor de la nobleza, como lo sería de la realeza cuando Luis XI (que, sin embargo, no pasa por muy sensible a las gracias de la Naturaleza) manda emisarios por todas partes a buscar rosas y botones, *querir des roses et des boutons*... Los grandes señores que daban entonces la pauta de la moda, un Thibaldo, Conde de Champagne; un Renato d'Anjou,

---

(1) Eça de Queiroz tiene aquí una evocación de aquel verso inmortal de Víctor Hugo—con su apelativo justo, a la manera homérica:

Charlemagne, Empéreur à la barbe fleurie...
revient d'Espagne!...
(LA LEGENDE DES SIECLES, X; *Aymerillot.*)

Verso que recordó nuestro gran poeta Rubén Darío, aplicándolo al mismo Hugo:

Y esto pasó en el reinado de Hugo,
Emperador de la barba florida.
(PROSAS PROFANAS; *Pórtico.*)—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

cercan sus castillos de densas florestas de rosas. Las damas, sobre todo, adoran la flor nueva. Y en "el vergel", entre los rosales, se deslizan todos los amores de la Edad Media. Y para que su existencia sea protegida por cariñosos cuidados de cultivo, el gran maestro de las ciencias, el ilustre Alberto Magno, compone un tratado sobre las rosas.

Como "las rosas sirven para mucho", según cantaba ya Hesíodo, en breve las señoras y las ayas las cogían a brazadas en los jardines para alfombrar los manteles nupciales y ornar las mesas festivas. La rosa recomienza, en realidad, su alegre vida romana, y podría pensar que los bárbaros habían sido sólo un sueño y que se encontraba aún en casa de Mecenas o de Lúculo, si en torno no fuesen tan incultas y rudas las barbas y los modales, las conversaciones y los gruesos pedazos de carne.

Pero, al menos, el amor a las rosas es ya tan vivo y sincero como en Roma. En ramillete, en guirnalda, solitaria o deshojada, adereza y perfuma toda la vida gótica. Cuando después de siete siglos de porquería la Humanidad comienza de nuevo a bañarse, y en los castillos se establece, como costumbre gentil y prudente, ofrecer un baño a los huéspedes que llegan en polvorienta y ruidosa cabalgata, deshójanse en las bañeras, sobre el agua, rosas rojas y blancas. Otra moda que se generaliza es la de los *sombreros de rosas*, verdaderos turbantes hechos de rosas, con que se cubren las damas en los bailes, los trovadores en los torneos, los mensajeros de buenas nuevas, todos los campesinos en el primer día de Mayo. En los banquetes reales el condestable servía al Rey de Francia coronado de rosas. En las

Biblioteca Nacional de España

danzas de los siglos XII y XIII, las parejas traen en la mano ramos de rosas que truecan al compás de las dulzainas y flautas. Uno de los tributos feudales más celosamente exigido era el de las rosas, que los solariegos y los colonos debían traer, cada semana de verano, al burgo del castillo, en cestos que desbordaban... Muchos hidalgos, que pagaban foros por tierras pertenecientes a los conventos de monjas, pagaban por foro de San Juan coronas y ramilletes de rosas. En los torneos, la rosa era tan esencial como la lanza; con ella se adornaban los estrados de las damas; con ellas se coronaban los yelmos de los vencedores. En la Provenza, en España, había hasta los famosos *torneos de rosas;* galantes combates en que damas y caballeros se arrojaban mutuamente, con ternura y brío, pesados ramos de rosas. Hasta en la vida política y forense se instaló la flor bienamada. Una antigua costumbre, conservada hasta el siglo XVI, obligaba a los duques y pares de Francia a ofrecer, en primero de Mayo, en el Parlamento de París, un gran ramo de rosas en una salvadera de plata. Este homenaje, llamado la *Baillie des roses,* era el emblema de la soberanía jurídica del Parlamento. ¿Qué más he de decir?... La rosa había conquistado a los Bárbaros; y ahora, cuando ellos iban constituyendo una civilización suya, laboriosamente, con los destrozos del pasado, por todas partes la perfumaban de rosas.

VI

¿Contaré aún su entrada triunfal en la Iglesia, de donde había sido excluída como pagana, por Clemente

Biblioteca Nacional de España

y Tertuliano, y donde ahora alfombra los altares, invade las procesiones, domina el ritual, da su nombre a las fiestas más santas y se torna tan dogmática que en Roma, en la fiesta de la Ascensión, sus pétalos, deshojados desde lo alto de la iglesia de Santa María *della Rotonda*, por las manos del Papa, representaban los dones del Espíritu Santo?...

¿Contaré su ascensión al cielo?... Porque, consumando su apoteosis, la rosa entra en el cielo cristiano. Flor de origen esencialmente divino, como probó científicamente el autor de las *Geopónicas*, no puede dejar de ser adoptada por todos los dioses que se suceden en las alturas, y escogida por María y Jesús tan benévolamente, como lo fué antaño por Ceres y Apolo. Más aún: la religión nueva reclama para sí, en oposición a la religión antigua, el privilegio honroso de haber dado a la rosa lo que tiene de más bello, su aroma y su color. San Ambrosio, el gran San Ambrosio, es quien asegura, en su *Comentario a los Salmos*, que la rosa es roja de color porque sobre ella ha caído la propia sangre del Señor. No es, pues, la sangre de Venus, en Siria, la que volvió rojas las rosas. Es la sangre de Jesús, corriendo desde el Calvario sobre el mundo.

San Bernardo es aún más afirmativo, más decisivo. El sublime monje de Claraval sustenta (y nadie más profundamente que él penetró en los secretos del cielo) que *las rosas son llagas de Jesús*. "Contemplad (exclama en una de sus *Homilías sobre el Evangelio*) ese brillo y color de púrpura de las rosas. ¿A qué puede ser debido sino a haber caído sobre ellas la sangre del Señor? ¡Mirad! ¡Cuantas son las llagas en el divino cuerpo, tantas son las rosas!... En sus pies, en sus manos

Biblioteca Nacional de España

traspasadas ¿no veis rosas que se abren? Pero la rosa mayor está en la llaga de su corazón..."

Y sin embargo, si la rosa es así, al principio, la flor de Jesús, no tardará en pertenecer de preferencia (como en el Olimpo) a lo que el cielo católico posee de más delicado, de más dulce, de más amante: a la Virgen María. Así antaño había acabado por ser la flor privativa de Venus. Desde la Edad Media hasta el Renacimiento, todos los místicos van poco a poco separando la rosa de Jesús para consagrarla toda a María. Desde el siglo XIV, la rosa es el adorno esencial de la Reina de los ángeles. María no tiene entonces compañera más fiel ni emblema más radiante. Cuando se aparece a los hombres, las rosas nacen bajo sus pies.

Ya no son estrellas, sino rosas, las que la adornan. Al subir al cielo, dejó su sepulcro lleno de rosas; y Ella es verdaderamente la rosa que renace de la muerte.

Incluso la flor de la tierra y la Reina del Cielo se confunden a los ojos extáticos de los devotos. La Virgen nace del cáliz de la rosa y de ella recibe todas sus virtudes. Ella es rosa sin espinas; ella es la rosa de todas las rosas. Y en breve, la Iglesia, determinando definitivamente la esencia de la Virgen, la proclama *Rosa Mística!...*

He ahí, pues, la rosa convertida en diosa, colocada en el altar. Y después de una gloria tal y de una tan suprema apoteosis, ¿qué más decir de esta flor y de su prodigiosa carrera? Nacida en botón de los pies de Venus, hela ahí floreciendo en el seno de María. Su historia magnífica va de un cielo a otro cielo.

Flor de maravilla, embellece el amor, consuela la muerte. Con ella se coronan los que triunfan en la gue-

Biblioteca Nacional de España

rra y los que triunfan en el arte. Los Césares la declaran flor del Estado, y los Papas, flor de la Iglesia. Toda fiesta humana es incompleta sin su fragancia. Ningún genio pasó sobre la tierra, desde Homero hasta Hugo, sin cantarla con reverencia. Los prodigios y milagros sólo se operan verdaderamente por ella, desde los de Apolo hasta los de San Francisco de Asís. Cada dios que se apodera del cielo, la reclama en seguida, le comunica su divinidad, y a través de ella se humaniza. Y del Oriente al Occidente, todas las civilizaciones, unas después de otras, proclaman y se transmiten el gran culto de la rosa... ¡Flor de maravilla!...

¡Y flor profundamente intrigante y astuta! Ya en el día Primero de Mayo, que se va convirtiendo en el gran festival del proletariado, veo la rosa quieta y contenta en manos de los obreros en huelga (1). En los jardincillos de los mineros, en Inglaterra y en Francia, ya florece siempre, entre las democráticas ensaladas, un fragmento de rosal pomposo y prometedor. En todos los *meetings*, en las huelgas (*grèves*), es usual que la rosa adorne la chaqueta de los jefes, o aparezca, bordada y ya con la autoridad de un emblema, en las banderas de las asociaciones... Estoy previendo que esta hábil e intrigante flor, que fué sucesivamente helénica, pagana, imperial, feudal, católica y mística; que, captándoles

(1) En este caso, la frase portuguesa *em folga* la transcribo con su sentido literal; pero advirtiendo que Eça de Queiroz quiere referirse a la procesión cívica de los obreros que huelgan en el 1.° de Mayo; pues para indicar huelga en el sentido de reclamación y reivindicación violenta del proletariado, los portugueses tienen traída del francés en su idioma la palabra *grève*, que en líneas más adelante usa nuestro autor, como podrá advertirse.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

el amor, compartió el poder de los héroes, de los Senados, de los Césares, de los barones, de los santos, de los papas; que se identificó arteramente con Venus, cuando era Venus la que en su cinturón encerraba el mundo entero, y se identificó luego con la Virgen María, cuando a su vez fué la Virgen la que posó sus plantas sobre el orbe; anda realizando su lenta conversión, y poco a poco se insinúa y se entreteje en el nuevo y tremendo poder que se levanta, y toda ella se prepara y se enrojece y se perfuma para ser, oficial y ritualmente, *la flor del socialismo*.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

III

AZULEJOS (1)

Bristol, 12 de Junio de 1886

Mi querido Bernardo:

En los tiempos en que Voltaire, ya después de *Candide*, y aun ya después de *La Pucelle*, se contentaba con cien lectores—tiempos que nos deben parecer bien incultos, en este año de gracia y de voraz lectura en que *Le Petit Journal* tira ochocientos mil números y *Germinal* es traducido a siete idiomas para que lo bendigan

---

(1) Este trabajo, hasta hoy inédito en lengua castellana—como todos los que componen la colección actual—, es un prólogo en forma epistolar al libro de tan fulgurante título español, típico y definitivamente de raza, que escribió por aquel año, en edad juvenil aún, aunque ya madura y formada, el íntimo y fraternal amigo de Eça de Queiroz, Bernardo de Pindella, primero Vizconde de Pindella, y luego, por la muerte de su hermano Vicente, primogénito, cuyo título heredó, Conde de Arnoso. El Conde de Arnoso en sus juventudes tuvo veleidades literarias y fué un enamorado de las Bellas Artes, herencia que transmitió a su hijo, que hoy es el Dr. Vicente Arnoso, autor teatral, muy aplaudido en Lisboa y poeta delicado y exquisito—que era entonces un encantador chiquillo de tres años, pues de dos años antes (de 30 de Agosto de 1884) se

Biblioteca Nacional de España

siete pueblos—; esos cien hombres que leían y que satisfacían a Voltaire, eran tratados por los escritores con un ceremonial y una adulación que solamente se

---

conserva una carta de Eça de Queiroz al Vizconde de Pindella y al Conde de Arnoso (escribía conjuntamente a los dos hermanos, Vicente y Bernardo), y en esta carta, que ha publicado Antonio Cabral, se alude a los pequeñines de la casa, entre las cuales estaba Vicentito. "Caro Bernardo, ainda estas ahi em Pindella? Atira n'este caso da minha parte chuva de beijos sobre os teus pequerruchos."

Antonio Cabral, que publicó esta carta (en su libro *Eça de Queiroz.—A sua vida e a sua obra.—Cartas e documentos inéditos;* 3.ª parte, páginas 264 y 265, nota: Livraria Aillaud et Bertrand; Lisboa, 1916), añade como anécdota pintoresca el caso que ocurrió en la casa de Pindella un día que fueron a visitar a los dos hermanos Eça de Queiroz, su íntimo amigo Ramalho Ortigão y el Conde de Ficalho, el gran botánico y aristócrata de abolengo, Eça, con su monóculo sempiterno, quedóse fijo contemplando en el baño al pequeño *menino* de Bernardo Pindella, que se revolvía entre el agua con piernas y brazos auxiliado por el ama. Y cuando notaron que Eça no aparecía por la sala, preguntó uno de sus amigos: —¿Dónde quedaría encallado José María?—Vete a ver, Bernardo... Y cuando el conde fué a verle y le encontró con el monóculo sobre la bañera, le preguntó: —¿Qué haces, hombre de Dios?—Cállate—respondió Eça—. ¡Estoy aquí admirando a tu chiquillo, encantado de haber descubierto, por fin, una criatura más flaca que yo!...— El Conde de Arnoso fué siempre de los amigos íntimos y más queridos de Eça, y formó parte y ocupó puesto muy principal entre el grupo de *Os vencidos da vida,* célebre en Lisboa por aquellos años—pues precisamente la formación de esa tertulia aristocrática (a la que pertenecían políticos tan distinguidos como Luis de Soveral y el Conde de Sabugosa; periodistas como Carlos Lobo d'Avila, pensadores como Oliveira Martins, oradores como Antonio Cándido, escrito-

Biblioteca Nacional de España

usaban con los Príncipes de la Sangre y con las Favoritas. En verdad, el Lector de entonces, "el amigo Lector", pertenecía siempre a los altos cuerpos del Estado;

---

res como Guerra Junqueiro, Ramalho Ortigão y Eça de Queiroz), fué hacia fines de 1887 o principios del 88. En ella fué contertulio muy relevante Pindella que, según los retratos de la época, tenía una gallarda prestancia de mozo meridional, que sería *de certo* deleite de las *meninas* de Lisboa, de la Lisboa *fidalga* en que él vivía. De varias comidas dadas por él en su casa de Santo Domingo, en el barrio de Lapa, en Lisboa, nos da noticias el periódico *O Tempo*—dirigido por uno de los contertulios, Carlos Lobo d'Avila—que era algo así como el órgano oficial del grupo. Así sabemos de dos banquetes dados por Pindella en 16 de Febrero y en 21 de Mayo de 1889; en uno de ellos recibióse un bello telegrama de Guerra Junqueiro, que estaba en su retiro campestre de Lima, escrito en versos alejandrinos, de gran vigor y plasticidad. Los admiradores de Eça de Queiroz debemos eterna gratitud al Conde de Arnoso, porque, no olvidando, como otros, la memoria del gran novelista, presentó una proposición en la Alta Cámara, de la cual era miembro—en 15 de Marzo de 1901 — para que se concediese una pensión anual de 1.200$000 a doña Emilia de Castro Eça de Queiroz, viuda del eminente escritor, y a sus hijos María, José, Antonio y Alberto. Esta pensión había de ser vitalicia (según se expresa en el segundo artículo de la proposición de ley); pero el Gobierno de la República tuvo a bien, es decir, a mal, revocar esa legislación en 30 de Junio de 1912 para traspasarla a la viuda del caricaturista Bordállo Pinheiro—con el especioso pretexto de que los hijos del escritor conspiraban contra la República. Fué poco noble y gallarda la actitud del Gobierno, aunque fuese exacta la conspiración—tratándose de escritor que tanto había tratado de democratizar e infundir espíritu liberal en el alma portuguesa, aunque no fuese *republicano profeso*, por tradición de familia, por espíritu de compañerismo con

Biblioteca Nacional de España

el alfabetismo aún no se había democratizado; casi apenas sabían leer las Academias, algunos de la Nobleza, los Parlamentos y Federico II, Rey de Prusia; y naturalmente, el hombre de letras, aun cuando no fuese un poeta parásito del melancólico tipo de Nicolás Tolentino, al entrar en relaciones con ese lector de grandes modales, emplumado, vestido tal vez de armiño, empleaba todas las formas y todas las gracias del respeto y se ponía siempre, genuinos o fingidos, los puños de encaje de Mr. de Buffon.

Pero esta cortesía, en que había emoción, procedía sobre todo de que el Escritor, hace cien años, dirigíase

---

sus amigos el Conde de Arnoso, el Conde de Sabugosa y el Marqués de Soveral—; en suma, por su amistad personal con el Rey D. Carlos I. Eça de Queiroz fué liberal y esto basta; y el espíritu amplio de una República democrática no debió ampararse en más menudencias ni exigir con escrúpulos monjiles devoción sumisa a la República a los hijos del novelista, que al fin no tenían obligación de sustentar las doctrinas del padre, máxime cuando *dos* de los hijos eran los que conspiraban y la pensión era para *toda* la familia, en la cual había dos damas, la viuda y la hija María, dignas sólo por serlo del respeto del Gobierno de la República. Desgraciadamente no pesaron estas consideraciones, ni hubo quien las adujese ni allí donde definitivamente se aprobó la supresión de la pensión anual, o sea en la Cámara baja, en 18 de Junio de 1912, aunque hubo algunas raras protestas, ni en la Cámara alta, donde pasó, en 29 de Junio. Por desdicha, el gran amigo de Eça, el Conde de Arnoso, no pudo protestar, por haber fallecido en 21 de Mayo de 1911, que de fijo, al estar vivo, hubiera opuesto las dificultades obstructivas que su experiencia parlamentaria de muchos años le hubiera sugerido, para que no se hubiera retirado la pensión a la familia de su ilustre y querido amigo.—*Nota del Traductor.*

Biblioteca Nacional de España

particularmente a una persona de saber y de gusto, amiga de la Elocuencia y de la Tragedia, que ocupaba sus ocios lujosos en leer y que se llamaba "el Lector"; y hoy dirígese dispersamente a una multitud atareada y tosca, que se llama "el Público".

Esta expresión, "la lectura", hace cien años, sugería al punto la imagen de una biblioteca silenciosa, con bustos de Platón y de Séneca; una amplia poltrona almohadillada, una ventana abierta sobre los aromas de un jardín, y en este retiro austero, de paz estudiosa, un hombre fino, erudito, saboreando línea a línea *su libro*, en un recogimiento casi amoroso. La idea de lectura hoy recuerda sólo una turba hojeando páginas aprisa, en el rumor de una plaza.

Ahora bien; cuando este lector docto, agudo, amable, bien empolvado, íntimo de las edades clásicas, recibía al Escritor en su soledad letrada, el Escritor necesitaba presentarse con reverencia y *modestement courbè*, como aconseja Beaumarchais. Es un hombre culto, que va a casa de otro hombre culto; y ese encuentro está regulado por una etiqueta tradicional y gentil.

Ni el filósofo que viene a someter un sistema; ni el poeta laureado en *El Mercurio galante*, que trae su oda; ni Chénier, con sus tragedias; ni Massillón, con sus sermones; ni los rígidos, ni los ligeros; ninguno, por muy ilustre que fuere, irrumpía bruscamente en la atención del Lector, sin espera y sin mesura, como se entra en un patio público. Había de haber una presentación solemne, condigna, copiosa; y eso se hacía en ese fragmento de prosa en tipo ancho, con citas latinas, que se llamaba *Prefacio*. Allí, el autor *modestement courbè*, delante del Lector acogedor y risueño, hablaba con prolijidad

Biblioteca Nacional de España

de sí, de sus intenciones, de su obra, de su salud; decíale dulzuras, llamábale *pío, perspicaz, benévolo;* justificaba sus métodos, citaba sus autoridades; si era joven, mostraba su inexperiencia en botón, ruborizándose; si era viejo, despedíase del Lector a la manera de Boileau, en una pompa triste, como desde el borde de un túmulo... Trocadas estas cortesías no se entraba al punto secamente en las ideas y en los hechos; si el libro era de versos, el Poeta, teniendo al Lector a su lado, balanceaba el incensario y hacía una invocación a los dioses, como en los peldaños de un santuario; si era Tratado de Moral o de Historia, había en el liminar del capítulo primero—para que el Escritor y el Lector reposasen—un pórtico de consideraciones generales, dispuestas con simetría, a manera de columnas de mármol puro, donde se enguirnaldaban, en festones, flores de lenguaje, pomposas o medio mustias. Después, el Autor iba llevando al Lector de la mano a través de su obra, como a través de un jardín que se enseña, recorriendo con gusto las avenidas más adornadas de erudición, parándose a veces a conversar dulcemente a la sombra de un pensamiento frondoso. Así se formaba entre ambos una enternecida intimidad espiritual. El Lector poseía en el hombre de letras un compañero de soledad, de un encanto siempre renovado... El Autor encontraba en el Lector una atención detenida, fiel, creyente; como Filósofo, tenía en él un discípulo; como Poeta, un confidente...

Luego, una mañana de Julio tomóse la Bastilla. Todo se revolvió y mil novedades violentas surgieron, alterando la configuración moral de la tierra... Vino la Democracia; se inauguró la iluminación de gas; apareció

Biblioteca Nacional de España

la instrucción gratuita y obligatoria; se instalaron las máquinas Marinoni, que imprimen cien mil periódicos por hora; vinieron los Clubs, el Romanticismo, la Política, la Libertad y la Fototipia. Todo comenzó a hacerse por medio de vapor y de ruedas dentadas, y para las grandes multitudes. Esa cosa tan maravillosa, de un mecanismo tan delicado, llamada *el individuo*, desapareció y comenzaron a moverse las multitudes, gobernadas por un instinto, por un interés o por un entusiasmo. Entonces fué cuando se hundió el Lector, el amigo Lector, discípulo y confidente, sentado lejos de los ruidos incultos, bajo el busto claro de Minerva; el Lector amigo con quien se conversaba deliciosamente en largos y locuaces *Proemios;* y en lugar de él, el hombre de letras vió delante de sí la turba que se llama el *Público*, que lee alto y a prisa en el rumor de las calles.

Los modales del escritor para con estos cien mil ciudadanos, que extendían tumultuosamente la mano hacia el libro, no podían ser selectos y pulidos, como los que tenía con el lector clásico que le abría sonriendo y ya atento la puerta de su intimidad erudita. Para descender a la plaza donde se congregaba el Público no eran necesarios los puños de encaje de Mr. de Buffon, como para penetrar en la biblioteca del Lector amigo, donde iba el Escritor a encontrar a Cicerón y a Aristóteles revestidos de marroquín y oro...

Inmediatamente dejó de haber esa amable y conversadora presentación que se llamaba el *Proemio;* nunca más el hombre de letras desmenuzó al Lector sus motivos para discurrir o cantar, pidiéndole con humildad un lugar en el estante. Ahora, terminada la obra, el Escritor, aún sudando y con el chaquetón de trabajo,

Biblioteca Nacional de España

la arroja a la calle brutalmente. La obra ya no es la sabia composición, compuesta con arreglo a los dictámenes de las Artes Poéticas, para ser agasajada y encuadernada por Mecenas. Idea o Imagen, debe ser cosa viva, y, como tal, se lanza al remolino de la Vida para ir a rodar con ella a pleno sol.

Así se tornó inútil la caricia aduladora con que en el antiguo régimen se atraía y se retenía al Lector. Ya no se conversa íntimamente con él, caminando a su lado a través de páginas galantes o solemnes... El historiador, el novelista que hoy interrumpiese el fluir de sus deducciones para dar un estirón a los puños de encaje y decir: "Nota tú, lector amigo...", sería considerado un intolerable *caturra* de las edades caducas. El Lector dejó de ser una persona a quien se habla aisladamente y con el tricornio en la mano; el Escritor tornóse tan impersonal como él. No son individualidades cultas comunicándose: son dos substancias difusas que se penetran, como la luz cuando atraviesa el aire.

Sin embargo, hay aún hoy escritores que, seducidos por la gracia noble de las maneras clásicas, cuando buscan al Público con un libro amorosamente trabajado, quieren poner en ese encuentro las formas aparatosas de la etiqueta de antaño. Son, sobre todo, aquellos que, escribiendo delicadamente y para delicados, cuentan sólo con el Lector de los antiguos tiempos, que ya no usa espadín ni cita finamente a Horacio, sacudiendo el rapé de la gorguera de encajes; pero que posee todas las delicadezas del gusto nuevo y encuaderna y obsequia a los estilistas, a los parnasianos, a los femeninos, a los Coppée, a los Daudet, a los Verlaine, con cariño re-

Biblioteca Nacional de España

ligioso con que los Mecenas de la época de Boileau encuadernaban y releían a los Tácito y a los Cátulo.

Tú eres de esos... La grosera multitud te asusta un poco con su desatención ruidosa; y confías, sobre todo, en ese Lector perfecto, enamorado acaso de las lindas flores modernas de Fantasía y de Estilo. Pero sabes cómo ese lector gusta de las prácticas graciosas que ennoblecían la vida antes de la toma de la Bastilla; y ni por un lugar en el cielo, entre San Hilario y San Hilarión, le querrías ofender, interrumpiendo brusca y democráticamente su atención preciosa. Por eso deseas llevar alguien a tu lado, ya más familiar con él, que le diga, siguiendo la buena tradición de los añorados (1) *Proemios* y desde luego *modestement courbè*: "Lector pío, benévolo y amigo, aquí te presento..." Y soy yo aquel a quien tú escoges para esta gentil ceremonia, perfumada de arcaísmo, entre tus amigos, "simples hacedores de libros", como decía altivamente el viejo Carlyle...

Aquí estoy yo, amigo. Pero temo que te suceda como a aquel caballero de la balada, cuya historia yo leí en un viejo infolio español, donde aparecía conceptuosa y florida para servir de ejemplo a *los peligros de las malas compañías*. Este mozo heroico y cándido resolviera por uno de esos motivos de fe, de guerra o de amor, que eran entonces los únicos que dirigían las acciones humanas, ir a ofrecer su gran espada a una Virgen,

---

(1) Aquí quiero traducir por *añorados* el *saudosos*, ya que esa palabra se ha avecindado en el castellano, venida del catalán—*anyoranca, anyorament*, que según el aventajado lusófilo Sr. Ribera y Rovira, tiene la misma fuerza de expresión que la mágica palabra lusitana *saudade*.—*Nota del T.*

Biblioteca Nacional de España

cuya clara ermita, en un rincón de la sierra, entre rumorosa arboleda, era como una fuente espiritual donde perennemente fluían los misericordiosos milagros.

Tenía este poético mozo un amigo que en esos ardientes tiempos de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y *de la Caballería a lo divino* (1), era secretamente, bajo su cota de malla, un ateo, como si ya leyese todas las noches en su alcázar, a la luz radical del petróleo, *Le Rappel* y *L'Intransigéant*... Como este incrédulo, acorazado de hierro, conocía bien los senderos de la montaña, quiso el devotísimo caballero que le acompañase en su bucólica romería. Y mal sospechaba el héroe ingenuo que mientras él subía con un alborozo piadoso por esos caminos un poco ásperos, como los de la Fe; su camarada iba a su lado lamentando amargamente que una tan buena espada, de tan fino linaje, de tan vigoroso golpe, forjada en Toledo por Mestre Francisco Ruiz, flor y nata de espaderos, quedase de allí en adelante enmoheciéndose a los pies de una Señora, que era sólo un tosco pedazo de madera, con dos ojos de vidrio y un poco de satén encima, bordado de lentejuelas... Y ¿sabes lo que sucedió? Que apenas el caballero, de rodillas y murmurando el *Ave Reina de gracia,* colocó junto a la imagen la lámina purísima de acero, la imagen bajó severamente los ojos y repelió la espada con el pie justiciero y dulce que al mismo tiempo aplasta la serpiente y acaricia la tierra. La hoja de acero templado por Mestre Francisco Ruiz se des-

(1) Lo mismo esta frase que la anterior subrayada en el otro párrafo: "los peligros de las malas compañías"—las ha puesto Queiroz en castellano en el original para garantizar la autenticidad de la anécdota.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

hizo en pedazos negros, del color del tizón, que es el color del demonio; y sobre la selva, llena de gorjeos y aromas, se esparció una oscuridad horrible, como si la luz que la doraba se hubiese recogido toda bajo las pestañas cerradas de la Virgen ofendida... ¡Ay de mí! ¿por qué no escogió el devoto mozo para compañero de romería a algún clérigo íntimo del cielo o a algún escudero leal y buen rezador de su rosario? La imagen era española, y por lo tanto, impresionable, y viendo al caballero y su espada escoltados por un escéptico, que orgullosamente pensaba que no habría santos si no hubiese santeros, se rigió impremeditadamente por el adagio, que es de España y de otras tierras: "Dime con quién irás, te diré lo que pensarás!..." (1).

Esta historia, como todas aquellas en que aparecen santos y caballeros, encierra una fecunda lección. Y ¿no temes tú, amigo mío, que, a semejanza de aquella Virgen española, los espíritus tímidos para quienes escribiste tan acariciadoramente tus *Azulejos* bajen los ojos y rechacen el libro gentil, al ver que lo viene acompañando por estas breñas de la publicidad un infiel, un renegado del Idealismo, un esclavo de la ruda Verdad, uno de esos ilegibles, de gustos soeces, que hozan golosamente en el lodo social, que se llaman "naturalistas" y que tienen el apodo de "realistas"? (2). *Dime con*

(1) Sí, es de España; pero no en esa forma, maestro Queiroz. Están trocados los tiempos de los dos verbos y puestos en futuro, cuando debe ser presente de indicativo. Todo el mundo sabe que el clásico y manoseado proverbio español reza: "Dime con quién andas, te diré quién eres".—*N. del T.*

(2) No se olvide que en 1886, cuando se escribía este prefacio, era la época de *sturm und drang*, de lucha del

Biblioteca Nacional de España

quién irás, hijo mío, te diré lo que pensarás. ¿No temes que te juzguen también un "realista"?...

¿No temes que tu libro de Literatura, casto de aroma y de color, sea tratado como uno de esos frutos podridos que ama el Naturalismo? ¡Frutos tremendos que han depravado el paladar de las multitudes, a tal punto, que sólo ellos apetecen y sólo ellos se venden y ya nadie va a feriar en los puestos donde se venden las frescas fresas acabadas de coger en el fresal del Romanticismo!...

¡Ah!... Si nuestra amada Lisboa, vieja ama de cura que se emperifolla a la francesa, hubiese comprendido lo que en este año de gracia de 1886 ya comprendió la aldea de Carpentras, famosa por su mojigatería (1); que el Naturalismo consiste sólo en pintar tu calle como ella es *en su realidad*, y no como tú la podrías idear *en tu imaginación*, sería honrar tu libro hacerlo sospechoso de Naturalismo. Significaría entonces obra naturalista para nuestra bondadosa Lisboa; obra observada y no soñada; obra modelada sobre las formas de la Naturaleza, no recortada sobre patrones de papel; obra asentada en las eternas bases de la Vida, y no en ese muladar muelle, hecho de sentimentalismo hediondo y de cascajo de retórica, que aún entorpece el camino del Arte y donde se ve aún, a veces, brotar una florecita triste y melada que cuelga y que hiede a moho.

Mas como tú sabes, amigo, en esta capital de nuestro Reino permanece la opinión cimentada a piedra y cal,

---

naturalismo con el idealismo en toda la Península, así en Portugal como en España.—*N. del T.*

(1) Aldea de Francia a la cual atribuye Eça la *cataррice.—T.*

Biblioteca Nacional de España

entre legos y entre letrados, de que el Naturalismo o, como dice la capital, el Realismo, *¡es grosería y suciedad!...* ¿No has reparado tú en que cuando un periodista, copiando en su diario con pluma hábil el parte de la Jefatura de Policía—que es el *roast-beef* de la Prensa—menciona a un salvaje que profirió palabras inmundas, nunca deja de llamarle, con una ironía cuyo brillo raro le llena de legítimo orgullo, *discípulo de Zola?...* ¿No has notado que en los periódicos, cuando se quiere definir una manera especial de ser torpe, se emplea esta expresión consagrada: *a lo Zola?...* ¿No has visto que al describir un caso sórdido o bestial, el hombre de la gaceta añade siempre con un desdén grandioso: "Para contar bien cómo ocurrió todo, necesitábamos saber manejar la pluma de Zola"? ¡Así es, así es!... ¡Extraña maravilla de brutalidad!... ¡El nombre del épico genial de *Germinal* y de *L'Oeuvre* sirve para simbolizar todo lo que, en actos y palabras, es grosero e inmundo!... ¡Esto ocurre en una población que en la Geografía política es una capital y se llama Lisboa; pero que, en el orden del pensamiento y del saber, es un lugarejo sin nombre!...

¡Dios mío, seamos justos!... También en Francia y en Inglaterra, hace quince años, hubo la misma opinión sobre el Naturalismo; también los necios y los malignos gritaron: *grosería, suciedad,* al aparecer esas vivas, fuertes, fecundas, resplandecientes creaciones de *Le Assommoir* y de *Naná.* Solamente que en Francia y en Inglaterra bien de prisa los necios comprendieron (como ya muy bien habían comprendido los malignos) que no se trataba de una literatura expresamente libertina, hija de Bocaccio, de Brantome y de Piron, especulando

Biblioteca Nacional de España

con el vicio y haciendo dinero con él—como paralelamente el Sr. Ulbach y otros púdicos peores procuran judicialmente acumular pecunia, fabricando correctos cuadros de virtud para uso de los colegios de señoritas—; sino que estábamos en presencia de un Arte amplio y poderoso, que hacía una profunda y sutil investigación en toda la sociedad y en toda la vida contemporánea, pintando sincera y crudamente lo feo y lo malo, y no pudiendo en su santa misión de verdad ocultar detalle alguno, por muy torpe que sea, como en su científica necesidad de exactitud, un libro de Fisiología no puede omitir el estudio de ninguna función ni de ningún órgano. Ahora bien; este noble Arte no juzga que debe mutilar la Realidad o falsearla, comprometiendo así su grandioso fin moral, sólo porque podría hacerse ruborizar a las señoritas; a las señoritas que, según nos reveló últimamente el castísimo e idealismo Feuillet, conocedor perfecto de las costumbres de la virginidad, cuando están juntas, todas de blanco, en un rincón de la sala, tienen conversaciones *qui feraient rougir un singe,* ¡que harían ruborizarse a un mico!... Y en verdad os digo, mis conciudadanos, que el mono está considerado desde Plinio como la más impúdica, la más obscena de las criaturas que salieron de las manos inagotables del Señor...

Pero nuestra tierra, amigo, nunca lo comprendió así. Para ella, Naturalismo es cosa sucia, y cosa sucia seguirá siendo... Desde que nosotros, portugueses, conseguimos organizar una idea dentro del cráneo, nuestra pereza intelectual, nuestro abandono, este fondo de desdeñosa indiferencia que todos los meridionales tienen por las ideas y por las mujeres, impídenos removerla,

Biblioteca Nacional de España

sacarla de su rincón, donde queda criando moho con toda tranquilidad y para siempre. En Literatura, en Costumbres, en Política y en la fabricación de zapatillas de orillo, estamos viviendo y estamos muriendo de este obtuso y viscoso apego a la vaguedad de las primeras impresiones. Sería inútil explicar con alaridos, en una trompeta de bronce, a los oídos de nuestra suave Lisboa, acurrucada a la orilla del Tajo viendo correr el agua, lo que significa el Naturalismo. Después de destrozarnos el pulmón gritándole que no es de la filiación del Marqués de Sade, que *no es grosería ni suciedad* y que proviene de Homero, a través de Shakespeare y de Molière, la deleitosa ciudad, lega o letrada, desviaría de la corriente del río la mirada lenta y murmuraría con aquella voz pachorrenta y bonachona, que es tan suya: "¿El Naturalismo?... ¿Está hablando del Naturalismo?... Bien lo sé; es grosería y suciedad" (1).

Así es ella: dulcemente testaruda. Lo que no impide que se abalance con voracidad sobre todas esas *Nanás*, esos *Pot-Bouilles*, encuadernados en amarillo, que declara groseros y sucios. Y a tal punto de que no tolera y deja cubrirse de moho en las librerías los bizcochos inofensivos que le cocinan los maestros con la harina

(1) ¡Cuánta aplicación tendrían estas frases a España por aquel entonces, donde, cuando se debatía la cuestión del naturalismo, Pedro Antonio de Alarcón hablaba de "la mano negra", y Luis Alfonso, el crítico de guante blanco, se escandalizaba desde *La Epoca!* Véase *La Cuestión palpitante*, de la señora Pardo Bazán, y *Sermón perdido* y *Mezclilla*, de Leopoldo Alas.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

pura del Idealismo (1). No le placen. ¡Quiere lodo, el lodo que condena en las salas, descotada y austera!...

De tal suerte, que asistimos a esta cosa pavorosa: los discípulos del Idealismo, para no ser del todo olvidados, agáchanse melancólicamente, y con lágrimas reprimidas, ¡se untan también de lodo! Sí, amigo mío; estos hombres puros, vestidos de lino puro, que tan indignamente nos reprendieron por revolcarnos en el lodazal, vienen ahora a emporcarse con nuestro barro... Después, levantando muy alto las cubiertas de sus libros, donde escribieron en gruesas titulares este letrero: *Novela realista*, parece que dicen al Público con una sonrisa triste en el semblante enmascarado: "Miren también para nosotros; léannos también a nosotros... Crean que también somos groserísimos y que también somos muy sucios..."

Todavía hay, sin embargo, en esta tierra espíritus escrupulosos y tímidos que, considerando ingenuamente los libros naturalistas como inmundicias in-8.°, los re-

---

(1) Este período del interesante prefacio es la alusión a Castello Branco y otros idealistas, que se veían obligados a escribir en naturalistas porque la gente no compraba los libros de idealismo. Así el autor de *Amor de perdicão* escribía al final de su vida *A Corja* y *Eusebio Macario*. Esta fina y muy intencionada alusión, algo pérfida en verdad, provocó una réplica de Castello Branco en unas *Notas a Procissao dos Mortos*, y en contestación a esa réplica, escribió Eça de Queiroz la *Carta a Camillo Castello Branco*, que aparece en el libro póstumo ÚLTIMAS PÁGINAS: (Manuscritos inéditos); 2.ª Edicão.—Lisboa, 1917 —y que yo he traducido en mi volumen de antología de Queiroz, titulado *La decadencia de la risa*, en esta misma Biblioteca.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

pelen con un desdén que es pueril, pero sincero; cómico, pero honrado. Y para ellos se hace ya necesario ir gritando hasta lo alto de las sierras, que tu libro, a pesar de ir acompañado por uno (1) de esos escarbadores de Verdades que hozan en los estercoleros humanos, lejos de ser uno de esos frutos podridos que ama el Naturalismo, es una flor bien granada, bien graciosa, bien aromática!... Pero es preciso decir también a los espíritus más numerosos y superiores que detestan las flores de papel; que el Naturalismo acepta tu flor como suya, por ser natural, fuerte y llena de savia, con firmes raices en el suelo de la Naturaleza!...

Tú pusiste al libro amable el título de *Azulejos,* ¡nombre claro, alegre, lustroso y bien meridional!... El expresa gentilmente la naturaleza de tus cuentos, que ofrecen cada uno el diseño vivo y corto de un pedazo de vida real, entrevisto, fijado ligeramente en la primera frescura de la emoción... Sin duda, te fué sugerido por esos revestimientos de azulejos que tanto embellecen las paredes de conventos, de viejas viviendas de campo, y donde se ven, dentro de un bordado ingenuo de follajes de acanto, en un dibujo azul y nítido, escenas concisas de la vida activa: una cacería con lanzas, una comitiva de hidalgos viajando, barcos de vela deslizándose por un río, frailes en recreación bajo los árboles de una cerca...

Así tú trazas en tus *Azulejos* breves esbozos de la vida interior y afectiva; ya es la historia discreta de una pasión novelesca, de esas que llenaron de lágrima-

(1) Claro que aquí Eça se alude a sí mismo con ironía.—*T.*

Biblioteca Nacional de España

el principio del siglo, en el tiempo de los blasones, de los monasterios y de las jácaras; ya es la ternura sencilla y absoluta de una pobre costurera, rosa medio marchita de bohardilla, que el primer soplo de realidad inclemente hace caer del todo deshojada; ya es una devoción religiosa y sencilla de clérigo, toda perfumada de esas creencias de aldea que son humo, como el humo de los hogares, pero que, como él, revelan el descanso, la paz íntima, el alma aquietada y contenta en su fe; ya es la *Guitarra de Blas*, gimiendo por las tabernas la sensibilidad enfermiza y viciosa de los barrios de fábricas... Y todos estos cuadros son *azulejos*, son verdaderamente tratados a la manera de los *azulejos* de loza en un corredor de monasterio; no hay en ellos nada de duro, de opaco, de empastado; son fáciles y límpidos; tienen la precisión fina y graciosa de un contorno azul sobre un fondo blanco...

Y lo que me agrada en tu libro es esta manera fugitiva, alada, acariciadora, de pintar las cosas en *azul* y *blanco*. Te revelas así como un delicado. Sin serte extraña la esencia de la Vida y de la Realidad, no parece estar en tu gusto, tal vez en tu temperamento, ir a revolverla hasta las bascas con la curiosidad áspera de la pasión. Tu pluma roza simplemente los contornos de la Naturaleza, marcándolos con un trazo suave y tenue. No escarba abajo, donde están la hulla y el oro. Comprende bien la utilidad y la belleza de descender hasta las sombrías entrañas de la Vida, de sorprender la palpitación que todo lo determina; pero hallas con razón más atractivos en quedar en la superficie donde los jazmines florecen y cantan los mirlos...

Biblioteca Nacional de España

El hijo más joven del descuidado Augías, que era también un artista en cerámica, fué el único que ofreció el vino de la buena acogida y aplaudió a Hércules cuando llegó para limpiar las caballerizas del rey su padre. Pero apenas el sereno héroe, poniendo en un rincón la clava, partió a afrontar las seculares inmundicias, el hijo de Augías se refugió en la más alta torre, donde no pudiese advertir el sobrehumano trabajo de Alcides, ni oliese los hedores que de él se iban a exhalar; y allí, graciosamente, comenzó a pintar en un vaso una caballeriza, pero toda de jaspe y oro, donde estaban presos, fulvos y color de aurora, los cuatro caballos de Febo. Así tú, comprendiendo la grandeza magnánima de quien remueve lodos y detritus para purificar el aire de un Reino, encuentras, no obstante, que sea más dulce quedarse espejeando colores en un vaso, viendo brillar entre los racimos de la viña el azul del mar de la Hélade. ¡Haces bien!... Coges sólo la flor de las cosas que puede ser roja y melancólica o amarilla y festiva, pero siempre es una flor; mientras que nosotros nos inclinamos a analizar científicamente las raíces que son negras, que son feas y que vienen sucias de la tierra áspera donde arraigan y cuya savia absorben...

Para fijar esos pedazos de vida real entrevistos y presentidos, tienes una forma excelente, toda de naturalidad y de transparencia. Fáltate, ciertamente, ese relieve crespo, intensamente trabajado, que en Francia tanto sorprende y agrada modernamente, y donde se revela el doloroso esfuerzo del artista, en un ansia de originalidad, gimiendo y palideciendo sobre su buril. ¡No importa! Fué esa forma francesa (cuya si-

Biblioteca Nacional de España

miente imprudente lanzaron los Goncourt y con la cual los parnasianos en prosa y verso produjeron las flores extremadas, frías y brillantes como labores de joyería) la que, desembarcada, en un desastroso día, de un vapor-correo de Francia, y luego parodiada (1) sin sentido y sin gusto, originó entre nosotros esos estilos grotescos e insensatos que infestan toda la obra escrita de la generación nueva, desde el informe de los tribunales hasta el madrigal; estilos disparatados, pícaros, soeces (2), recuerdan la incoherencia de quien baraja palabras en el desvariar de una fiebre y evocan la cursilería (3) de quien, en una villa remota de provincia, enarbola corbatas de terciopelo verdegay juzgando reproducir "modelos de París"; y así dan el horror inesperado y estremecedor de una cosa que es al mismo tiempo delirante y canalla...

Tu sencillez, Dios sea loado, es flúida y correcta; y posees así la mejor manera en el arte del cuento con

---

(1) *Macaqueada;* sería mejor conservar esta palabra portuguesa tan gráfica, haciendo con el verbo *macaquear*, del sustantivo *macaco*, la sustitución de *parodiar.—N. del T.*

(2) *Reles* es un palabra portuguesa, y mejor aún lisboeta, muy típica; se oye decir a cada momento *muito reles*, en el sentido de vulgar, bajo, soez, grosero, zafio, etcétera.—*N. del T.*

(3) *Pelintrice*, sustantivo derivado del adjetivo *pelintra*, que es en lisbonense—casi en caló—lo que *pelana* en caló madrileño,o lo que *pelagatos* en buen castellano. Pero aunque *pelintrice* sería en tal caso *pelagatería*—como ya lo traduje en un pasaje de *La decadencia de la risa*—publicada en esta misma Biblioteca Nueva; Madrid, 1918—, aquí por el contexto tiene un sentido más amplio de cursilería provinciana.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

esas medias tintas, esa aguada límpida que no empasta y deja ver hasta el fondo diáfanamente.

En el cuento es menester que todo sea apuntado en un rasgo ligero y sobrio; de las figuras sólo debe verse la línea flagrante y definidora que revela y fija una personalidad; de los sentimientos, sólo lo que quepa en una mirada, o en una de esas palabras que escapa de los labios y revela todo el sér; del paisaje, solamente las lejanías, en un color subido. Tú seguiste fielmente en buen hora esta poética, que es viejísima, que ya viene de Horacio. Y eso forma uno de los encantos de tus *Azulejos*.

Mas el encanto mayor para mí está en esa vibrante y fina sensibilidad, medio llorosa y medio risueña, que en cada página palpita. Tú comienzas por tener una emoción triste en presencia de la vida. ¡Oh, no derramas ciertamente los llantos obstinados del elegíaco, ni te devasta la desolación del profeta!... ¡Muy lejos de eso!... La tuya es una melancolía ligera, resignada, como la puede sentir quien, teniendo un temperamento simpático a los dolores humanos, comprende al mismo tiempo que ellos son la parte ineludible, casi necesaria, de un mundo en que es delicioso vivir. Ahora bien; esta fe mundana en el encanto de la vida mantiene desde luego en tu emoción un tono justo; impídela de caer en el *sentimentalismo* y en el *sensibilismo;* y es ella la que te da esa ironía, tímida y abatida, pero bien visible, que paralelamente a una tristeza dulce atraviesa tus cuentos, corrigiendo tu vago enternecimiento de apasionado con su rasgo de finura crítica...

Y así sensibilizado, vibrando suficientemente para

Biblioteca Nacional de España

sentir la poesía sutil de las cosas; armado de una punta de ironía para impedir que tus creaciones se te azuleen del todo bajo la pena, en un impulso de piedad sentimental y se tornen novelescas y, por lo tanto, falsas, tú pudiste hacer la obra delicada y original, mezclando tu libro de gracia poética y de verdad humana. Son tus cuentos, pues, aún por este lado, realmente *azulejos*. El color es azul y, por lo tanto, idealizado; pero en esa idealización de tono que pertenece a la imaginación y al sueño, las figuras, por la exactitud del dibujo, permanecen en la Realidad y son sólidas expresiones de vida.

Esta manera de pintar la verdad, levemente desvanecida en la niebla dorada y trémula de la fantasía, satisfaciendo la necesidad de idealismo que todos tenemos nativamente, y al mismo tiempo la seca curiosidad de lo Real que nos dieron nuestras educaciones positivas, parece la mejor manera y la más interesante para quien, como tú, nada más pretende en las regiones del Arte que saber contar de vez en cuando, con buen sentido y buen gusto, una historia imaginada o recordada. Dulce ocupación es, amigo mío, la del cuentista en los vagares de un casto Decamerón; en ella encontrarás un placer adorablemente fino y perfecto. El Arte, para los que no se clausuraron todos en él como en los muros de un monasterio, poetiza singularmente la existencia. Si en la intimidad es una esposa celosa, absorbente y devoradora, muéstrase llena de encantos y de gracia que cautiva, para aquellos que sólo de tarde en tarde dan con ella un paseo furtivo en los viejos bosques del laurel délfico!... Uncirse penosamente a la lanza de un arado

Biblioteca Nacional de España

de hierro, e irlo empujando desde el alba hasta el crepúsculo, en una gleba reseca y empedernida, es labor dolorosa y que llena el aire de gemidos; es la labor de un Flaubert, levantando heroicamente, palabra a palabra su monumento, con una pluma rebelde. Pero en este mismo campo, cultivar un macizo de rosas, en la limpidez de la tarde, cuando hay frescura y sombra, es cosa reposada y saludable; y el cuento es esta leve flor de arte que se cultiva cantando. Distracción que implica una educación: pasar el día lejos de la Casa Havaneza (1) y de sus pompas, perfeccionando una frase, burilándola, recortando una imagen en el tejido alado de la imaginación, coloreando de luz y verde un rincón del paisaje; es una alta lección de gusto que ennoblece y afina más delicadamente todo el ser...

Y luego, amigo, el Arte nos ofrece la única posibilidad de realizar el más legítimo deseo de la vida, que es el de no ser apagada del todo por la muerte. Ahora que el Espíritu, teniendo una conciencia más segura del Universo, se niega a creer en la capciosa promesa de las Religiones de que no acabará totalmente o irá aún, en regiones de azul o de fuego, a continuar su existencia por el éxtasis o por el dolor; la única esperanza que nos queda de no morir absolutamente como las coles es la Fama; esa Inmortalidad relativa que se otorga al Arte.

Sólo el Arte puede decir realmente a sus elegidos

(1) Círculo muy popular, aunque muy aristocrático, de Lisboa; reunión de los *fidalgos* y de los *brazileiros* opulentos, así como el mundo *chic*, algo como la Gran Peña en Madrid.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

con firmeza y certidumbre: "Tú no morirás por completo; y hasta amortajado, metido entre las tablas de un ataúd, regado de agua bendita, podrás continuar viviendo por mí. Tu pensamiento, la manifestación mejor y más completa de tu vida, permanecerá intacto, sin que contra él prevalezcan todos los gusanos de la tierra; y aunque, fijado definitivamente en tu obra, parezca inmovilizado en ella, como una momia en sus ligaduras, tendrá, sin embargo, el supremo síntoma de la Vida: la renovación y el movimiento, porque hará vibrar otros pensamientos, y a través de las creaciones suyas estará perpetuamente creando. Hasta la risa de un momento revivirá en las risas que haya ido despertando; y tus lágrimas no se secarán porque harán verter otras lágrimas. Quedarás para siempre vivo, por mezclarte perpetuamente a la vida de los demás; y las mismas líneas de tu rostro, tu traje, tus modales, no morirán, rememorados constantemente por la curiosidad de las generaciones. Así no desaparecerás ni en tu forma mortal; y serás de esos Eternos Vivientes, más eternos que los Dioses, que son los contemporáneos de todas las generaciones, y van siempre marchando en medio de la Humanidad que marcha... Espíritus originales en los cuales toman luz los demás espíritus para que no se apague el fuego perenne de la Inteligencia, iguales a esas cuatro o cinco lámparas que lleva la gran Caravana de la Meca para que en ellas se enciendan las antorchas y la Caravana pueda marchar orando con rumbo seguro siempre."

Y esta promesa, amigo mío, no es falaz. El arte es todo porque sólo él tiene duración; ¡y todo lo demás

Biblioteca Nacional de España

es nada!... Las Sociedades, los Imperios, son barridos de la tierra, con sus costumbres, sus glorias, sus riquezas; y si no pasan de la memoria fugitiva de los hombres, si aún para ellos se vuelven piadosamente las curiosidades, es porque de ellos quedó algún vestigio de Arte; la columna caída de un palacio, los cuatro versos en un pergamino... Las Religiones sólo sobreviven por el arte; sólo él hace a los dioses verdaderamente inmortales, dándoles forma. La Divinidad sólo es absolutamente divina cuando un cincel de genio la fija en mármol; inspira entonces el gran culto intelectual, que es el único desinteresado y el único consciente; ya nada tiene que temer del Libre Examen; entra en la serena región de lo Indiscernible y sólo entonces deja de tener ateos. El más austero católico es aún pagano, como se era en Citerea, delante de la Venus de Milo. Y Nuestra Señora del Cielo sólo tiene adoraciones unánimes y loores sin disputa cuando el pincel de Murillo la levanta sobre el orbe, rubia y llena de estrellas.

El Arte es todo y lo demás es nada. Sólo un libro es capaz de hacer la eternidad de un pueblo. Leónidas o Pericles no bastarían para que la vieja Grecia aún viviese, joven y radiante, en nuestros espíritus; le fué preciso tener a Aristóteles y a Esquilo. Todo es efímero y vano en las Sociedades; sobre todo lo que en ellas más nos deslumbra. ¿Puedes decirme quiénes fueron en los tiempos de Shakespeare los grandes banqueros y las hermosas mujeres? ¿Dónde están los sacos de oro de ellos y el brillo de su lujo? ¿Dónde están los claros ojos de ellas? ¿Dónde están las rosas de York que florecieron entonces? Pero Shakes-

Biblioteca Nacional de España

peare está realmente tan vivo como cuando en el tablado angosto del *Teatro del Globo* colgaba la linterna que debía ser la luna, triste y amorosamente invocada, iluminando el jardín de los Capuletos. Está vivo de una vida mejor porque su Espíritu refulge con un sereno y continuo esplendor, sin que lo perturben más las humillantes miserias de la Carne!...

Nada hay más ruidoso y que más vivamente se zarandee con un brillo de lentejuelas que la Política. Por toda esta antigua Europa se ven multitudes de politiquillos y politicastros enflorecidos, emplumados, aturdidores, cacareando infernalmente, con la cresta alta. Pero ¿conoces tú la posibilidad de que aquí a cincuenta años, cuando se estén levantando estatuas a Zola, alguien se acuerde de los Ferry, de los Clemenceau, de los Cánovas, de los Brigth (1)?... ¿Puedes decirme quiénes eran ministros del Imperio en 1856, hace sólo treinta años, cuando Gustavo Flaubert escribía *Madame Bovary?*... Para saberlo es preciso desenterrar y rebuscar con repugnancia viejos diarios mohosos; y encontrados los nombres, nunca podrás verdaderamente diferenciar al sujeto Baroche del sujeto Troplong; pero de *Madame Bovary* sabes la vida toda, y las pasiones y los tedios, y la perrita que la seguía, y el vestido que se ponía cuando marchaba los

(1) De Jules Ferry y de Brigth, realmente ya pocos se acuerdan; a Cánovas diariamente se le rememora en España, en vista de la ausencia de hombres; Clemenceau, "el viejo tigre", es hoy (Junio de 1918) dueño de los destinos de Francia y acaso de Europa.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

jueves en *La Hirondelle* (1) para ir a encontrar a León en Rouen!... Bismarck omnipotente, que es canciller de hierro; de aquí a doscientos años, será, bajo la herrumbre que lo ha de cubrir, una de esas figuras de Estado que duermen en los archivos y que pertenecen a la erudición histórica; el Papa León XIII, tan grande, tan presente, que hasta las criaturas se saben de memoria su sonrisa fina, no será en la larga lista de los Papas más que una vaga tiara con un número; pero pasarán doscientos años y mil, y el nombre, la figura, la vida de cierto hombre que no gobernó ni la Alemania ni la Cristiandad, estará tan fresco y brillante como hoy en la memoria agradecida de los hombres. ¿Por qué? Porque un día, en una isla del Canal de la Mancha, al rumor de los mares y de los vientos, escribió algunos cantos en verso que se llaman *La Leyenda de los Siglos* (2).

Bastante mejor que yo lo dice la certa canción:

De vingt rois que l'on encense,
le trepas brise l'autel...
Mais Voltaire est inmortel! (3)

¿Quiere decir esto, amigo mío, que tus *Azulejos*, por

(1) Es el nombre que da Flaubert a la diligencia que hace viaje diario a Rouen desde el pueblo donde sitúa la acción de su novela inmortal *Madame Bovary*.—*N. del T.*

(2) Sería hacer un agravio a la cultura del lector recordarle que el autor de la maravillosa "epopeya lírica" *La leyende des siècles*, es el genial Victor Hugo.—*N. del T.*

(3) Canción francesa de Beranger, que parece del siglo XVIII. "De veinte reyes a quienes se inciensa, el féretro derriba el altar... Pero Voltaire es inmortal."—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

el mero hecho de no ser un informe de tribunales, han de vivir tanto como los mármoles del Partenón? ¡Ay de ti! ¡Ay de mí! El sol da luz, existe coruscante y redondo hace centenares de siglos, y la Ciencia aún le asegura largos millares de años de esplendor y de gloria en lo alto de los cielos; pero en nuestras casas los fósforos de cera también pertenecen a la sustancia que da luz, y cuando alumbran trémulamente un minuto, ya enaltecemos su buena calidad, agradecidos. Tus cuentos son flores de Arte, modestas y sencillas; conténtate con que ellas, como flores que son, duren una mañana de verano. ¡Serás feliz! Mis obras ni siquiera cuentan para vivir con ese "espacio de una mañana" que Malherbe garantiza a las rosas (1). No sé cómo es; les doy mi vida toda y nacen muertas; y cuando las veo delante de mí, me asombro de que, después de tan duro esfuerzo, después de tan ardiente y laboriosa insuflación de mi alma, salga aquella cosa fría, inerte, sin voz, sin palpitación, amortajada en una capa de color!...

Pero en fin; consolémosnos, amigo... Puede muy

(1) Aquí se ve cuán modesto era Eça de Queiroz y cómo desconfiaba de sí mismo, y cuán terriblemente dramático era su anhelo de perfección, a lo Flaubert, que le hacía soñar en una prosa *como ainda não ha*, según confesaba en *Correspondencia de Fradique Mendes*, por ese capcioso medio de confesión semi-autobiografía, semi-novelesca; y en este párrafo se ve cómo desconfiaba de sus propias obras. Pero su profecía no se cumplió y viven y perduran y perdurarán como obras maestras del arte peninsular y como culminación del genio de su raza sus novelas inmortales, especialmente *O Primo Basilio*, *A Reliquia*, *A Cidade cas Serras*.—*Nota del Traductor.*

Biblioteca Nacional de España

bien suceder que un día, más tarde, uno de esos enamorados de antigüedades que se entretienen en revolver el detritus de las épocas pasadas, encuentre en el rincón olvidado de vieja biblioteca, entre el polvo y el moho, amarillento y roído de gusanos, uno de nuestros libros; estos tus mismos *Azulejos,* ahora tan frescos y tan lustrosos al sol. Y por curiosidad arqueológica, puede ser que ese paciente excavador de las Edades muertas sacuda el polvo al volumen caduco y hojee aquí y allá... Y ¡quién sabe! Tal vez la *Guitarra de Blas,* gimiendo dolientemente desde el fondo del pasado, le enternezca un momento; tal vez respire en los *Aromas Campesinos* la exuberancia y la gracia idílica de las aldeas y de los caseríos sobre los cuales ya entonces habrá rodado, despoetizadora y niveladora, una nueva máquina de la civilización... Y leerá el libro todo; y lo que tú pensaste le ha de hacer pensar y sonreirá con tu sonrisa... Tus creaciones traspasarán, quejosas o alegres, con la vida que tenían en tu espíritu, por delante de tu lámpara, habiendo recibido en su espíritu una encarnación fugitiva; y por ellas tu ser, disperso en la sustancia, estará un instante mezclado a un sér vivo y palpitando en su vida toda... ¿Y quién osará decir que esto no sea una resurrección?...

Sólo por eso, amigo mío, vale la pena de que te vengas a juntar a aquellos que (como decía Carlyle) son "simples hacedores de libros". Y si por acaso nunca hubiese de llegar ese día de la Resurrección—al menos en vida, hallándote entre "hacedores de libros", estarás en la cofraternidad de hombres que tienen una noble ocupación en la existencia, una magnífica ambi-

Biblioteca Nacional de España

ción, alegría, generosidad, calor y entusiasmo... ¡Y esto no se encuentra en todos los vasallos del Rey!...

Trae, pues, tu libro, una resma de papel para hacer otro, y ocupa tu puesto, confiada y holgadamente, en esta Ilustre Compañía.

Biblioteca Nacional de España

IV

EL INVIERNO EN PARIS

Este invierno en París reunió todas las condiciones para ser espléndidamente elegante y alegre.

Hubo diez y seis grados bajo cero, la nieve endurecida blanqueó el Bosque de Bolonia, todos los lagos estaban helados y un sol claro y fino brillaba en un cielo de tonos delicados.

Hace diez años, aún bajo la República (que por profesión debe siempre mostrarse modesta y austera), tales bellezas invernales excitarían de un modo sobreagudo ese famoso *amor al placer* que todos los moralistas afirman ser el motor natural del carácter francés. Así como el verano atrae a los hombres hacia las simplicidades y verdades de la Naturaleza, el invierno excita en todas partes hacia los refinamientos de la sociabilidad; pero principalmente en París, donde el frío y la nieve fueron siempre los principales creadores de esa actividad mundana que tantas formas interesantes reviste, abarcando, ya en el orden intelectual, ya en el orden físico, una infinidad de ejercicios y de emociones, desde el patinar hasta el neo-evangelismo. Actividad absolutamente inadecuada al verano, con polvo, un sol rutilante y los árboles todos llenos de hojas y de pájaros. La propia producción de las ideas necesita el

Biblioteca Nacional de España

invierno, el sosiego pensativo de las chimeneas encendidas y los cielos velados, los árboles desnudos; una Naturaleza sin brillo que no distraiga de las contemplaciones abstractas. Nunca se concibió un poema o una grande y nueva teoría científica en Mayo o en Julio, cuando los prados están en flor y las aguas son murmuradoras; las densas y frescas sombras despiertan irresistiblemente en el hombre los viejos instintos adámicos de la ociosidad divina.

Pero es necesario también que el invierno, para ser fecundo, se conserve luminoso, seco, vivo, fino, crespo, con aquella ligereza de aire abundante en oxígeno que tan bien excita y tonifica la vitalidad nerviosa. Invierno morriñento (1), pardo, muelle, sombrío, hosco, es totalmente hostil a las alegrías de la sociabilidad, a las invenciones del espíritu, a toda especie de actividad, ya se traduzca por bailes, ya se traduzca por libros. Pero es sobre todo desfavorable al brillo fastuoso de una ciudad mundana, porque adormece y debilita totalmente toda energía festiva. En París este invierno fué favorablemente seco, soleado, bien helado, vivificante y excitante, y, sin embargo, fué triste...

Ni fiestas, ni pompas, ni la tradicional representación de las clases patricias, ni el lujo casual y exuberante que desborda hacia las calles; sin aquel movimiento siquiera de una escintilación algo febril que, en el sencillo y vivo cruzar de los carruajes, en la mera animación de unos ojos que pasan y sonríen, prueba cuándo una sociedad se está divirtiendo con

(1) No temo adaptar este adjetivo que emplea Queiroz en su giro dialectal gallego: *morrinhento.—N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

seguridad y con vigor. ¡Por el contrario!... París tuvo este invierno un aire parado y pensativo. Reparando bien, hasta existía un cierto encogimiento y un malestar moral. Nadie parecía dispuesto al placer; había en todos como un recelo, un escrúpulo de abandonarse al placer ruidosa y descaradamente. Es claro que París, amigos míos, no se tornó de repente un mortificado convento de Trapenses. Aún se baila, aún se abren botellas de Champagne, aún se encargan a las modistas vestidos de tres mil francos. Pero no hubo, no hay ya aquel vivir ardiente y libre, aquella elegancia petulante, aquella jovial audacia en el placer y la aturdida acumulación de fiestas que eran la gloria mundanal de estos inviernos de París, cuando Dios los dotaba de toda su belleza invernal... ¿Por qué? Por un motivo que no es sólo parisién, sino europeo, y que sería en gran manera honroso, si en él entrase sólo la generosidad y no entrase también mucho egoísmo y algún miedo.

¿Es sólo delicado pudor? ¿La generosidad de quien no quiere, mostrando la riqueza propia, hacer más angustioso en los miserables el sentimiento de su miseria? No, ciertamente. Es también miedo. Es el miedo creciente que los ricos tienen de los pobres desde que los pobres son una irresistible fuerza que se une, se disciplina, se concentra, se prepara. Si no se exhibe hoy el lujo es, principalmente, para que no irrite más a la indigencia. Todo millonario se siente amenazado y evita prudentemente extender, como antaño, sus millones al sol. Es que antaño el Estado, por medio de su policía, de su ejército, de todos los instrumentos de gobierno, defendió siempre al millonario y a sus millones. Todavía lo defiende, sea Monarquía o sea República, por-

Biblioteca Nacional de España

que tiene aún su base en las clases medias, poseedoras de la riqueza. Pero hoy ya se considera probable, tal vez próxima, otra organización social en que el Estado tenga por base las grandes masas proletarias, y en lugar de consolidar, destroce el poder del capitalismo. ¿Quién diría hace diez años que en las calles de París doscientas mil personas gritarían como gritaron en el día en que Drumont amnistiado regresó de Bruselas: *Abajo Rotschild?...* Grito extraño que revela el advenimiento de un mundo nuevo. Por eso Rotschild (y considero aquí a Rotschild como un símbolo capitalista) se retrae, se desvanece, elimina en sí y en torno de sí todo lo que muy brillantemente pruebe y revele su *rotschildismo.*

Es la antigua historia de la aristocracia, escondiendo en los armarios las libreas doradas de los lacayos, raspando en las portezuelas de los coches los blasones muy vistosos. A su vez la plutocracia se hace modesta y sencilla. Ni estruendo de fiestas, ni lujo que brille a lo lejos. Todo muy discreto, muy disfrazado. Las cortinas de las ventanas bien corridas para que no se divise de fuera la luz de las lámparas. Sólo tres o cuatro amigos a comer con un *champagne* tímido. Y cuando se baila es por suscripción, en beneficio de algún asilo o casa-cuna, para que hasta el placer parezca estar al servicio del sufrimiento.

Y he ahí por qué el invierno fué tan triste en París. La ciudad de las gracias y de las risas apaga el antiguo fulgor de su risa y esconde la vivacidad de su gracia, algo por deferencia, mucho por miedo a aquella otra ciudad que está en derredor, mostrando como una acusación permanente su faz hambrienta, donde las risas

Biblioteca Nacional de España

son raras, y cuando estallan son amargas. Y casi a escondidas, con las puertas bien calafateadas, es como París se divierte. Y este encogimiento difunde sobre sus mismas diversiones una indefinida sombra de tedio, porque, como dice uno de los más viejos y sinceros proverbios de Francia y en que el pueblo francés se pinta todo: *oú il y a de la gêne il n'y a plus de plaisir* (1). Así uno de los primeros e inesperados resultados del movimiento socialista es la austeridad de París, su renunciación forzada al placer vistoso y franco. La festiva ciudad está pasando por aquella crisis de gravedad sorrumbática (2) que Londres atravesó en la época de Cromwell y de los puritanos, cuando era casi un crimen de Estado cantar una copla en una taberna o apretar el jubón con un lazo de colores garridos.

Crisis peligrosa porque la diosa de la Alegría, como la diosa de la Fortuna, rara vez vuelve a los sitios de donde fué expulsada por motivos de doctrina. Inglaterra, que hasta Cromwell estaba tan llena de festivales y holgorios que se llamaba *Merry England*, la jovial Inglaterra, pasó a ser la tierra clásica de la insipidez. En vano fué restaurada la Monarquía y desaparecieron los puritanos con sus largas capas negras y su rencor a toda gracia y a toda risa; el puritanismo quedó gravitando sobre Inglaterra, como una gran

---

(1) "Donde hay molestia no hay placer", reza este viejo proverbio francés.—*N. del T.*

(2) Quiero aficionar al lector español a este lusitanismo, que yo he empleado a sabiendas de que no está en nuestro Diccionario y que seguiré empleando en prosas mías, como muy expresivo y vigoroso, y conforme al genio del idioma.—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

sombra de sepulcro. Las almas habían tomado resignadamente el hábito de la sosería (1) y ya vegetaban en ella como en su oscuro elemento natural. Sólo ahora, después de casi tres siglos, es cuando por esfuerzo lento del viejo temperamento sajón, comienza a emerger de los cenicientos velos puritanos y a recobrar un poco del brillo, de la espontaneidad jocunda, de la ligereza galante del tiempo en que era la *Merry England*, la jovial Inglaterra.

¿Quién sabe también si Francia no está riendo a la sordina sus últimas risas, y si con el advenimiento del Cuarto Estado, con el triunfo social del proletariado, no se tornará a su vez la patria clásica de la melancolía?... En efecto, una vieja profecía del monje de Orval anuncia que allá hacia 1897 o 1898 (2) *París dejará de reir*. El terrible monje, que vivió en el siglo XV, presagió a Luis Felipe y profetizó la guerra del 70. Y esta nueva amenaza, el fin de la risa en París, bien se puede realizar igualmente; porque ya aquella risa que ha sido, desde el siglo XVIII, la seducción de Europa, se produce con esfuerzo en labios que están pálidos y comienzan a marchitarse...

---

(1) Para transcribir con precisión y exactitud la frase portuguesa *semsaboria* sería menester acuñar, como palabra del idioma castellano, el modismo dialectal andaluz *esaborisión*, que, por lo demás, es de exactitud formidable adecuada al caso, pues lo que advierten los andaluces en los ingleses es que son unos *esaborios*.—*N. del T.*

(2) Esto lo escribía Queiroz en 1897; pero ya se advierte que la profecía no calculaba bien, pues era, sin duda, a los tiempos actuales de dolor, guerra y azotes, en que la risa ha cesado, a los que el monje se refería (Mayo 1918).—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

Que aprovechen, pues, este resto de alegría y corran deprisa antes de que se extinga, aquellos que vengan a París, sobre todo con el fin profano de ser los huéspedes acariciados y deliciosamente acogidos en la ciudad de los Juegos, de las Gracias y de las Risas.

1897.

Biblioteca Nacional de España

V

REVUELTA DE ESTUDIANTES

PARIS está en revuelta; casi podría decirse en revolución. Ha habido, en efecto, todas las escenas clásicas de las revoluciones parisienses: asalto a la Prefectura de Policía, barricadas hechas con ómnibus derribados, incendios de quioscos, destrucciones de cafés, comités permanentes, corte de las cañerías de gas, sumiendo en tinieblas calles y bulevares; policías arrojados al Sena y clamores de ¡Viva la anarquía!... Nada faltó...

Dicen (tal vez exageradamente) que los muertos son casi treinta y que los heridos exceden de dos mil...

¿Por qué esta revuelta tan sangrienta?... ¡Por causa de una mujer desnuda y de un senador pudibundo!... No es, sin duda alguna, la primera vez, desde Helena y desde la guerra de Troya, que los hombres se destrozan entre sí por causa de la desnudez de una mujer. Pero es ciertamente la vez primera que una ciudad levanta barricadas por causa del pudor de un senador. La Historia es grotesca y lamentable...

Los estudiantes de la Escuela de Bellas Artes de París organizan todos los años un baile, que no es público, y que por los elementos que lo constituyen se intitula *Baile de las Cuatro Artes*. Es siempre una fies-

Biblioteca Nacional de España

ta en extremo fantástica. Y ¿dónde podrá expansionarse la fantasía más naturalmente que en un baile de artistas, mozos y libres, que en los dominios de la imaginación tienen el derecho nato de ser fantásticos?... Ahora bien; este año, los escultores del taller de Falguière decidieron presentarse en el baile llevando en triunfo, sobre unas andas, como una diosa de belleza y en la actitud de Diana disparando el arco, a una tal Sara Brown, que es de los más lindos y perfectos modelos de París. Excuso añadir que esa Sara, en su calidad de Diana, iba poco vestida. En verdad, para cubrir el esplendor de su cuerpo, que ha sido reproducido ampliamente en el mármol y en el lienzo, llevaba solamente (anacronismo deplorable) unas medias de seda negra y unos zapatos. Sería de más en Grecia y en tiempo de Diana. En París, y en 1893, es tal vez poco; y una leve túnica, un velo, un cendal, hubieran ahorrado los desastres y la sangre. Entretanto, de parte de los estudiantes no había, en esta exhibición triunfal de la bella Sara, intención alguna.

Eran artistas que en su casa, en una fiesta particular, donde sólo se podía penetrar por invitación, celebraban con honras paganas un tipo perfecto de belleza femenina. Pienso que mostraron poca fantasía e inventiva, porque repitieron en una noche de fiesta las ocupaciones habituales de la escuela. Su profesión, como artistas y escultores, es contemplar, comprender, reproducir la forma humana. Y llevando con ellos al baile a un modelo desnudo en una actitud de estatua, estos muchachos transformaban la sala en *atélier*, y no estaban tramando una juerga, sino estudiando una lección.

Biblioteca Nacional de España

No pensó así, con todo, el senador Berenger. Y aquí aparece este hombre terrible...

El senador Berenger es el presidente de la *Liga contra la indecencia de las calles*. Los fines de esta asociación para quien conoce París, y sobre todo la línea de bulevares que va desde la Magdalena a la Bastilla, no necesitan ser explicados ni justificados. Es una asociación útil, casi providencial. Y quien tenga hijas (1) y a veces necesite atravesar con ellas los bulevares, debe contribuir con su cuota mensual a la fuerza, eficacia y desenvolvimiento de la Liga.

Su único defecto es su presidente—porque este hombre excesivo, que tiene setenta años, y una pudibundez maníaca, no sólo embiste, en nombre de la Liga, contra todas las indecencias indiscutibles y patentes de las calles, sino contra todo acto humano que vagamente se le figure que revela una tendencia impúdica. Y para este anciano, catoniano y *caturra* (2) (mojigato), todo en el universo es impudicia. Una señora, para atravesar el barro, levanta un poco la falda; inmediatamente llama

---

(1) He aquí un grito sentimental, en que el padre ahoga al humorista. Eça de Queiroz tenía ya en 1893, a más de dos hijos, una niña, que hoy es ornato de la sociedad de Lisboa: la elegante y gentil señorita portuguesa María Eça de Queiroz.—*N. del T.*

(2) *Catónico*, dice Queiroz; esto es: discípulo de Catón; me parece más conforme con el genio de nuestro idioma decir *catoniano*. En cuanto a *caturra*, ya he dicho en otro libro (*La decadencia de la risa;* Biblioteca Nueva; Madrid, 1918) que era un vocablo genuinamente portugués y casi intraducible; aquí es uno de los pocos casos en que tiene traducción fiel y exacta; vale tanto como beato, mojigato, santurrón.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

Berenger a un policía. En el escaparate de un librero, sobre la cubierta ilustrada de una novela, hay una imagen algo descotada; en seguida Berenger, con los cabellos erizados de horror, se querella del librero y del libro. Por detrás de una puerta sale un rumor de besos; sin demora Berenger pretende derribar la puerta y empapelar a Cupido. Recientemente llevó a los Tribunales al autor de un libro científico, de medicina, *¡por indecente!...* Es él quien conspira para que se cubran con burdas camisas de lona todas las estatuas antiguas del Museo; y si Berenger triunfase, veríamos en las iglesias a San Sebastián metido castamente en un largo sobretodo de paño negro... Hasta la desnudez de los animales le indigna; y afirman sus amigos que se prepara a presentar un proyecto de ley para que todos los perros y caballos de París anden con manta... El horror que amarga su vejez es que haya dos sexos. Berenger quisiera que hubiese uno solo: el neutro. Y no pudiendo realizar esta reforma en la Humanidad, trabaja por realizarla en la gramática. Así evitará el afrentoso escándalo de que haya sustantivos masculinos y femeninos, viviendo en promiscuidad, encerrados en el mismo diccionario, ¡y tal vez haciendo porquerías allá dentro!... Tal es Berenger.

Imagínense, pues, el furor de este varón castísimo al saber del baile de *Las Cuatro Artes* y de la bella Sara desnuda... ¡Trémulo, subió a la tribuna del Senado y apostrofó!... Desde allí corrió a los Tribunales y se querelló. Y he ahí a la pobre Sara, la gentil Diana, y a los estudiantes refinadamente estéticos que la habían llevado en triunfo, citados ante la policía correccional como promotores de *indecencias públicas.*

Biblioteca Nacional de España

El furor púdico de Berenger fué grande; pero ¿cómo decir el furor artístico de los estudiantes? Había en ellos muchos sentimientos ofendidos; sentimientos de arte, sentimientos de clase, sentimientos de libertad, sentimientos de tradición escolar y de tradición estética. Y la idea de que este viejo mojigato arrastraba a los Tribunales, *por obscenos*, a artistas de veinte años que, a la manera de sus antiguos colegas de Grecia y de Italia, celebraban con una fiesta particular, totalmente suya y solamente escolar, la belleza de una modelo, que ellos copian todos los días en la escuela, y que su maestro, Falguière, ya reprodujo en mármoles ilustres, pareció intolerable. De ahí provino un odio inmenso contra Berenger. Y, por lo tanto, burla inmensa organizada contra Berenger... No sé cómo proceden los estudiantes de Sao Paulo y de Río (1) para celebrar sus grandes bromas oficiales. En Coimbra es una enorme multitud armada de tambores, calderos, latas, sartenes, pitos estridentes, bocinas horrendas que, en la alta noche, se acerca a casa del "embromado" y rompe bruscamente en un charivari descomunal, que no cesa y va creciendo demoniacamente hasta que "el embromado" huya por los tejados o muera de terror o se humille e implore absolución.

En París la gran broma escolar se hace por medio del *monomio*, que es una larga cola de mil o dos mil estudiantes, serpenteando por las calles, berreando el nombre del "embromado" e intimando a la población

(1) No se olvide que Eça de Queiroz dirigía estas cartas desde París, en estilo llano y casi familiar, a periódicos importantes del Brasil, como la *Gaceta de São Paulo* y el *Diario de Noticias*, de Río de Janeiro.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

a que lo vilipendie. Y hay algo de imponente y dramático en esta inmensa fila oscura, semejante de lejos a una culebra interminable, que se extiende, colea por las callejuelas estrechas del Barrio Latino y clama, como últimamente lo hizo, en un compás lento y siniestro: *¡Vilipendiad a Berenger!... ¡Vilipendiad a Berenger!...* (1).

Ahora bien; cuando uno de estos monomios, en el domingo pasado, iba vilipendiando a Berenger, tuvo un conflicto con la Policía. O más bien, a lo que parece, el monomio se había deshecho, los estudiantes se habían establecido en el Café d'Harcourt para descansar y refrescar, cuando la Policía, desaforadamente, invadió el café, hizo un asalto tremendo y brutal. Y, por desgracia, en el atropello fué muerto un pobre rapaz que tomaba pacíficamente un bock, que no era estudiante y sí sólo amigo y camarada de estudiantes.

Después, inmediatamente, siguiéronse todos los incidentes tradicionales de un motín académico: inmensa excitación; formación de un comité de resistencia; intimación al gobierno para que dimitiese el prefecto de Policía, responsable por la injustificada brutalidad de sus agentes; y ante la negativa del gobierno, el desorden en las calles, el asalto a la prefectura, los encuentros sangrientos con las fuerzas de la Policía, el Barrio Latino en estado de sitio y la mitad de París lleno de bayonetas.

Los estudiantes, por lo general, tienen la revuelta muy fácil, pero muy corta. Y cuando los barullos los

---

(1) La frase ritual es el verbo *conspuer;* por lo tanto, los estudiantes gritarían: *Conspuez Berenger!—N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

arman únicamente los estudiantes, el orden renace de repente cuando una madrugada se sienten abrumados de tanto grito y de tanto empujón, y se recogen a sus casas a mudar de ropa y de entusiasmo. Pero en París, desgraciadamente, más que en ninguna otra ciudad, hay una verdadera clase revolucionaria, que está compuesta de las últimas, de las más bajas, de las más viciosas y de las más violentas capas del proletariado. Son los salvajes de la civilización (la frase es conocida). Y son ellos los que convierten cualquier motín de París en algo excesivamente peligroso, porque acuden en seguida a agravarlo, introduciendo en él la violencia bestial, el furor de la destrucción y el desorden por amor al desorden. Que el motivo del tumulto sea una justa teoría política o una indignación humanitaria o un entusiasmo patriótico; el salvaje, que nada sabe de patria, ni de humanidad, ni de justicia, corre en seguida con su porra, su faca y su lata de petróleo, ávido de apalear, quemar, destruir.

Y fué precisamente lo que sucedió en esta simpática algarada de estudiantes, donde la legítima cólera no excluía una alegre moderación. El salvaje apareció y al punto todo tomó un carácter feroz y sangriento. Desde ese momento el gobierno ejerció una represión especial, no prudente y adecuada a estudiantes, sino implacable y adecuada a bandidos... Y de ahí se siguieron todos esos incidentes de los cuales los periódicos cuentan la crónica lamentable, y que, por la audacia de los tumultuosos y la inmensa brutalidad de la Policía, dieron por triste resultado, a lo que se dice, treinta muertos y dos mil heridos.

¿Y por qué? ¡Por causa del bailoteo de *Las Cuatro*

Biblioteca Nacional de España

Artes! Por causa también de este calor terrible, que excita y exalta los temperamentos. Es un hecho, hoy explicado científicamente, que las revueltas populares sólo se dan, sobre todo en los países del Norte, durante los cálidos meses del verano. El termómetro con 40° a la sombra, una atmósfera pesada y eléctrica, llevan a las multitudes a enfurecerse por cosas que durante el invierno y con las calles llenas de nieve las dejarían indiferentes. Y no comprendo cómo no se intentó aún de un modo metódico (porque casual e irregularmente ya se ha hecho) sofocar las algaradas por medio del agua fría. El sistema ya lo poseemos admirablemente organizado en el servicio de incendios. Una revolución es siempre comparada en literatura a un gran incendio. Y no hay motivo para que no se apague en realidad por medio de bombas. Tres o cuatro bombas de vapor, vertiendo sobre una multitud formidables e irresistibles chorros de agua fría, serían, a mi ver, más eficaces que cargas de caballería. Una carga irrita siempre a aquellos contra quienes se da; y el instinto del valor, el deseo del desquite, el fondo del heroísmo que tienen en sí todas las multitudes, impele a la resistencia y a la lucha. Pero la venganza y la resistencia son imposibles contra una bomba de incendios que ciega... El hombre acuchillado por la Policía puede acuchillar también, porque tiene un arma igual y se siente bravo. El hombre regado, encharcado, pierde todo valor, porque se siente grotesco... No ve ante sí otro hombre sobre quien vengarse; ve sólo un largo chorro de agua que le empapa y le constipa. Es una humillación bochornosa. No se puede apedrear ni acuchillar a una manga de riego...

Biblioteca Nacional de España

Delante de una manga de riego sólo queda huir a secarse. A más de eso, las plebes tienen un horror enorme al agua fría, y tal, que afrontaría una bala, escapa a correr delante de una ducha. Añádase a esto que nadie hay que no tema el agua en cuanto está vestido. Desnudo, el hombre resiste aún el elemento líquido. Pero de levita y sombrero, no lo resiste.

La bomba de incendio (adoptado este método), no sólo operaría como dispersadora, sino como sedativa. Calmaría la exaltación y con ella la revolución. Y después sería una represión perfectamente dulce y humanitaria. No más heridos ni muertos. Sólo mojados. Cuando más, acatarrados. Acabado el motín, los vencidos irían a sudar en la cama y el orden quedaría restablecido. Al siglo XIX competía, dado su espíritu humanitario, hacer esta reforma considerable en la supresión de las revoluciones.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VI

A PROPOSITO DE "THERMIDOR"

VICTORIEN Sardou, hace cinco o seis años, escribió (o más bien, maquinó, porque este verbo mejor le compete) un drama intitulado *Thermidor,* que fué representado una vez en la *Comédie Française* e inmediatamente prohibido por el Gobierno como funesto para la República y para la libertad. *Thermidor,* en efecto, resucitaba una época esencialmente antiliberal y antirrepublicana, puesto que durante ella se desenvolvió el reinado del Terror y la sangrienta tiranía de Robespierre.

Pero (cosa democráticamente divertida) la pieza de Sardou fué prohibida en nombre de la República y de la Libertad, por lo mismo que, a través de ella en charlas amargas y en episodios demostrativos, se condenaba el despotismo. La razón aducida por el Gobierno o, más bien, por la mayoría de las Cámaras, que, bajo el mando fogoso de Clemenceau (entonces omnipotente) (1), votó la prohibicón de *Thermidor*, era que todo verdadero y leal republicano debía aceptar la Revolución francesa *en*

(1) La pluma se me escapa para comentar: "Y ahora, más omnipotente que entonces..." Cuando traduzco estas líneas el proceso Caillaux está en su momento culminante.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

bloque. En ese día nació o, por lo menos, fué acuñada en aforismo y penetró en la circulación banal, la doctrina, hoy famosa, *del bloque*.

Consiste ella en que el buen republicano, verdaderamente útil a la República, debe adoptar la Revolución francesa en todo su conjunto, en su absoluta totalidad, con todos sus beneficios magníficos y todos sus crímenes bestiales, sin separar, sin escoger; sin sonreir a Camilo Desmoulins porque él fué generoso y poético; sin repeler a Marat, porque fué sórdido y sangriento; amándolo todo, reverenciándolo todo, los hombres todos, las fiestas todas, los héroes y los canallas, la abolición de los derechos feudales y las matanzas de Septiembre, como si esa Revolución fuese en realidad un bloque, un bloque de metales fundidos donde no se pudiese desligar el oro puro del plomo vil, y donde el plomo estuviese tan sumido en el oro que en realidad todo pareciese y valiese por oro. Y según esta dogmática doctrina, un Gobierno republicano, aun reconociendo a solas con su penacho que Robespierre fué vagamente ridículo como Papa (Papa del Ente Supremo) y secamente sanguinario como dictador, nunca podría permitir que Robespierre, que es uno de los pedazos considerables del *bloque*, afrontase un pateo en un teatro de París.

De ahí la supresión dictatorial de *Thermidor*. Y había también la vieja razón de los Gobiernos (tan vieja y decrépita y trémula y tonta, que me asombra cómo aún puede aparecer en las asambleas y ser tomada por una realidad viva): la manoseada razón del orden público.

En efecto, según afirmaba el Gobierno, los jacobinos y los sebastianistas (porque este apodo del Brasil, sa-

Biblioteca Nacional de España

cado de la poética secta de Portugal, conviene admirablemente a los realistas de Francia) habían proyectado descender en masas densas sobre la *Comédie Française*, unos para silbar al reinado del Terror y aclamar a Sardou, que lo denigraba, los otros para vitorear a Robespierre y destrozar a Sardou y las butacas; y ambos para aullar y tratarse mutuamente de "bribones", en nombre del 89 y de la *Declaración de los derechos del hombre*.

Hasta se murmuraba con terror que en esta noche debía aparecer Lissagaray, el propio Lissagaray, el formidable Lissagaray... Yo nunca supe quién fuese ese hombre asustador, ni siquiera si era un hombre o un símbolo como Fierabrás o Polifermo. En mi mocedad, cuando yo conspiraba en Lisboa, en la travesía de la Conceiçao Nova, contra Napoleón III, había en París un Lissagaray terrible, en quien Cassagnac había descargado alegremente estocadas o bastonazos. ¿Sería aún ese el hombre terrible?... En todo caso, símbolo social u hombre mortal y apaleado, Lissagaray en esa noche debía venir. El Gobierno ahogó a Sardou para salvar al Orden. Y la *Comédie Française*, en vez de *Thermidor*, dió la pieza que mejor convenía como comentario: *Tartufo*.

¡Pues bien! Cinco años han pasado, como se decía en las novelas románticas. Y ahí tenemos a *Thermidor* representado en el teatro de la *Porte Saint-Martin* durante dos meses, bajo la benevolencia paternal del Gobierno y en medio de un risueño y delicioso orden público. Y notad que el maestro Sardou, sagaz cocinero de guisados teatrales, sabiendo bien que nunca se debe servir un plato de la víspera sin una salsa nueva y

Biblioteca Nacional de España

fuertemente condimentada, introdujo en el *Thermidor* episodios inéditos y todos desagradables para la Revolución, unos mostrando su incoherencia anárquica, otros ennegreciendo su ferocidad impía. Hasta hay una sesión de la Convención, la sesión del 9 de Thermidor, en que Ropespierre fué acusado y derribado, reconstituída, en un escenario erudito, con los bancos y las tribunas, y los convencionales más ilustres, y el pueblo tumultuoso, y las grandes invectivas históricas y los gestos, y los silbidos, y los rugidos, y los ultrajes, y Robespierre, de casaca color de piñón, con el puño cerrado, gritando al presidente Collot d'Herbois: —*¡Por última vez te pido la palabra, presidente de asesinos!...*

Y, sin embargo, a pesar de estas exhibiciones irritantes, que el Gobierno hace cinco años temía o afectaba temer, por causa del viejo orden y de la reverencia que se debe al *bloque*, todas las noches *Thermidor* se desenvuelve en medio de un sosiego atento, como si en vez de la Revolución se tratase del Renacimiento o de la guerra de los Cien Años. Lo que interesa no es la suerte de Robespierre, sino el arte de Coquelin. Nadie piensa en los principios, a través del placer que dan el color y la animación de los escenarios.

Y jacobinos y sebastianistas salen del teatro y encienden pacíficamente sus cigarros, con la sensación muy cierta de haberse divertido. Ahora bien; hace cinco años, si el Gobierno no se hubiese asustado con sus vivos pudores conservadores y revolucionarios, *Thermidor* correría entre el mismo sosiego, apenas removido por una llamita más viva de curiosidad y de excitación.

Y de aquí a diez años, si el mismo Sardou u otro

Biblioteca Nacional de España

Sardou volviese con otro drama de la Revolución, hablando de Dantón o de Marat, reinaría en torno de él un sosiego aún más quieto, y los jacobinos y los sebastianistas ni siquiera se divertirían; antes bien, al salir del teatro encenderían sus cigarros con el vago cansancio y tedio de quien hubiese visto durante cinco actos pasar y volver a pasar, entre pórticos, a Belisario o a Artajerjes.

¿Y por qué? Porque, ¡ay de nosotros!, una gran indiferencia, a manera de la sombra de un crepúsculo, comienza a descender sobre la Revolución francesa. Es la misma indiferencia que, en una capa más densa, ya cubre a Luis XIV y al Gran Siglo, y después, en capas sucesivamente más espesas y más negras, cubre y ahoga la matanza de San Bartolomé y la guerra de los Cien Años, y la expulsión de los moros de la Península, y la invasión de los Bárbaros, y la caída de Jerusalén, y la conquista de las Galias, y las guerras púnicas con su Aníbal y su Escipión, y todos los hechos y todos los hombres desde ahí arriba hasta Nemrod y sus hazañas.

Entre nosotros y la caída simbólica de la Bastilla ya media un siglo, y el siglo más henchido, más fecundo, más rico en hombres y en hechos de que se ufana la Historia. Ya hubo, pues, tiempo para que el mundo se restableciese del inmenso trastorno y emergiese del inmenso deslumbramiento que les diera aquel tumultuoso caer de Bastillas, de instituciones y de cabezas. Ninguna época hubo, es cierto, que prolongase tanto como la época de la Revolución el calor intenso de sus pasiones allende las fechas cronológicas que limitan. Y ningún grupo de hombres históricos continuó viviendo más allá de la tumba, entre las generaciones sucesoras,

Biblioteca Nacional de España

como éstos de 1789 y de 1793, que yo, en mi primera mocedad, aún conocí *vivos;* vivos de una vida real y casi física; vivos por la expresión, por la voz, por el gesto, por el traje; vivos, sobre todo, por los entusiasmos o las cóleras que inspiraban, como sólo las inspiran los vivos.

En Coimbra, en la ardiente y fantástica Coimbra de mi tiempo, en medio de nuestras discusiones de principios, tan tremendas y tan vagas, aún se oían gritos de estos, lanzados por un camarada, con el puño cerrado, contra otro camarada, de ojos centelleantes: "¡Dantón! ¡Delante de mí no te atrevas a hablar así de Dantón! ¡Mira que olvido que somos amigos! ¡Danton es sublime!..." O bien, en una furia mayor, con patadas atronadoras en el pavimento: "¡Marat es un monstruo!... ¡Conozco perfectamente a Marat! ¡Es un monstruo! Y si lo niegas, es porque no le conoces, o mientes, o estás miserablemente vendido!..." De Marat, de Camilo Desmoulins, de Saint-Just, de todos los hombres de la Revolución, nunca decíamos *era,* sino *es,* en presente del verbo, porque para nosotros estaban presentes, siempre vivos, habitando París, habitando también Coimbra, vivos y presentes en todo lugar donde hubiese un corazón revolucionario para comprenderlos.

Y todos nosotros los conocíamos personalmente, familiarmente, y sabíamos sus hábitos, sus amores, sus manías, sus gestos, el color de sus casacas. Vi compañeros míos profundamente enamorados de la Princesa de Lamballe. Aún se hacían entonces sonetos, penetrados de devoción, a Charlotte Corday. Y el ser guillotinado, después de una cena como la de los girondinos, entre bellas palabras históricas lanzadas a la Posteri-

Biblioteca Nacional de España

dad, parecía a muchos de nosotros el mejor y más dichoso fin de una vida de hombre verdaderamente digno de la Humanidad. Portugal en esa época andaba siempre veinte o veinticinco años atrasado de Francia. (Hoy anda sólo quince días. cuando no se adelanta.) Y el estado de espíritu de Coimbra no era más que la traducción sincera de los sentimientos que agitaban a la mocedad de París en 1840. Ahora bien; si en París, en 1840, se representase un *Thermidor*, el escándalo sería pavoroso.

Apeados de su pedestal, colocados entre la Humanidad media, los hombres de la Revolución aparecerán como realmente habían sido: ni dioses ni demonios, sino simples hombres capaces de sublimidad y capaces de perversidad, como tantos otros que integraron otros capítulos de la Historia. ¿Son para adorar? ¿Son para maldecir? No. Eran ideólogos enfáticos; pero sacrificaban la vida por consagración a un teorema. Eran ásperamente egoístas; pero sus simpatías envolvían a la Humanidad entera. Eran de una tremenda vanidad; pero de un patriotismo magnífico. Eran sanguinarios; pero ejercían la crueldad bajo la ilusión del bien universal. Eran escépticos, eran sensualistas, eran ridículos; pero luchaban por la verdad abstracta y tenían como fin la salvación del mundo.

Eran hombres llenos de ideas grandes y de ideas mezquinas, de cualidades bajas y de cualidades magnánimas. Pero, desde que una historia verdaderamente crítica y no cantada al son de la lira o rugida como un vituperio, a lo Carlyle, los mostró así como simples hombres, todo el interés vivo y palpitante que inspiraban se apagó. ¡Ah! La Revolución francesa, ¿no es una epo-

Biblioteca Nacional de España

peya sobrehumana en el género de la guerra de los Titanes?... Entonces no gastemos más con ella nuestras preciosas emociones. Que quede de una vez y definitivamente arrumbada en el catálogo general de la Historia, como la Reforma o la *Jacquerie*, o la guerra de los Cien Años, o el Imperio portugués del Oriente. No le dedicaremos ya nuestra pasión, sino sólo nuestra investigación. Sería pueril que nos exaltásemos más por Dantón y Robespierre que por Escipión o por Carlos el Temerario. Lo que a unos y a otros compete son eruditas tesis, bien documentadas, con notas y con glosarios.

Pero desde que no conservamos ya la Revolución entre el vivificante calor de nuestras discusiones y no la abrigamos bajo nuestros entusiasmos, quedó como abandonada y sin defensa contra las fauces devoradoras del Tiempo. No es hoy un pedazo de nuestra vida; sólo es un capítulo de la Historia Moderna. Ya se convirtió en cosa muerta; está más allá del Leteo, del río de los Muertos. Y esa cóncava fauce del Tiempo a la cual el poeta llamaba el *Pórtico del Olvido*, ya comienza a extender sobre ella su sombra densa. Asistimos así al desvanecimiento de la Revolución. Cada año que pasa la va llevando más lejos de nosotros, en un alejamiento que le quita los vigorosos relieves y en que sus vivos y ardientes colores desmerecen y se marchitan.

Era un grupo moviente de gente viva; ahora no es más que una galería de figuras extáticas, bajo una luz neutra. Aún se ven a lo lejos los maderos de la guillotina (y es lo que se ve más nítidamente); pero ya no se percibe aquel chorrear y humear de sangre, que hace poco era motivo de tanta cólera y de tanto dolor. La Convención está borrosa, sin que se le puedan reconocer los aspec-

Biblioteca Nacional de España

tos violentos y populares. El Club de los Jacobinos no es más que un temblor de manchas negras y anónimas. La gracia conmovedora o el heroísmo de las Charlotte Corday, de las Lamballe, está tan mustia, que ni el corazón más sectario se entusiasma por ella. La elocuente voz de Mirabeau, que aún hace poco resonaba entre nosotros, nos hacía estremecer, es simplemente un murmullo confuso. De Dantón, que llenaba el mundo, queda una sombra sobre un muro. Y ya ni se advierte el color de la casaca de Robespierre... Todos nosotros la conocíamos esa casaca, que él traía tan lustrosa, tan tiesa, tan autoritaria... Y ya no nos recuerda, ni podemos comprobar a esta distancia de allende el Leteo, si era azul o color de piñón.

¿Será definitiva esta entrada de la Revolución en la paz silenciosa de los archivos? ¿Resurgirá de ese mausoleo erudito, como ahora resurgió Napoleón?... Lo dudo... Napoleón es un héreo sencillo, comprensible, fácil de reconstruir sin los profundos estudios a los cuales no es propicia nuestra época. La Revolución, por el contrario, es inmensa y complicada, llena de ideas y de hombres, un pesado mundo, difícil de resucitar y de sacar a luz...

Es, pues, casi cierto que quedará en el vasto cementerio del Pasado, al lado de otras grandes épocas muertas. Y cuando alguno de sus héroes vuelva a aparecer durante algunas noches en el escenario de un teatro de París; no despertará más entusiasmos ni más cóleras que Carlos V o César Borgia, cuando esos ilustres personajes, vestidos de trajes ricos, expresan sentimientos hondos por medio de versos bellos. En realidad, la Revolución ya está bastante muerta para comenzar

Biblioteca Nacional de España

a ser tratada en verso. *Thermidor* aún está en prosa. De aquí a algunos años, Mirabeau, Marat, Robespierre dirán las grandes ideas y las grandes pasiones de la Revolución a través de cinco actos, en alejandrinos sonoros, de rima preciosa. Años después, los tres hombres terribles, en la batería, cubiertos de terciopelo, con la mano sobre el pecho, entre amplias sonoridades de orquesta, cantarán un terceto sublime de tenor, barítono y bajo.

No me atrevo a prever cuándo la Revolución será puesta en bailable. Pero en el día glorioso en que Dantón, vestido de malla color de rosa y danzando un *pas-de-deux* patriótico, ordene por música las matanzas de Septiembre, y en que Mme. Roland, con faldas de gasa abullonadas y los brazos en arco, suba, con piruetas graciosas, a una guillotina, enguirnaldada de flores, podemos respirar y considerar que se cerró el ciclo histórico de la Revolución y saludar a los tiempos nuevos.

Biblioteca Nacional de España

VII

EUROPA EN RESUMEN

De todas las cinco partes del mundo, Europa, a pesar de estar tan gastada, sigue siendo indiscutiblemente la más interesante; y sólo ella, entre todos los continentes, constituye en realidad un continente general de instrucción y recreo. No tiene (es cierto), como su madre Asia, esa espléndida diversidad de razas, de instituciones, de mitologías, de arquitecturas, de trajes, de ceremoniales que ofrece a los ojos maravillados del artista desde Jaffa hasta Yeddo, y desde Ceilán hasta el Thibet, un incomparable tesoro de formas y colores; nosotros aquí somos todos indo-germánicos, usamos todos el mismo sombrero de copa alta, vivimos todos dentro de las mismas paredes de estuco, y el tono de nuestras multitudes es el mismo tono uniforme y parduzco. No tiene tampoco, como Africa, la irresistible seducción de lo Desconocido, de un vasto suelo que los africanistas afirman que está lleno del divino oro; aquí no hay monte o valle del cual no se hiciese ya una fotografía o una descripción en las Guías Boedecker, y de oro no poseemos ni una partícula; todo es papel-moneda. Tampoco podemos, como América, ofrecer al dilettantismo crítico el sugestivo espectáculo de pueblos viejos transportados a un terruño

Biblioteca Nacional de España

nuevo, y ocupados: unos, en el Sur, en construir con ansia un orden social que se les deshace entre las manos; otros, en el Norte, en unificar tanto el orden material, y mecanizar tanto la vida, que sólo con poner el dedo sobre un botón, el hombre pueda, según la necesidad especial de la hora, tomar un baño o constituir familia. Nosotros, aquí en Europa, aún conservamos nuestra antigua y desdichada estructora social, burgueses por arriba y plebeyos por abajo, que de vez en cuando nos zambullimos entre sangre y lodo, y nuestras comodidades materiales están tan atrasadas, que en invierno, cuando el Nordeste sopla, aún hay hombres de genio que cuelgan las levitas de los resquicios de las puertas. No existen tampoco en esta pobre Europa, como en Ocanía, esas maravillas de la Naturaleza, que son, a lo que parece, las obras más originales y más fuertemente inspiradas del gran paisajista que está en los cielos; hoy toda Europa, desde la costa del Atlántico hasta la frontera de Tartaria, forma una masa compacta de casas y faroles de gas.

Y sin embargo, esta es la parte más interesante del mundo—la única interesante en verdad—porque conserva preciosamente ese radiante don de la raza aria, que yo llamaré la fantasía. El mundo sólo vale por el hombre: las más estupendas obras de la Naturaleza, el Niágara, el monte de cristal color de rosa de Nueva Zelandia, esos bosques del Amazonas—de los cuales Darwin, ya anciano, se acordaba con asombro—son menos merecedores de nuestra admiración consciente que el simple cerebro de un pobre alfarero que modela, encorvado sobre el barro, la curva de un vaso liso. Pero el hombre sólo vale por la fantasía; y los negros de

Biblioteca Nacional de España

Africa, que se cuentan por millones, pesan menos en el mundo que, no diré ya un Balzac o un Wagner, sino un desarrapado poeta de café-concierto, rimando una cancioncilla en un cuarto piso de la *Rue Taitbout*.

Ahora bien: de todos los hombres, sólo el europeo posee verdaderamente fantasía—quiero decir la facultad de *ser* o de *crear* con genuina originalidad. Sólo él pone fantasía, no sólo en su obra, sino también en su vida. Fantasía que, tal como aquí yo la entiendo va en cuanto a la obra desde el *couplet* rimado en la *Rue Taibout* hasta el sistema de filosofía concebido en Koenigsberg; y va en cuanto a la vida desde ese inglés que, para no ver a sus semejantes, construyó un palacio debajo de la tierra, hasta Tolstoi, artista y príncipe, que, por espíritu de comunismo evangélico, guarda los puercos de sus aldeanos y mendiga por los caminos.

De suerte que, bajo el impulso de esta fantasía, siempre viva y siempre operando en este decrépito continente, todos los días hay en la esfera del pensamiento o de la acción alguna cosa nueva, inédita, rara, sugestiva, pintoresca, que seduce y retiene.

Por eso Europa es sobre nuestro globo el más delicioso de los teatros públicos. Dentro de sus amplios bastidores de mar y cielo, representan diez y seis naciones, algunas superiormente inteligentes. El telón nunca baja; y en cualquier momento que llegue el hombr de otros continentes tiene la certeza de entretenerse magníficamente con lo que en el escenario *se está diciendo o se está haciendo*. Constantemente se desenvuelve ahí alguna escena de esas viejas y siempre rehechas tragicomedias, que se llaman *la Política, la Religión, el Dinero, la Sociedad*. Y bien sea un poeta

Biblioteca Nacional de España

que dice su poema, o una ciudad en fiesta que aclama a su héroe, o sólo un excéntrico que lanza su excentricidad, el hombre de otro continente que se detenga y atienda, con certeza recogerá una noción o una emoción, un motivo para ir pensando o un motivo para ir riendo!...

Pero, por lo mismo que Europa es el continente más interesante ¿es también el más habitable? No. A más de que el clima está echado a perder de que las casas son pequeñas y tristes, de que el vivir se hizo ultra-carísimo, y de que el intenso rumor y movimiento de la comedia fatiga los nervios; sucede también que Europa, vista por dentro. como todos los teatros entre bastidores, no produce ilusión, y, por lo tanto, no causa placer. Las civilizaciones muy brillantes y las funciones de magia son para contempladas desde lejos, a través de la vibración luminosa de la batería. Subiendo al tablado, vemos en seguida que el mármol del palacio que nos deslumbra está pintado en el cartón y que los ondulados cabellos de oro, de que ya nos íbamos enamorando, son una peluca teñida, que costó quince *tostones* (1) en casa del peluquero. Aquel que vive mezclado a esta representación de Europa, tropieza a cada instante con la mixtificación sórdida de las cosas bellas.

De ese poeta que por las mañanas nos encantaba recitando su obra, vamos a saber por la noche que es un borracho que apalea a su mujer. El heroísmo que habíamos visto aclamado en la ciudad y que nos elevó el corazón, llegamos a descubrir de aquí a poco que fué pa-

(1) Cada *tostão* es una moneda portuguesa de cincuenta céntimos.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

gado con un cheque y vemos el cheque. No hay aquí posibilidad de ilusión, que es la fuente perfecta de todo goce.

Y el europeo termina por ser el más aburrido de los hombres; porque, moviéndose entre los escenarios y los personajes, a cada instante palpa los cartones, reconoce bajo el brillo del semidiós la pelagatería del histrión (1), y comprueba, como un budista, la inanidad de todas las apariencias. Gran sentido mostró ese humorista norteamericano que, habiendo conocido en Londres a un alto estadista y a un alto poeta, se negó a conocer otros y abandonó Inglaterra diciendo: "Desde mi pobre casa de madera, en Tejas, parecíanme estos hombres hechos de una sustancia divina: ahora descubro que están fabricados del más ordinario de los barros. Hombres y hechos de una fuerte civilización, es necesario verlos de lejos. Y para conservar la preciosa facultad de admirar, voy a recogerme prudentemente a Tejas."

¡Justas palabras!...

En efecto, para saborear sin desilusión esta tan interesante Europa, es necesario estar lejos: en Tejas o en cualquier otra parte más allá de los mares. El ideal (pienso yo) sería habitar, por ejemplo, en el Brasil (luego que ahí haya un poco de orden y de juicio público), bajo un cielo que no tenga, como el nuestro, el peso y la melancolía de un techo ahumado de hollín, dentro de una casa que no parezca como las nuestras

(1) *Pelintrice,* sustantivo derivado del adjetivo *pelintra;* es palabra muy portuguesa y tiene casi exacta traducción en *pelagatería,* como *pelintra* en *pelagatos.—N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

una jaula forrada de terciopelo y de microbios; junto a un agua que no corra, como la nuestra, a través de caños pútridos; en un aire que no resuene, como el nuestro, con los estrepitosos y groseros ruidos de un materialismo desordenado; y ahí, en alegría y paz abundantes, bajo las magnificencias de la luz natural, dentro del sosiego fresco, en una poltrona, fumando un cigarro que no sea de coles de Hamburgo, observar curiosamente, finamente, con vagar y dilettantismo, esta nuesta Europa, en todo lo que ella *hace* y en todo lo que ella *dice*, individual y colectivamente, desde lo fútil hasta lo grande, en esta infinita y tumultuosa oleada de ideas y hechos, donde la última *toilette* de Worms se baraja con la última encíclica del Sumo Pontífice, y donde Paulus (1) sobrenada al lado de Bismarck que se hunde.

Ahora bien; para que el Brasil pudiese realizar ideal tan cómodo fué para lo que creamos este *Suplemento* (2). Es el *compte-rendu* de esta famosa representación que se da en el teatro de Europa, que se envía cada semana por el vapor correo, para que el enredo y los actores puedan ser conocidos sin el cansancio, el dispendio y el tiempo consumido en surcar los mares y venir al teatro, que no es confortable ni bien ventilado y que está lleno de lazaretos!... ¡Mejor aún!... Es la representación misma, condensada en media plana de periódico, con una selección cuidadosa de sus episodios

(1) Famoso cancionista francés, muy en reputación en la época (1892) en que Queiroz escribía esto.—*N. del T.*

(2) Este artículo fué escrito para el *Suplemento* de la *Gazeta de Noticias*, importante periódico de Río de Janeiro, donde Eça colaboró muchos años.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

más atrayentes, de sus personajes más característicos, de sus decoraciones más vistosas y ricas. En este *Suplemento* va el resumen de una civilización. Y toda ella se saborea de este modo en lo que tiene de más bello o de más fino; sin el desconsuelo de sorprenderse perpetuamente con la ruda realidad de su estragamiento... Si Europa—como dice no recuerdo qué afectado poeta alemán—es en el mundo el *Jardín de la Inteligencia*, enviamos para ahí, Brasil dichoso, un ramillete de sus mejores flores, de modo que puedas regalarte con el encanto de sus colores y la armonía de sus perfumes, sin tener que descender al jardín y sufrir su humedad, sus espinas, sus lagartos y sus guijarros.

No sé cuál de estas dos imágenes te agrada más. ¿Es Europa un teatro o un jardín?... ¡Si es un jardín, recibe, como diría Virgilio, la brazada de lirios!... ¡Si es un teatro—*plaudite-cives!*

1892.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VIII

DE PORT-SAID A SUEZ (1)

(Carta sobre la inauguración del Canal de Suez.)

I

Señor Redactor:

Accedo con la mejor voluntad a su deseo de que le escriba la historia *real* de las fiestas de Suez. Cuéntole, con todo, simple y descarnadamente, lo que me quedó en la memoria de aquellos días confusos y llenos de acontecimientos, tanto más cuanto que las fiestas de Suez están para mí entre dos grandes recordaciones: el Cairo y Jerusalén; están ahogadas, oscurecidas por estas dos luminosas y poderosas impresiones; están como puede estar un dibujo lineal a lápiz entre un lienzo res-

(1) En Noviembre de 1869 partió Eça de Queiroz para Tierra Santa con su gran amigo el Conde de Rezende, hidalgo alocado y simpático, especie de Byron disminuído—y sin el don de la poesía—, pero con el orgullo de un lord, por ser de prosapia nobilísima y tener el título de gran Almirante de Portugal. Era un mozo fuerte, recio y con un perfil de medalla antigua; amaba el peligro, las grandes cacerías de osos y tigres en el desierto, y soñaba realizar formidables aventuras en Egipto y en Palestina. Probablemente pensaba recorrer el desierto del Sahara a caballo. Asombra pen-

Biblioteca Nacional de España

plandeciente de Decamps, el pintor del Alcorán, y un lienzo mortuorio de Delaroche, el pintor del Evangelio.

Tal vez en breve diga lo que es el Cairo y lo que es Jerusalén en su cruda y positiva realidad, si Dios quiere que escriba lo que vi en la tierra de sus Profetas. Hoy le hago sólo la narración trivial, el informe escueto de las fiestas de Port-Said, Ismailia y Suez...

... Habíamos vuelto mi compañero, el Conde de Rezende, y yo de una excursión a las Pirámides de Gizeh, a los templos de Sakkarah y a las ruinas de Menfis, cuando en el Cairo supimos que estaban en la bahía de Alejandría los navíos del khedive que debían llevarnos a Port-Said y a Suez.

Veníamos del sosiego del desierto y de las ruinas, y

---

sar lo que sufriría el pobre Eça de Queiroz con este compañero de viaje—que había de ser su cuñado diez y siete años más tarde—; él, tan sedentario en su vida, tan débil físicamente, con tan pocas disposiciones para la vida gimnástica. El mismo se confiesa tan flojo, que los pesos que levantaba Anthero de Quental le hacían crujir a él. (Véase el artículo *Anthero de Quental* en *Notas contemporáneas*, 2.ª edição; Porto, 1913.) Ramalho Ortigão dedica un bellísimo artículo de evocación y necrología al Conde de Rezende, del cual dice: "Reunía en muy alto grado todas las condiciones que dan el brillo, la dominación, el prestigio... Por su nacimiento era conde, par del reino, almirante de Portugal. Por sí tenía un talento superior, la más alta distinción de figura y de maneras, una instrucción variadísima, un gran aire frío y correcto, ligeramente irónico... Amaba las aventuras arriscadas, las fascinaciones del peligro, se complacía en aventurar indiferentemente su fortuna o su vida en lances frecuentes, obscuros—sin galería—para su mero recreo personal, con un desdén altivo, imperturbable. El primer compañero del mundo para acampar en el desierto, para matar

Biblioteca Nacional de España

en seguida, en la estación del Cairo, al partir para Alejandría, comenzamos a envolvernos, bien a disgusto, en aquella confusión irritante que fué el mayor elemento de todas las fiestas de Suez. La previsora penetración de la Policía egipcia había olvidado que trescientos convidados, aunque no tengan la corpulencia tradicional de los bajás y de los visires, no pueden caber en veinte puestos de vagones, estrechos como banquillos de reos. Por eso en derredor de los departamentos había una multitud ávida, como en las afueras de una ciudad...

Yonas Alí, nuestro *drogman*, un nubio, intrigó, conspiró, clamó y nos logró, en un departamento de segunda clase, miserablemente destrozado, dos sitios llenos de polvo. Confieso que me entró un gran tedio al co-

los chacales a quemarropa, para enterrar las espuelas, en un caballo árabe, lanzado a rienda suelta en la planicie infinita... Era éste un gentil rapaz de rara distinción, par del reino, hidalgo de la más pura estirpe, instruído, mirado con admiración y envidia por los que lo veían arriesgado, lo consideraban indiferente al peligro y le conocían las afamadas aventuras y las muchachas que hicieron época." (*Eça de Queiroz*, primera parte, III, página 105; Lisboa, 1916.) Con este alegre mozo salió Eça para Palestina, con este itinerario: España, desde Cádiz a Malta, y desde allá, a Egipto. Ya en este segundo párrafo de su crónica de viaje a Suez encontramos una expresión del deseo que tenía de contar la realidad cruda de su visión de Jerusalén y del resto de Tierra Santa. Compárese este párrafo con el párrafo prefatorio de *A Reliquia*. Estuvieron por allá tres o cuatro meses; en 1 de Diciembre de 1869 estaban los dos amigos en la vieja Sión, en el *Mediterrancan Hotel*, donde Eça fecha el artículo *A morte de Jesús*, que es como un boceto de la parte evocativa y arqueológica de *A Reliquia*, y que cierra con broche gentil el volumen de *Prosas bárbaras*.—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

menzar a atravesar la magnífica naturaleza del Delta. Además, los caminos de hierro egipcios no tienen una velocidad fija. Van a capricho del maquinista, que, de vez en cuando, detiene la máquina, se apea, enciende la pipa, se ríe con algún antiguo conocido del camino, bebe descansadamente su café, vuelve a subir bostezando y hace partir el tren distraídamente. Sin embargo, en ese día el cielo estaba nublado y lluvioso; el maquinista nos condujo rápidamente a Alejandría. En la bahía esperaban el *Masrh*, el *Fayoum* y el *Behera*, buques del bajá. El embarque realizóse con la confusión habitual, complicada con las molestias de un mar agitado; los barcos iban llenos de gente, unos de pie, otros sentados en la borda, rozándose con el agua; otros equilibrados gravemente sobre la acumulación pintoresca de los equipajes; se reía, se tronaba contra la organización y la policía de las fiestas, se gritaba un poco cuando los barcos pesados oscilaban más inquietadoramente. Subimos al *Fayoum*, que debía levar anclas esa tarde, a pesar del tiempo contrario de los mares que veíamos partir para lo lejos en la línea de rocas que precede a la bahía de Alejandría. Y al otro día, en una bella mañana, entrábamos en Port-Said, entre los dos grandes muelles que avanzan en el mar paralelamente, hechos de poderosos bloques de piedra. Port-Said es una ciudad improvisada en el desierto. Es una ciudad de industria y de obreros: fraguas, serrerías, almacenes de materiales de construcción y de aparatos destiladores. Su construcción fué determinada por la necesidad de tener un enorme puerto, que fuese una estación de buques, a la entrada del canal, y primitivamente para que tuviesen un centro de reunión ingenieros, maquinistas, maestros de

Biblioteca Nacional de España

obras. Esto le da un aspecto de ciudad provisional. Como había espacio, las calles son anchas como plazas y largas como avenidas; las casas son bajas, de materiales ligeros; se advierte la construcción rápida y la incertidumbre de la duración. A pesar de sus 12.000 habitantes, no hay todavía un vivir definitivo y regular. No hay establecimientos instalados con esperanza de duración; no hay comercio fijamente establecido; todo tiene el aspecto de una feria que hoy gana y se anima y mañana se levanta y se dispersa. Y esto es porque, a pesar de la confianza de toda la población en la prosperidad del canal, ninguna profesión, ningún negocio quiere arriesgarse a establecerse de un modo definitivo, corriendo el peligro de ver aquel comienzo de ciudad depauperarse (1) y morir lamentablemente. Porque tal sería la suerte de Port-Said, así como la de Ismailia, si el canal fuese una inutilidad, abandonado del comercio y de la navegación.

Su construcción se resiente, pues, de estas circunstancias: ni edificios, ni monumentos, ni habitaciones sólidas y serias; todo es ligero, barato, temporal. La iglesia católica es como una gran barraca; se ve el cielo azul a través de su techo, formado de grandes vigas mal unidas. De ahí el aspecto triste de Port-Said. Al fin de las fiestas, poco después, cuando volví a pasar en viaje para Jerusalén, me pareció, por la apatía de vida, por el silencio, que el desierto comenzaba de nuevo a aparecer entre aquella débil apariencia de ciudad...

Mas en aquel día diez y siete, día de la inauguración,

(1) *Estiotar-se* es un neologismo, tomado del verbo francés *s'étioler*, que no tiene traducción exacta en castellano.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

Port-Said, lleno de gente, cubierto de banderas, ruidoso de cañonazos y de *hurrahs* de la marinería, teniendo en su puerto las escuadras de Europa, lleno de flámulas, de arcos, de flores, de músicas, de cafés improvisados, de barracas de campamento, de uniformes, tenía un magnífico y vigoroso aspecto de vida. La bahía de Port-Said estaba triunfante. Era el primer día de fiestas. Estaban allí las escuadras francesas de Levante, la escuadra italiana, los navíos suecos, holandeses, alemanes y rusos, los *yachts* de los príncipes, los vapores egipcios, la flota del bajá, las fragatas españolas, *L'Aigle* con la Emperatriz Eugenia, el *Mamoudeb* con el Khedive y buque con todas las insignias de la realeza, desde el Emperador cristianísimo Francisco José hasta el *kaid* árabe Abd-el-Kader. Las salvas hacían el aire sonoro. En todos los navíos, empavesados y llenos de pabellones, la marinería, perfilada en las vergas, saludaba con enormes *hurrahs*. De todas las cubiertas venía el ruido vivo de las músicas militares. El azul de la bahía estaba cruzado en todos los sentidos por lanchas de remo, de vapor, de vela; almirantes con sus pabellones, oficialidades resplandecientes de uniformes, gordos funcionarios turcos fatigados y apopléticos, viajantes con los sombreros cubiertos de velos y de *couffiés* se cruzaban ruidosamente entre los grandes navíos anclados; las barcas decrépitas de los árabes, apiñadas de turbantes, abrían sus amplias velas estriadas de azul. Sobre todo esto, el cielo de Egipto, de un color y de una profundidad infinita. A la noche, la ciudad iluminábase y henchíase con músicas y fiestas populares. Las escuadras tenían sus cordajes y sus mástiles envueltos en hilos de luz. Durante toda la noche, los fuegos de artificio, en

Biblioteca Nacional de España

una gran línea de tierra, daban sobre el cielo oscuro la sensación de un gran bordado luminoso...

En la bahía había un vivir completo, como en una ciudad: bailes a bordo de los navíos, comidas, visitas cambiadas, recepciones, paseos a remo, serenatas en las lanchas. De todo esto salía una luz, un ruido, un efluvio de vida poderosamente original. Había en Port-Said un café cantante, memorable por la excentricidad de su alegría; estaba tan lleno de gente, que era menester fumar, beber, oir de pie, sofocado, rígido. Cuando en el escenario aparecía la actriz para decir su canción, mil voces de aquella multitud inmensa, acompañadas del tintinear cadencioso de las copas, del batir de los pies, de los silbidos, de los alaridos, de los gritos, repetían con estruendo asombroso la canción conocida de la actriz. Era bestial y extraordinario.

En el día siguiente al de la llegada, bajamos todos a tierra para la ceremonia de la inauguración. Del lado opuesto a los muelles, más allá de la ciudad, se habían construído tres pabellones, estrados alfombrados y blasonados sobre la arena húmeda de la espuma del mar. Era en ese lugar la fiesta religiosa; los *ulemas* y los sacerdotes cristianos debían bendecir y consagrar en sus ritos el canal de Suez... Un gran cortejo de invitados, precedidos de los príncipes, entre los cuales sobresalía Abd-el-Kader, con su pensativa y bella figura, dirigióse a ese sitio, entre dos hileras de soldados egipcios, de arcos, de banderas, de árabes que abrían mucho los ojos. En el pabellón circular, de colores triunfantes, se colocaron los invitados de estirpe real e imperial y los más que podían caber; en otro pabellón es-

Biblioteca Nacional de España

taban los *ulemas* mahometanos; en el tercero, los sacerdotes latinos, griegos, armenios y coptos...

Cuando todos hubieron ocupado sus sitios y el gran rumor de la llegada se sosegó, los *ulemas* se postraron vueltos hacia el lado de la Meca, los clérigos cristianos comenzaron la misa y las escuadras hicieron salvas de artillería. Entretanto, la multitud apiñábase sobre la arena húmeda y en derredor de los estrados; la gruesa figura roja del Kedive estaba radiante; la Emperatriz tenía un aire de satisfacción discreta; el Sr. De Lesseps mostraba su bella e inteligente sonrisa. En derredor y hasta el hondo horizonte, el mar sereno rebrillaba... Cuando cesó la artillería se adelantó Mr. Bauer a la orilla del estrado, y habló. Mr. Bauer es un hombre bajo, pálido, de cara femenina y ancha, cabellos colgantes en bucles sobre los hombros, aseado, afeitado, perfumado, delicado y con una voz asombrosa. Lo que él decía eran palabras de fraternidad entre Oriente y Occidente, esperanzas de una Humanidad más unida por aquel ligamento marítimo, palabras afables a los invitados reales y recuerdos piadosos de los valientes trabajadores que durante aquella obra de lucha murieron oscuramente. Cuando pronunció el nombre de Mr. De Lesseps toda la inmensa multitud batió palmas. Mr. Bauer terminó, y el cortejo volvió a la playa y se dispersó por los navíos. Durante toda la noche, los fuegos de artificio, los clamores alegres de la ciudad, el ruido de las lanchas sobre el mar, llenaron de vida la bahía.

Al otro día, los navíos comenzaron a moverse lentamente, volviendo la proa hacia un punto de la bahía de Port-Said, donde se erguían, como los dos umbrales de

Biblioteca Nacional de España

una puerta, dos obeliscos de madera, pintados de rojo. Era la entrada del canal de Suez.

II

Entretanto, corrían por los barcos extraños rumores. Decíase que el *Latife*, pequeño vapor que en la víspera había partido como explorador, encallara; que los navíos reales e imperiales, los vapores egipcios con los invitados, no podían pasar por la angostura del canal, y que, a pesar de ir aligerados de su artillería y sin lastre, necesitaban más agua de lo que el canal tenía de fondo; que el virrey y el Sr. De Lesseps habían marchado a ver el *Latife;* que se resolviera, en último caso, hacerles saltar; que las fiestas cesaban, y que todos regresaban a Alejandría, como en el tiempo de las derrotas de Actium.

En Port-Said, y a bordo de los buques, había inquietudes; los comisarios, las oficialidades, los ingenieros, interrogados, callábanse discretamente; esperaban órdenes de Ismailia, y temían. En efecto, el *Latife* estaba encallado. Esto, en primer lugar, demostraba la impracticabilidad del canal. El *Latife* es un vapor pequeño, estrecho, de poco calado, casi un remolcador... A más de eso, era un obstáculo material, brutal, para que los otros navíos hiciesen una tentativa audaz.

Decíase que el virrey estaba desconsolado, que el Sr. De Lesseps había perdido su habitual impasibilidad y firmeza de espíritu, y que se telegrafiara a París anunciando el desastroso resultado. Realmente, después de diez años de tantos esfuerzos y tantas luchas, tantos

Biblioteca Nacional de España

combates con el desierto y tantos combates con la intriga; después de tantos millones sorbidos por las arenas, de tantas vidas aniquiladas, de tantas fiestas anunciadas; después de la oratoria del Sr. Bauer y de las ovaciones al Sr. De Lesseps, era doloroso verlo acabar todo repentina y vergonzosamente, comprobar que en un canal hecho para la navegación no cabían los buques, que aquello era una obra ridículamente grandiosa y que, en lugar de terminar todo en triunfos, todo terminaba en carcajadas!...

Estuvimos en estas incertidumbres parte del día. Esperábase al virrey, que fué en una lanchita al canal a ver el desastre del *Latife*. Al fin, hacia el principio de la tarde, los buques comenzaron a moverse, las inquistudes acababan, el virrey regresaba; el *Latife* estaba desencallado; *El Aguila* seguía ya y la obra del Sr. De Lesseps comenzaba a justificarse.

El *Fayoum* penetró entonces valerosamente en el canal. El *Fayoum* era el mayor buque del cortejo. Marchaba con gran cuidado; en medio del canal, unas banderas blancas marcaban precisamente la línea que debían seguir los buques para encontrar la profundidad necesaria de agua. Conservábanse cuidadosamente a distancia; iban despacio, sondeando, había mas cuidados y escrupulosos recelos que en la navegación por entre un laberinto de rocas. En realidad, el canal se nos aparecía estrecho, bajo, y a cada momento temíamos ver la proa de un navío ir a clavarse en las arenas de las márgenes elevadas. El canal, al salir de Port-Said, atraviesa el Menzaleh, antiguo lago fangoso. Veíamos en ambos lados del canal relucir al sol aquel agua muerta, densa, verdosa...

Biblioteca Nacional de España

Esta fué la primera gran dificultad de los trabajos. Era necesario, en medio de aquel enorme lodazal, abrir un canal navegable y hacer márgenes. Las dificultades crecían con la insalubridad de aquellos lugares miasmáticos. Afortunadamente, al violento sol de Egipto, el lodo extraído y amontonado a fin de formar las márgenes secábase rápidamente. Empleáronse allí esfuerzos heroicos. Los obreros de Europa abandonaban aquel trabajo peligroso. Era necesario emplear a los habitantes de las márgenes de aquel lago de cieno; éstos entraban hasta la cintura en el agua espesa, sacábán con lás mános la mayor cantidad de lodo posible, lo apretaban a calor del pecho hasta secarlo, íbanlo amontonando en pequeños montículos, formando así el comienzo de las márgenes. Las dragas venían, por fin, y profundizaban y perfeccionaban aquel trabajo elemental.

Después del lago Menzaleh, el canal entra definitivamente en el desierto hasta el lago Timsah, a la orilla del cual está Ismailia. A mitad del camino de Ismailia, el *Fayoum* encalló en la arena de la margen derecha; se desembarrancó con grandes esfuerzos, y siguió; pero como a poco espacio encontrase el camino obstruído por otro navío que estaba encallado, soltó anclas durante la noche. Había una luna admirable, que iluminaba de un lado y de otro la extensión blanca del desierto. Aquel lugar donde estábamos parados había sido precisamente uno de los más difíciles del trabajo. Llamábase El-Guis. Había allí enormes simas de arena, que era necesario remover. El viento del desierto incomodaba e impedía los trabajos. Vivían allí en trabajo incesante 18.000 obreros. De la tierra que se sacaba para hacer el lecho del canal, se formaron a un lado y a otro enor-

Biblioteca Nacional de España

mes parapetos; a medida que los parapetos crecían, más difícil era echarles encima la tierra que se sacaba; los árabes la llevaban, rodando, cayendo, en cestos llamados *couffié;* negábanse obstinadamente a emplear cualquier otro medio moderno y eficaz que no fuese el *couffié.* Calcúlase que todos los cestos empleados, puestos en fila, darían tres veces la vuelta al globo. Sin embargo, los parapetos aún no eran obstáculos suficientes contra el viento del desierto y contra la invasión creciente de las arenas; se clavaban empalizadas, se levantaban muros de cieno seco, se hacían plantaciones numerosas y rápidas para impedir la fluctuación de las arenas. En aquella multitud de obreros reinaba el orden más absoluto; allí, en todo el transcurso de los trabajos, había hospitales, ambulancias, almacenes, incesantes caravanas que recorrían el desierto trayendo víveres. Los europeos, al principio, abrumados por la inmensidad y novedad del trabajo, desertaron. Entonces vinieron griegos, dálmatas, armenios, árabes. Todas las razas, todas las lenguas, todas las religiones, se reunían allí. Del interior del desierto corrían las tribus de beduínos a pedir trabajo. Había campamentos enormes.

El Sr. De Lesseps andaba siempre por el camino de sus trabajos, en su bello dromedario blanco, envuelto en el albornoz árabe, aclamado por los obreros. ¡Aquellas pobres razas de la planicie y del desierto estaban fascinadas por dos cosas nuevas para ellas: la ganancia por el trabajo y el agua abundante!...

Nada quedaba ahora de aquel gran movimiento, sino a grandes trechos algún barracón levantado a orillas del canal, de donde los operarios venían a saludar con gran alborozo el paso de los buques.

Biblioteca Nacional de España

Al otro día, por la mañana, entrábamos, al rumor de las salvas, en el lago Timsah. En el fondo veíamos la ciudad de Ismailia. Allí era el centro de las fiestas. Ismailia es la capital del canal. Es un puerto admirable, inaccesible a las tempestades y aun a la más sencilla agitación del agua; no puerto de tránsito, como Port-Said o Suez, sino una perfecta estación de descanso para la navegación de Oriente. Comunica con Egipto por el camino de hierro y por el canal de agua dulce. Tiene plazas, calles de futura capital. No es ciudad ruda y trabajadora, como Port-Said, llena de oficinas y de obreros. Es ciudad llena de *chalets*, de esbozos de palacios, de paseos con arboledas, de muelles ampliamente construídos. Tiene ya los refinamientos civilizados de una capital; hasta tiene unos leves aires de corrupción; las almeas desterradas del Cairo, refugiadas en Esmeh, en el alto Egipto, se han venido aproximando a Ismailia. Todo ello se asienta, es verdad, sobre la arena, y para el lado del desierto vive una población árabe en toda su pintoresca miseria. Pero su situación es excelente; confinada entre un desierto y un lago, tiene para abastecerse el bajo valle del Nilo, a seis horas de distancia, y para comunicarse con el mundo, la navegación del canal. Por su posición es un puerto obligado y el mejor de Oriente. Todos los bajás de Egipto han tenido, como los antiguos tiranos, el deseo de ligar su memoria a la edificación de una ciudad: Mehemet-Alí, Said-Bajá, Abbas-Bajá, todos. La ciudad que este último y tan original bajá fundó, Abbasíade, aun hoy está acabando de desmoronarse en El Cairo, en el camino de la antigua Heliópolis, en una vasta planicie.

Biblioteca Nacional de España

Ismaíl-Bajá tal vez será más afortunado, e Ismailia podrá venir a ser la capital europea del viejo Egipto, como Alejandría es su capital comercial y El Cairo su capital histórica...

III

Ismailia estaba invadida por una extraordinaria multitud. En los anchos arenales, más allá de los muelles, se habían levantado campamentos para los viajeros que no venían de Alejandría en los buques. Habíanse improvisado hoteles semejantes a grandes dormitorios. Había barcos anclados sirviendo para alojamiento. El aspecto de la ciudad en aquel día era poderosamente vivo y original.

Los regimientos egipcios habían acampado junto al lago. En el centro, en un ancho espacio que hay al pie del canal de agua dulce, estaban las tiendas para los *xeques*, que son los jefes de las aldeas árabes o jefes de las tribus del desierto. Las tiendas, abiertas por delante, dejaban ver los grandes tapices colgantes, las alfombras de la Meca o de Damasco, donde se entrecruzaban las figuras soberbias de los *xeques*, fumando gravemente el *narghilé*. Habíanse levantado barracas enormes, donde en todo momento se servían a todos los convidados y a todos los que entraban, refrescos, vinos, ensaladas y comidas. Había todo género de juegos, de danzas, de músicas. Las tribus beduínas habían acampado cerca. Yo vi una caravana beduína en descanso, a lo largo de los bazares; habían clavado en el suelo dos lanzas, y en derredor, los caballos y los hombres—figu-

Biblioteca Nacional de España

ras duramente esculpidas en bronce, altivamente envueltas en sus albornoces—; hacían un grupo extrañamente pintoresco. Las anchas calles estaban pobladas de una multitud ruidosa, colorida, original. Habían venido almeas de la provincia de Fayoum, que debajo de sus tiendas celebraban sus misteriosas y extrañas danzas. El Emperador de Austria y la Emperatriz habían paseado por Ismailia, montados en dromedarios; después de eso, las calles estaban llenas de viajantes que querían sostenerse en equilibrio sobre las excéntricas sillas de los camellos y de los dromedarios. Había por todas partes tocadores, cantadores, hechiceros, fascinadores de serpientes.

Los beduínos formaban danzas y luchas y carreras de caballos. Algunos, de pie sobre los dromedarios, lanzados a galope, hacían toda suerte de destrezas y equilibrios, jugando la lanza. Todo esto era acompañado por las salvas constantes de los buques y por los *hurrahs* de las marinerías. A la noche, todo resplandecía. Por todas las plazas había encendidas grandes hogueras. Se veía al fondo del lago, a través de los buques iluminados, brillar fantásticamente la ciudad, hecha de puntos de luz. Los campamentos estaban flameantes. En todas las tiendas de los *xeques* había cantos de mujeres árabes, acompañados de *darbouka*. Los fuegos de artificio estallaban en el aire. En medio de grandes grupos, entre un círculo de antorchas enormes, danzaban las almeas. En otros círculos iluminados, la multitud abría los ojos delante de los improvisadores árabes. La luz corría por entre toda aquella multitud, atacada de alegría. Había sobre la ciudad y el lago aquel fuerte rumor de fiestas, que está compuesto de los cantos, de las

Biblioteca Nacional de España

músicas, de las voces, de los aplausos, todo armónicamente confundido, y que por su originalidad arranca al hombre fuera de la vida vulgar, con irritantes atracciones. Todo esto lo veíamos al atravesar la ciudad, en los enormes carruajes que nos llevaban al gran baile de Ismailia, en el palacio nuevo de Ismaíl-Bajá. El palacio, rodeado de jardines, tenía en ellos una iluminación de gusto oriental. Había luces esparcidas por todas las ramas de los árboles, entre las hojas de las flores, en la tierra de los tiestos. Sobre la hierba estaban dibujados arabescos de luz, de un aspecto original. El canal de agua dulce, que corre al pie, estaba lleno de barcos iluminados, que cruzaban en una perpetua serenata. Al comienzo de la noche, entre las mesas, los árabes extendían a veces la mano, metían los dedos en los platos y se alejaban comiendo desdeñosamente. En las salas, el baile sólo era una oscilación sofocada de cuerpos. El oro bordado de los uniformes arañaba los hombros desnudos, y los enormes zapatos de los *xeques* del desierto rasgaban los largos vestidos de las *lorettes*. No había orden, ni espacio, ni ambiente, ni alegría. Era pesado y brutal; fatigaba. La mayor parte de la gente dispersóse por la ciudad a ver las iluminaciones y las fiestas populares. Cuando yo salía para ir a un café italiano, en compañía de algunos oficiales ingleses, a ver a las almeas de Beni-Irouef bailar *la danza de las abejas*, encontré al Sr. De Lesseps en el vestíbulo, buscando ansiosamente su abrigo.

Lesseps es una figura delgada y nerviosa, bigote corto y blanco y dos ojos que brillan en negro, llenos de inteligencia y sinceridad. Tiene una fisonomía y, sobre todo, una sonrisa, que revelan tendencia a las concep-

Biblioteca Nacional de España

ciones abstractas, pero firmeza en las dificultades de la vida. Es diplomático, orador, ingeniero, financiero y soldado. Tiene algo de todo esto, y esa armonía de facultades es el secreto de su inquebrantable fuerza y de su constante triunfo en esta obra de Suez. Yendo a visitar el desierto líbico, en compañía de Said-Bajá, entonces virrey, fué cuando resolvió, con apoyo del Said, iniciar las obras; desde entonces, ¡cuántas luchas, ya con Inglaterra, que intriga contra él y que le difama; ya con Turquía, que le quita sus trabajadores; ya con los capitales, que se retraen delante de sus planes; ya con el desierto, que contradice la ciencia de sus teorías; ya con el cólera, que le destruye sus operarios, cuántas luchas hasta que pudiese buscar tranquilamente su paletó en una fiesta que celebraba al fin de tantos y tan ásperos trabajos!...

A mitad de la noche, cuando yo volvía a bordo, las luces morían tristemente en toda Ismailia y la sombra cubría el lago. Al otro día, la gran procesión de buques salía del lago Timsah en dirección a Suez. Comenzaba ya entonces a verse, al lado del canal marítimo, el canal de agua dulce, que va casi paralelamente con él hasta Suez. El paisaje comienza a ser de una monótona uniformidad: la ardiente amplitud del desierto a ambos lados del canal. El canal de agua dulce es una de las mejores obras de Lesseps, y uno de los episodios más notables de la perforación del istmo. Los obreros del canal habían de trabajar en el desierto. La primera necesidad era el agua; un ejército de obreros no podía subsistir durante muchos años sólo con agua conducida por las caravanas. Al principio, cuando las obras estaban aún junto al lago Mensaleh, sacábase el

Biblioteca Nacional de España

agua de algunos pozos aislados, se hacía venir de la próxima ciudad de Damieta, o se destilaba el agua del mar. Pero a medida que los trabajos avanzaban hacia el centro del istmo, las dificultades resurgían. No había pozos ni agua del mar. Damieta estaba lejos. El tonel de agua comenzaba a costar veinticinco francos. Además, como venía en caravanas, cualquier demora, cualquier trastorno producía sed entre los obreros y comenzaban las confusiones de trabajo. Aumentaban las inquietudes por causa del agua. Entonces, el señor De Lesseps resolvió ir al Nilo, a treinta y cinco leguas, a buscar agua dulce y traerla al desierto por un canal que siguiese una línea casi paralela al canal marítimo, bordease los Lagos Amargos, pasase al pie de las montañas de Djebel y fuese a detenerse en Suez. El canal sería así para uso de los obreros, para la irrigación de aquellos terrenos áridos y para la navegación de pequeños barcos. Veíamos, en efecto, el canal de agua dulce, lleno de velas, cuyas puntas aguzadas y blancas salían por encima de las márgenes.

Uno de los episodios épicos del canal de agua dulce fué el paso de las dragas. Fué necesario llevar aquellas monstruosas máquinas al pie de los Lagos Amargos para atascar las arenas del Serapeum. Fueron transportadas por el canal de agua dulce. Centenares de hombres iban llevándolas arrastradas por cuerdas desde las márgenes. Pero aquellas enormes máquinas encallaban a cada momento, viraban o, cuando el viento era violentamente contrario, hacían fuerza hacia atrás. Para sacarlas del lodo, para impelerlas, para equilibrarlas, eran necesarios esfuerzos sobrehumanos, en los cuales sucumbieron muchos valerosos obreros.

Biblioteca Nacional de España

Fué al anochecer cuando llegamos a los Lagos Amargos. Toda la escuadra de la comitiva ancló allí durante la noche. Había una luna espléndida, que llenaba el lago de luz, y diseñaba vagamente hasta el horizonte las ondulaciones del Desierto.

IV

Los Lagos Amargos son los restos del antiguo golfo Heropolita, aguas del Mar Rojo que venían hasta aquí. En este lugar fué donde pasaron los hebreos, guiados por Moisés; fué aquí donde fueron sepultadas las legiones de los Faraones, quince mil hombres y mil doscientos carros. Hacia el lado de Egipto, la luna blanqueaba una vasta planicie; era Gessen, la tierra de los patriarcas. Los Faraones habían dado aquel sitio a los hebreos, paraje entonces lleno de cultivos y de mieses, hoy cubierto de arenas. Desde allí fué de donde partieron en demanda de Canaan. Desde allí se dirigieron hacia el Sur, hacia los desiertos de Arabia y del Sinaí, para evitar el encuentro de los ejércitos egipcios. Moisés conocía bien aquellos lugares. Su mocedad se había deslizado en el istmo. Además, aquel lugar era tradicionalmente el paso de los que venían de Siria, por Caldea y por Idumea. Abrahán, José y Jacob habían pasado por allí en sus viajes a Egipto. Fué también por allí, pero un poco más al Norte, a poca distancia de lago Timsah, por donde muchos siglos después el descendiente de tantos patriarcas y de tantos profetas, Jesús, pasó, llevado por su madre, que huía hacia el valle del Nilo. Los árabes

Biblioteca Nacional de España

muestran aún este sitio. Mientras mirábamos aquellos parajes bíblicos, los fuegos de artificio estallaban en el aire.

Al otro día por la mañana íbamos aproximándonos a Suez. Salimos despacio, porque la marea del Mar Rojo venía contra nosotros. Fué esta cuestión de las mareas y de desigualdad de niveles entre el Mar Rojo y el Mediterráneo la causa de una de las grandes oposiciones que se hicieron al canal.

Decíase que, según los sondeos hechos bajo la dirección de Lepère en 1799, el Mar Rojo era nueve metros más alto que el Mediterráneo; decíase también que la obra era impracticable a causa de las arenas movedizas y de los vientos del desierto; decíase, por fin, que la navegación del Mar Rojo no podía, por su dificultad y por su peligro, constituir una verdadera ruta marítima. Una comisión internacional fué al istmo a esclarecer estas dudas. Era una legión de sabios, de arqueólogos, de ingenieros, de geólogos. Said-Bajá les hizo recepciones regias. Atravesaron el itsmo, en sus estudios, de Suez a Peluse. Sondearon todas las ensenadas, todos los lagos; estudiaron todos los terrenos. Acamparon grandiosamente, y seguíales una caravana de ciento setenta camellos. Los árabes venían de todos los puntos del horizonte para ver pasar aquel extraño cortejo.

La comisión disipó todas las objecciones. El nivel de ambos mares fué declarado igual por nuevos y más perfectos sondeos; reconocióse que las arenas no eran un obstáculo; si las arenas, arrastradas por el viento del desierto habían de sepultar el futuro canal, ¿por qué no habían sepultado ya los Lagos Amargos, por

Biblioteca Nacional de España

qué no habían enterrado las antiguas ruinas, por qué no habían borrado al menos los vestigios de las caravanas de la última peregrinación a la Meca? Por último, el Mar Rojo fué declarado bueno como vía marítima, contra los impugnadores del canal. ¿Qué tiene de malo el Mar Rojo? Algunas rocas... ¿No las tiene el Adriático? ¿No las tiene el Canal de la Mancha? ¿No las tiene el Archipiélago? El Mar Rojo tiene vientos regulares; el Mar Rojo tiene corrientes conocidas; el Mar Rojo tiene la admirable claridad de sus noches. ¿Impide esto la navegación? Si el Mar Rojo fué de una navegación fácil para las flotas de Salomón, si venecianos y portugueses pudieron allí derrotar al turco, ¿qué será hoy con los medios científicos de navegación a vapor? Todas las objeciones caen por sí solas.

En las márgenes del canal comenzábamos a ver muchos campamentos de obreros; venían hasta la orilla del agua a batir palmas a los buques que pasaban, saludando con pañuelos y velos entre grandes *hurrahs*. Desde los buques respondían. Lucía un sol fuerte; el desierto brillaba hasta el horizonte. Veíamos a nuestra izquierda el camino de las caravanas que van a la Meca, a Medina, a Bagdad y a Damasco en la dilatada Siria. Arabia y Asia quedaban más allá de aquel desierto. Del lado de Egipto, del fondo del arenal cubierto de salinas, estaba la oscura y triste ciudad de Suez. Más allá extiéndese el monte de Djebel Attka, llamado de la *Liberación*, porque, cuando las caravanas que vienen del Desierto lo divisan, es que están fuera de peligro. Al fondo, borrada en la pulverización de

Biblioteca Nacional de España

luz del horizonte, entreveíase la cordillera del Sinaí. Al medio día entrábamos en Suez, entre salvas.

Suez es una ciudad oscura, miserable y decrépita; es el comienzo de nuevas regiones; es ya casi el Asia y la India. Tiene un aspecto mortuorio; y el cólera y la peste aparecen allí con frecuencia. En algunos barrios ruinosos, casi deshabitados, conserva, sin embargo, en sus construcciones desmoronadas, un notable carácter de antigua y pura arquitectura árabe. Por lo demás, la civilización europea comienza a estar representada en Suez por cafés cantantes y por *gourgandines* de Marsella.

Suez ha tenido hasta hace poco una vida incompleta por falta de agua. En Suez el agua era conservada en cajas de hierro, traídas del Cairo. El agua de la fuente de Moisés, que está a tres leguas, sólo pueden beberla los camellos. En tiempo de lluvia había, a más de la del Cairo, algún agua potable a seis leguas de distancia. En tiempo de calma, la sed era una enfermedad; había mercados de agua donde los precios eran fabulosos, horribles. Los ricos bebían un agua medio salobre. Los pobres bebían el agua de los camellos o se morían de sed. En Suez no había (y aún no hay hoy) un árbol, una flor, una hierba. Había gente que, habiendo vivido siempre allí, no tenía idea de la vegetación. Contábase de árabes de Suez que, habiendo venido al Cairo por la primera vez, huían de los árboles como de monstruos desconocidos. Esto hizo a la raza dura, áspera, hostil. El canal de agua dulce mudó la faz de las cosas. El agua es gratuita y abundante. En el día en que el agua llegó a Suez, fué un vértigo. Los pobres árabes no podían creerlo; se cha-

Biblioteca Nacional de España

puzaban en ella; bebían hasta hacerles daño; extendídos sobre las márgenes del canal, daban gritos locos. Algunos estaban aterrados y se asombraban de la pérdida de tanta riqueza. La población gritaba llena de amor en torno de Lesseps, postrándose y besándole las manos. Y desde entonces la ciudad tiende a revivir.

Cuando llegamos a Suez se separó aquella caravana de invitados, que hacía seis días saliera de Alejandría. Unos quedaron en Suez, otros fueron para el Cairo. Nosotros fuimos hacia las costas de Arabia, hacia el lado del desierto de Sinaí a ver el oasis de Moisés. En el *Exodo* dícese: "Y los hijos de Israel vinieron después a Elim, donde había doce manantiales y setenta palmeras..." Eran estos doce manantiales, y estas setenta palmeras, las que nosotros íbamos a ver, pasando el Mar Rojo en una barca árabe. Habíamos hecho nuestra peregrinación a través del canal; la escuadra de Europa soltaba sus anclas en el Mar Rojo; la obra de Lesseps estaba completa.

Hacía diez años que un grupo de trabajadores estaba un lunes de Pascua, reunido en la playa, en el lugar que después fué Port-Said; no había nada en ese lugar, sino la bandera egipcia plantada sobre la arena...

Un hombre salió del grupo, se descubrió y dijo: "En nombre de la Compañía de Suez, doy este primer golpe de piqueta en este terreno, que abrirá a las razas de Oriente la civilización de Occidente..." Y cavó la arena con la piqueta. El hombre que pronunció aquellas palabras era el Sr. De Lesseps; y, como se ve, su piqueta ha abierto ampliamente un camino...

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

IX

LA PENINSULA

Aun ayer pensaba yo que nosotros, los peninsulares, no siempre habíamos sido una nación estrecha, limitada, de tendencias mezquinas, soñolienta, chata, fría, llena de espantos y de servilismos, que este viejo rincón del mundo, lleno de árboles y de sol, había sido patria viva, fuerte, fecunda, sana, hermosa, aventurera, épica!...

¡Ah! Fué hace mucho tiempo...

Era en aquel tiempo en que Italia rodeaba a los papas severos y miraban al cielo las vírgenes de Domiríquino. Por esa época operábase en Europa una profunda transformación social. En Alemania, Lutero entraba en Worms, con un canto batallador, en nombre del espíritu y del alma. El Papado iba a morir. Era necesario que todo el Sur se aliase en la cruzada católica...

Toda la rebelión de Lutero fué considerada al principio como uno de aquellos lentos suspiros alemanes que se perdían en el coro profano, luminoso, arrullador y fuerte del Mediodía.

Vióse después que era la voz inmensa del alma del Norte; toda una humanidad austera y vital, que se movía, que se movía, que rompía a hablar, a pensar, a revelar, a examinar, bajo el peso de la teocracia romana, de

Biblioteca Nacional de España

los papas, de los emperadores, de las tiranías, de los sacerdocios.

Todo el Sur católico se estremeció; aquella rebelión venía imprevista y rápida; la imperceptible y vasta humanidad, un día, cuando fuese, una madrugada, podía encontrar la vieja Roma desierta para sus adoraciones, y a lo lejos, el catolicismo disipándose con un son hierático de salmos y un colorido rojo de hogueras. Era necesario salvar al Mediodía.

Italia se había familiarizado con el cristianismo; se había acostumbrado a las santas maceraciones de Jesús, a la transparencia ascética de las vírgenes; los renunciamientos y los miedos católicos ya no la encorvaban hacia el polvo. Ella, llena de sol y de sonidos y de fuerza, comenzaba a mirar la naturaleza, las grandes fecundidades, las vitalidades poderosas, las melodías movibles de la carne.

Los viejos Dioses de la Grecia se habían refugiado en el alma italiana; al principio andaban por el fondo de ella como un recuerdo vago, transfigurados por el dolor, encogidos, sollozantes, miserables; después, lentamente, fueron apareciendo; se esparció una fragancia de ambrosía y un rumor de idilio; y sus cuerpos, sanos como astros, ocuparon por fin toda el alma italiana, con lloros, derramamiento de néctares, palpitaciones de luz, divinos replandores de vida...

Italia se había apartado de Dante y de las visiones absorbentes del infinito; y los pocos que se encorvaban sobre *La Divina Comedia*, no era para ver los castigos y los paraísos, sino para sentir las palpitaciones, que allí habían quedado, del alma de Florencia.

Italia seguía a Petrarca; pero en Petrarca había aún

Biblioteca Nacional de España

una religión y un misticismo, el amor; y la Laura de los *Sonetos*, como la Virgen mística, arrebataba en las humillaciones religiosas a todos los caballeros del Sur. La Italia entonces dejó a Petrarca y rodeó a Ariosto, el aventurero, el jovial, el incrédulo, caballero y burlador.

Fué entonces cuando se oyó la voz del Norte.

Todas las cohortes católicas andaban dispersas, galloferas y enamoradas, riéndose con el Aretino, burlándose brutalmente con el poeta Pulci, guiadas por Lorenzo de Médicis y por el Cardenal Bembo, cantando a las estrellas, adorando a las Violantes, riéndose de Fra Angelico, aclamando a Tiziano, cubiertas de sedas de Venecia, con el pecho henchido de la religión del sol, de la música y de las noches profanas...

Fué entonces cuando se oyó la voz del Norte, el canto de Lutero. Todos los católicos corrieron instintivamente y rodearon a los papas severos—Adriano VI y Clemente VIII—, y cantaron los salmos y las misas de Marcelo, llenas de los renacimientos ascéticos, y fueron siguiendo al Tasso, que volvíase apasionado y religioso hacia Dante y hacia Dios.

Y el papa continuó caminando sereno y terrible, dejando atrás las sombras de las mazmorras de Galileo y de Campanella, y más lejos el humo de las hogueras de Lanini y de Giordano Bruno. Tal era la lucha del Norte y del Sur.

Ahora bien; durante esa lucha de las religiones y de las patrias, la Península, agazapada en sus montañas, cubierta de sol, violenta, como siniestro caballero de Dios, armaba las carabelas y los galeones hacia las márgenes desconocidas de las islas, de los continentes, de los cabos temerosos. Nosotros, los peninsulares, apa-

Biblioteca Nacional de España

recíamos a las demás naciones como viejos lobos de mar, siempre sobre las cubiertas, trigueños, recios como calabrotes, sanos como el sol, ensordecidos por el clamor de los mares, llenos de leyendas y perdidos a lo lejos en las terribles brumas.

De vez en cuando desembarcaban estos hombres, clamando que habían descubierto un nuevo mundo; que allá habían quedado multitudes, negras, bestiales y desnudas, bajo la bendición de los clérigos; allí mismo, sobre la arena, al rumor de las mareas, escribían la historia trágica de su viaje; y una madrugada, atacados de *saudades* del mar, partían de nuevo, radiantes y alegres, hacia la banda de las Indias.

Era así. Todos los años, aquella multitud inmensa de aventureros embarcaba en los galeones, entre los salmos y los lloros de despedida, e iban silenciosos y flameantes por entre las sonoras ilimitaciones, los vientos afligidos y los temblores del agua, hacia las nieblas inexploradas.

Iban en demanda de mundos, llevando a Dios dentro del pecho, bajo las constelaciones augustas, entre las tempestades, las rocas, los climas y las corrientes, de pie en las cubiertas, destocado el sombrero, rodeando a un Cristo, cantando los salmos al coro de los vendabales, todos relucientes de armaduras y de divisas de amor, con el alma llena de altiveces de batalladores y de dulzuras de apóstoles.

¡Iban como en una gloria y en nombre de Dios!... Y cuando encontraban las hostilidades y los encrespamientos airados de los elementos, las opresiones infinitas de los vientos y de las aguas, alzaban las manos como para una excomunión y clamaban arrogantes,

Biblioteca Nacional de España

ante aquellos vientos y aquellas mareas, los versículos del Evangelio según San Juan.

Ahora bien: aquellos hombres, marineros y batalladores, eran historiadores y poetas. Escribían sus hazañas.

Escribíanlas entre los asaltos y las tempestades, en la proa de las carabelas, en los cabos tormentosos, en las selvas sagradas de la India, bajo las crudas inmovilidades de la luz; escribían cubiertos por las espumas, ennegrecidos por el humo, trémulos de las iras de las batallas. Por eso henchían sus crónicas y sus poemas de una extraña prodigalidad de fuerza y de vida. Y sus diarios de a bordo tenían muchas veces la simplicidad épica de Homero.

Pero ellos también tenían amores, celos, paternidades, pasiones, lirismos interiores, y las nostalgias de la patria nacían en aquellas almas como grandes azucenas que se abren dentro de un vaso y que lo llenan.

De noche, en las cubiertas, embozados en sus mantos agujereados, tumbados entre los cordajes, a los arrullos de los mares, mientras los pilotos silenciosos seguían con los ojos los viajes inmensos de las estrellas y todo el mar enorme se enmollecía como un seno cansado; contaban en voz baja, con las cabezas juntas, las historias de amores, los torneos, las aventuras, las serenatas y la vida de la patria. Y escribían poemas, cantatas, sonetos, farsas, comedias y elegías. Y para vestir el sentimiento fecundo, fuerte, lleno del sol y del mar, tomaban la forma popular.

Estaban lejos de Europa, de las plasticidades de Italia, de los renacimientos griegos y romanos, de las antiguas formas rituales, de las educaciones clásicas. No

Biblioteca Nacional de España

conocían esto... Pero se acordaban de las canciones de la patria, de las leyendas heroicas, de los romances populares, que habían oído por los campos, con los cuales los viejos arrullaban a los nietos, que se cantaban de noche a la luz de las estrellas por Sevilla o por Granada, y que los mendigos decían por los viejos puentes de los godos y de los árabes. Porque el pueblo, en la Península, tenía una poesía exclusivamente suya, que cantaba durante el trabajo, con que adormecía a los hijos, en que se escarnecía a los alcaides y se celebraba a los héroes.

Hacía de aquella poesía un uso sagrado; era su consuelo, el gran lecho misterioso donde dormía sus tristezas; era allí donde buscaba aliento, recompensas y las ideas de la patria.

En el Norte, la poesía popular fué la Invisible que llevó por la mano a los trovadores, hijos de la gleba, hasta las cocinas de los señores feudales; fué el primer suspiro de amor que los pobres poetas del populacho, místicos y sensuales, lanzaron hacia las blancas castellanas que entreveían en los torneos, cubiertas de pedrerías, o paseando de noche, a la luz de las estrellas, por las altas terrazas, o entre árboles, al atardecer, cuando las ojivas, inflamadas por el sol oblicuo, están flameantes como mitras.

Y las castellanas abrieron los brazos hacia los poetas tristes, indolentes y llenos del paraíso. ¡Admirable influencia de la poesía, que produjo por el amor un renacimiento social!...

Pero la poesía de la Península era únicamente del pueblo; era la epopeya austera del Cid, exterminador de moros, y la de Bernardo del Carpio, exterminador de bárbaros. En la Península, el pueblo estaba en una

Biblioteca Nacional de España

situación especial; tenía importancia fecunda y arrogante en el Estado fuerte; la Península había pasado los primeros años de su constitución en las luchas terribles del fuerte Mahoma y del Cristo místico; ahora, el hombre del pueblo de la Península no era un siervo: era un cristiano; consagrado por los bautismos, era una fuerza individual que impedía y disolvía al elemento morisco, sensual y poderoso.

Ahora bien: fué bajo la forma popular como aquellos batalladores y poetas, que van tomando hoy la vaga actitud de la leyenda, escribieron sus poemas, sus cantatas, sus comedias y sus sonetos.

Entonces, toda la literatura peninsular tiene una originalidad profunda, independiente de formas y ritos; el arte, el drama, la poesía, salen de las tradiciones populares, del clima, del sol, de todas las vitalidades meridionales; esto ocurría cuando en el resto de Europa todas las nacionalidades olvidaban sus tradiciones, su historia, su alma antigua, para envolverse en las formas clásicas.

Era el Renacimiento. Entonces aparece el teatro español (1), original, caballeresco, enérgico, apasionado, lleno de salvajes palpitaciones, de lances de religión; teatro donde la cruz es un personaje; donde hablan lacayos, héroes, santos, vientos, galeones; donde todas las formas de la vida se confunden: la risa, el llanto, la ironía, la sátira, el madrigal...

Después, una pintura mística y sensual; no es la es-

(1) Adviértase cómo Eça de Queiroz conoce, analiza y define la índole de nuestro teatro y qué adoración manifiesta por el arte peninsular en conjunto. Es este capítulo una buena lección de iberismo.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

piritualización del alma: es más bien la inmortalización de la carne, inspirada en aquel misticismo español que, bajo la influencia de la Naturaleza, del clima, de la política, de la raza, parece más lleno de las trágicas iras de Jehovah que de las dulzuras de Jesús...

Luego, una música como la del *Dies irae*, obra de los terribles dominicos; un poema de muerte; una de las mayores agonías del alma; música ascética y flameante, donde la Naturaleza aparece trágica y desgreñada...

Un arte donde se retuercen todas las llamas del infierno y todas las pedrerías de los paraísos católicos; que parece una lucha tragicómica de la vida y de la muerte; una iglesia llena de renunciamientos místicos, pero donde el misticismo parece más una desesperación de no poder saciarse de los bienes del mundo que una aspiración a poder satisfacer el alma en las contemplaciones divinas; una defensa del catolicismo, trágica y apasionada; un amor sublime por los despotismos y por los sacerdocios; confusión de los emperadores con los santos y de las coronas de metal con los nimbos de luz; una vida superabundante; ascetismos feroces, y donde el sentimiento más aparente es el rencor.

Al mismo tiempo, una austeridad monástica en tiempo de guerra; carabelas que parten sin cartas geográficas ni derroteros, bajo las simples indicaciones de las estrellas; a veces, casi una reconciliación aparente del Mahometismo y del Cristianismo; una pasión avara por el dinero; el elemento de la intriga que quiere entrar en la política, viniendo a sustituir al elemento de la fuerza; combates caballerescos con la Europa vecina. Después, un sol ardiente; una sangre que bulle;

Biblioteca Nacional de España

una carnación soberbia; a lo lejos, la América y las Indias, como un paraíso de oro, de metales preciosos y de soberanías. Tal es el aspecto más general de España en las vísperas del Renacimiento. Es dramática aquella vida. No admira por eso que la forma suprema de su arte fuese el drama (1).

En Portugal no es éste rigurosamente el fondo del genio: hay más serenidad en la fuerza; el carácter portugués es más parecido al carácter italiano; nuestros sabios, nuestros viajeros, nuestros descubridores tenían más la lucidez de la época de Galileo que la fe de la época de Dante; las navegaciones son prudentes; por eso Portugal no resistió nada a la influencia italiana. El renacimiento de la antigüedad, la serenidad plástica, la frialdad clásica, se aclimatan en España, pero con dolor y con lucha; fué necesario que España ya no creyese en su epopeya caballeresca y que Cervantes comenzase a hacer trotar por los caminos al flaco Don Quijote

En Portugal, no; el genio antiguo se aclimató; hasta se transformó; perdió el elemento vital y fecundo, y quedó el elemento retórico.

¡Oh, Arcadia! ¡Oh, mozos pastoriles y burgueses! ¡Oh, clásicos!...

---

(1) Compárese este párrafo con la interpretación del arte español, por Teixeira de Pascoais: *A Era Lusiada* (Porto, 1912).—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

X

BRASIL Y PORTUGAL

Bristol, 14 de Diciembre de 1880.

Mi querido Pinheiro Chagas: Recibí el número del *Atlántico* conteniendo su excelente artículo *Brasil y Portugal* (1). Como hoy es domingo y llueve y no puedo ir a pasear bajo los bellos árboles de Severn, conversaré con usted un momento, aquí al rincón de mi lumbre.

Evidentemente, sin embargo, el hombre que le escribe no es aquel que usted hace meses abrazaba entero e intacto en la esquina sagrada de la Casa Habanesa; a ese lo trastornó usted, lo derribó con las tres pesadas columnas del *Atlántico*, blandidas con ambas manos en un esfuerzo entumecido de Sansón. No conozco, realmente, en la historia o en la leyenda ejemplo de una ferocidad igual, a no ser tal vez la de aquel centurión muy barbudo que, en las litografías del Martirio de San Esteban, está lanzando con los dientes cru-

(1) Estos dos artículos que siguen, combinados en uno, son fuertes palestras de polémica contra Pinheiro Chagas —*sempre este homem fatal*, como él decía—, que fué historiador, orador, periodista, novelista a ratos, secretario de la Academia.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

jientes una roca horrible sobre el cráneo aureolado del desventurado confesor...

Así usted me aplasta bajo pedruscos desproporcionados: son la crítica histórica, la teoría científica del medio ambiente, el Reverendo Bernardo de Brito, Darwin, la revuelta del Marañón, el general Madeira, la Casa Habanesa y su tabaco, las Molucas (pero ¿todas las Molucas, Pinheiro Chagas?), Lord Welesley, rajás de la India, uno a uno, la Holanda y sus colonias, Cochim y Cananor, el cadáver de Lord Mayo, la *emisión* de Newton, señales algebraicas, operaciones cabalísticas, la regla de tres, los climas, las razas que son iguales a N., Pernambuco y el Universo...

¡Y todo esto arrojado sobre mi miserable esqueleto, con arte, con elocuencia, con lujos de actitud, con las elegancias sabias del bello atleta!...

Porque la hediondez de su ferocidad no excluye, mi querido Pinheiro Chagas, la excelencia de su talento. Pero sinceramente fué usted excesivo. Desde que recibí su *Brasil y Portugal*, de relance, he estado ocupado en apañar laboriosamente aquí y allá, por el suelo, los pedazos de mí mismo. Tan violentamente me despedazó usted, sin embargo, que no consigo reconstruirme; no sé, por ejemplo, dónde anda mi pierna derecha; fáltame todo un pedazo de hígado; y sólo con dos dedos y medio estoy trazando estas líneas...

Toda esa indignación, mi querido Chagas, fué provocada, a lo que parece (porque el caso es oscuro), porque yo, según usted proclama, "he injuriado y zaherido a mi patria".

¿De qué modo pérfido y villano? Con dos frases que intercalé de comentario a un artículo de *The Times*

Biblioteca Nacional de España

sobre el Brasil, traducido en mi correspondencia para la *Gazeta de Noticias*, de Río Janeiro. Esas dos frases eran solamente dos afirmaciones históricas: la primera, que "a fines del pasado siglo y comienzos de éste, Portugal se había tornado como una colonia del Brasil"; la segunda, que "nuestro Imperio del Oriente fué un monumento de ignominia..." ¡De donde usted dedujo que yo insulté a mi patria!...

De donde yo deduzco, mi querido Chagas, que usted, a pesar de habitar la Lisboa contemporánea de 1880, es realmente un viejo personaje del siglo XVIII, con más de ciento cuarenta y cinco años de edad, pintado por fuera de un colorido natural de vida moderna, pero reseco y polvoriento por dentro, que, habiéndose sustraído milagrosamente a los años y a las revoluciones, anda ahora entre nosotros representando los modos de hablar y de pensar que caracterizaron la sociedad portuguesa del tiempo de la señora doña María I.

Usted se acuerda aún de que en esas épocas, *criticar* era sinónimo de *injuriar;* en literatura sólo se admitía la Epístola Laudatoria, y como comentario a las cosas públicas, sólo se toleraba la Cantata. Cuando su contemporáneo y amigo el Padre Macedo (1), en-

---

(1) El padre José Agostinho de Macedo fué censor literario durante varios años, desde 1824 a 1829, y fundó la *Nueva Arcadia*, en contraposición a la antigua *Arcadia Lusitana*. Se hizo famoso por sus acerbas críticas de Camões e invectivas contra los autores de la época en su *Motins Litterario*, que era una especie de revista a estilo de las que más tarde habían de fundar aquí, en España, el crítico *Clarín*, con sus *Folletos Literarios*, o la señora

Biblioteca Nacional de España

contraba malo un verso de Bocage; éste, como usted seguramente se acuerda de habérselo oído en el café de Nicolás, declaraba al Padre Macedo *un borracho*. Y noto que me refiero a los dos grandes hombres de la época: porque en las camadas subalternas de la plebe del Parnaso, el poeta atacado en su estro iba a hacer una denuncia a la Intendencia de Policía.

La crítica histórica no corría tales peligros. No existía entonces entre nosotros. Pero, si en los bellos tiempos del señor intendente Pina Manique, hubiese aparecido un historiador como el señor Alejandro Herculano, o el Sr. Oliveira Martins, usted, que tantas veces paliqueó con el gran intendente por los patios de los conventos y que conocía bien su energía y su fibra, sabe perfectamente que hubieran ido a pudrirse en una mazmorra el Sr. Martins (1) o el señor Herculano (2). ¿Y por qué? Precisamente por "ha-

---

Pardo Bazán, con su *Nuevo Teatro Crítico*. En ella, el padre Macedo destilaba su corrosivo veneno contra los autores de la época, y su enemiga contra Camões le hizo concebir la absurda pretensión de competir con él en su poema *Oriente*. En cuanto a Manuel M.ª Barbosa du Bocage, el popular poeta, que es el Quevedo portugués, y tan popular allí como aquí el nuestro, ¿quién no conoce, por lo menos, el nombre y las principales poesías picarescas y satíricas?—*Nota del traductor.*

(1) Joaquín Pedro Oliveira Martins fué el gran historiador, etnógrafo y político, contemporáneo e íntimo amigo de Eça de Queiroz y de Guerra Junqueiro, autor de *A civilisação ibérica, Portugal contemporáneo, Os filhos de Don João I*, etc.—*N. del T.*

(2) Alejandro Herculano de Carvalho (1810-1877) fué el Walter-Scott portugués, el gran novelista histórico e historiador, autor de obras que ya han sido traducidas al

Biblioteca Nacional de España

ber zaherido al país e insultado a la patria". Por eso usted, antiguo amigo de Manique y su colega de novena, me acusa ante la opinión, exactamente con las mismas palabras y precisamente por los mismos motivos con que habría sido formulada en 1801 contra un historiador una querella de la Intendencia de Policía... ¡Ah, mi querido Pinheiro Chagas; con su ingenio y con su *verve*, qué interesante debe ser, en una noche de invierno, oirle contar los casos de esa época, de la Lisboa del siglo XVIII, en que usted floreció, los celestiales encantos de la grada, las comedias del Patio de las Arcas (1), los gorjeos de la Caffarelli, las meriendas, las procesiones y los días gloriosos en que usted, entre azafatas y frailes, de pareja con la negrita anamita Doña Rosa y el señor Arzobispo de Tesalónica, acompañaba a la corte que iba a cazar a Salvaterra!...

Mire, eso que usted publicó en el *Atlántico* lo había dicho ya, la víspera por la noche. ¿Sabe dónde? En un sarao, en casa del señor Marqués de Marialva; en aquel sarao del tiempo de la señora doña María I, que tan admirablemente describe el Sr. Oliveira Martins en su espléndido monumento *Historia de Portugal*. ¡Si yo sé hasta con quién entró usted! Fué con el señor Conde de Vila Nova; habían venido ambos de acompañar al Viático con sus hopas rojas.

Apenas estuvieron en el salón, usted, mi querido

---

español, y muy leídas, como *El monje del Cister, Eurico el Presbítero, Leyendas y narraciones, Arras por fuero de España.—N. del T.*

(1) Uno de los teatros más típicos de Lisboa, algo como aquí nuestro Corral de la Pacheca.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

Chagas, con el zapato de hebilla en paso de minué, fué a saludar a una de las muchachas, *sécia* galante de la época, y le comparó los ojos negros a dos *flechas de Cupido*. Esto fué juzgado en derredor lindamente amable. Pero no pudo usted proseguir, porque ya Policarpo, el contralto castrado de la Capilla Real, estaba cantando junto al clavicordio...

Después, la señora marquesa, golpeando con el abanico en la mesa de marfil a su lado, exclamó en medio del silencio:

—¡Allá va *un mote!*... (1)

¡Y en seguida, nuestro Chagas se puso a glosar! ¡Y con qué ternura, con qué languidez lo recompensaron de los refinamientos floridos de su estro, los dos bellos ojos negros, *las dos flechas de Cupido!*...

Comenzó entonces la partida de *voltarete* del señor Marqués. Usted no fué admitido a la partida del hidalgo, sino que jugó sólo un *gamao* subalterno con un Monseñor de la Patriarcal. Y por la sala, entretanto, iban susurrando las conversaciones.

Discutíase el proceso de una linda mujer del barrio de Alfama, que comía criaturas en ensalada; un jefe de negociado aconsejó, para curar cuartanas, perlas que hubiese usado la Reina, molidas en polvo; háblase de la escandalosa aparición de Belzebú en el convento del Sacramento de Alcántara; y una dama contó del judío que diera una dentellada en la pierna al señor de los Pasos de Gracia...

Esto estremeció de horror. Y entonces fué cuando

(1) Estribillo que era como el pie forzado sobre el cual habían de glosar los poetas improvisadores.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

usted, Pinheiro Chagas, dijo, después de tomar un sorbito de rapé con deleite:

—¡Pero hay algo peor! ¡Hay algo peor!...

Y usted, pausado y grave, narró mi nefando caso; un jacobino, un traidor comprado por el oro del Brasil, había escrito que Portugal fué una colonia brasileña y que hubiera horrores en nuestra dominación de la India!...

Hízose en la sala un silencio trágico. Las *secias* despavoridas, se agazaparon junto a los monseñores. De conmovido que estaba, el heredero ilustre de la casa de Angeja, perdió la baza... Y los fulgores de las antorchas parecieron más tristes.

El señor Prior de San Julián, aguzando sus ojos de lechuza, exclamó tembloroso:

—Y el monstruo, ¿aún no está en el Santo Oficio?

—Lo tengo sobre ojo, reverendo—dijo usted, severo...—. Y he de hablar a Manique.

Cuchicheó entonces por el sarao un suspiro de alivio. ¡La sociedad estaba salvada! Chagas velaba por ella... Ya, abajo, tintineaban los cascabeles de las literas. Salieron. Y usted fué quien, llegándose al señor Arzobispo de Tesalónica, y queriendo resumir en una palabra todo el mundo de verdades y de ideas que se había agitado en ese sarao, el esplendor intelectual que allí brillaba, y al cual usted había contribuído, dijo respetuosamente al prelado:

—Portugal es pequeñito, pero es un terroncito de azúcar (1).

(1) La frase tiene más fuerza con los diminutivos lusitanos tan suaves, que reproduzco: *Portugal e pequenino, mas e un torraõsinho de açucar.—N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

Y su eminencia replicó, después de eruptar:

—Tiene usted razón, brigadier Chagas.

¡Brigadier, sí! ¡Brigadier del tiempo de la señora doña María I! ¡El último brigadier patriota!

¿Se acuerda usted del tipo? Eran aparatosos y formidables; habían estado en el Rosellón; en las fiestas de familia—boda o cumpleaños—eran ellos quienes se levantaban de sobremesa y, con una lágrima en el bigote, golpeándose sobre el corazón, hablaban del *viejo Portugal!* Poseían opiniones, y no comprendían que el Estado hiciese otra cosa sino airear los laureles de Arzila, ni que el pensamiento pasase más allá de las maravillas de la *Nueva Castro.* Decrépitos, mandando tres veteranos en un fuerte, aún todas las mañanas, después de beber su ginebra, golpeaban furiosamente con el bastón en las losas y querían tragarse el mundo. ¡Excelentes almas! Dejaban siempre dinero a una sobrina y sabían echar fondillos en los calzones. Odiaban al librepensador; atribuíanle todos los males de la patria; para ellos, hacer crítica histórica del pasado era ofender las glorias de la nación!... Usted es el último de esta noble raza.

Bien sé, bien sé lo que mi querido Chagas me va a decir: "¿Y mis libros, mis trabajos, mis opiniones liberales, mi democracia?..."

¡Oh, mi querido Chagas; sus libros nadie los admira más que yo! Y huélgome de decirlo aquí. Le veo hace más de diez años en la brecha, luchando, forjando violentamente la novela, el drama, el verso, la crítica, la historia; y me llena de respeto una vida moza, agitada así por una tan vasta labor intelectual. Tal vez yo encuentre, con mis "detestables teorías", como usted

Biblioteca Nacional de España

dice, que en esa producción rica y exuberante, la parte artística (que no es la menos valiosa) esté un poco concebida fuera de la realidad y de la experiencia social. Mas eso es un detalle. La verdad es que toda su obra está atravesada por un fuerte y armonioso soplo de elocuencia, y que la vena que allí corre es amplia, límpida y bella. Su verbosidad humeante, su imaginación delicada e ingeniosa, le dieron ya un grande y noble puesto en la historia literaria de Portugal; y su saber, su palabra de orador que enardece y excita, destínanle a ocupar en breve un sitio mayor aún en su historia política. Pero esto, mi querido amigo, no impide que usted, como patriota, sea un brigadier.

Y lo curioso es que usted se convirtió en brigadier (nadie nace tal), con las intenciones más bellas y más generosas. Como todo espíritu activo y ambicioso, cuando usted comenzó su carrera deseó distinguirse y destacarse de la generación contemporánea suya por una originalidad vigorosa. Esto es nobilísimo; nada más miserable que salir de la escuela e ir en seguida a ocupar un puesto servil en la fila balante de los carneros de Panurgo. Por eso, usted, para orientarse, miró en derredor. ¿Y qué vió? Un espectáculo triste: una mocedad desengañada y escéptica, desconfiada de sí misma y del país, ignorando la tradición y escarneciendo las instituciones, quejándose de la falta de todo y no tratando de proveerse de cosa alguna, odiando el suelo en que naciera, la lengua que hablaba, la educación que había recibido, agazapada dentro de ese odio estéril, como un mochuelo dentro de su agujero, y, en realidad, tan ajena a la patria y al genio de la raza como si hubiese sido importada de Francia, en cajones,

Biblioteca Nacional de España

por el vapor correo de El Havre!... Esto era suficiente para indignar a un corazón elevado como el suyo. Pero, a más de eso, usted comprendió que, en medio de tal generación, de tal mocedad, de tal literatura, la originalidad suprema, el gran relieve, estaría en esto: *ser patriota*. Desde ese momento, usted poseía su especialidad, su nota individual, su campo propio para cultivar: *el patriotismo*. ¡Y con qué solicitud, mi querido Chagas, se apoderó usted de esa mina de oro!... ¿Y cómo no? El patriotismo sería, de ahí en adelante, para usted, no sólo una doctrina, sino *un asunto!*... ¡Asunto para drama, para oda, para folletín, para discurso, para grito, para sollozo!... En fin, el patriotismo era su espléndida carrera... Carrera original, y para la cual, usted se preparó con una sinceridad, una labor, una abnegación que le honran.

Otro cualquiera se hubiera contentado con hojear un libro de Historia para coger aquí y allí fechas o nombres de batallas. Usted, no. Usted se encerró dentro de la Historia, como Carlomagno, revolviendo el polvo de los antepasados, procurando penetrarse de la noble fe que los hizo grandiosos, durmiendo con las hazañas del conde Nuño Alvares debajo de la almohada para sorprender y poder imitar las palpitaciones de aquel puro corazón de héroe. Infolios, códices, manuscritos, memorias, crónicas, cartas forales: todo lo absorbió usted. Mil veces atravesó usted y volvió a atravesar, como dice Michelet, *el sombrío río de los muertos*. Día a día revivió todo el pasado épico. Y, por fin, llegó una hora en que usted se consideró digno de haber recibido en Sagres, en alguna víspera de partida de las carabelas, las confidencias sublimes del Infante D. Enrique.

Biblioteca Nacional de España

Entonces, usted abrió de par en par las puertas del santuario en que hasta entonces se encerrara, y adelantándose hasta el público, con la mano sobre el puño, soltó su gran grito patriótico. Pero, ¡oh sorpresa!, cuando usted y yo y todos imaginábamos que el público iba a levantarse, arrebatado, y a gritar en una aclamación: *¡He ahí un gran patriota!*, el público quedó sentado, y dijo simplemente: *¡He ahí un buen brigadier!*...

Es un desastre tremendo, bien lo sé, y nadie lo lamenta más que yo. Pero confesemos, mi querido Chagas, que la cosa estaba prevista. Cuando en esta nuestra edad, que marcha hacia lo futuro con la deslumbradora velocidad de un expreso; en esta edad, en que el hecho de la víspera queda al punto tan rezagado como la rendición de Troya; y en que el héroe de ayer, apenas muerto, se torna al punto tan vago como el mismo Ayax; un hombre que nos venga a hablar de Cochin y de Cananor, que reproduzca las bazofias honrosas, pero obsoletas, del patriotismo de Jacinto Freire de Andrade; que nos agarre por la solapa de la levita para que nos quedemos llorando con él por el desastre de Alcázar-Kebir; un hombre tan original, en medio de una sociedad que no lo comprende, termina por parecer algo difunto, arcaico, desenterrado, un verdadero brigadier del tiempo de la señora Doña María I, que la Muerte olvidó, y que yerra por entre nosotros aturdido, como una lechuza en la luz.

Su plan de ser patriota, querido Chagas, era sublime y fecundo. ¿Sabe cuál fué su error?... Que en lugar de apoyar su patriotismo en las fuerzas vivas de la nación, inspirándose en ellas, para ayudarlas y diri-

Biblioteca Nacional de España

girlas, usted las fué a apoyar sobre el polvo de los héroes muertos, tornándolo así seco y frío, desde luego.

Su patriotismo, en vez de ser de utilidad pública, era sólo de curiosidad arqueológica. Usted no había estado sacando de la Historia una fuerte lección moral; recortó allí, simplemente, casos de guerra y de armada. No traía un programa para el movimiento social de las generaciones futuras; sólo una recapitulación sonora de hazañas vetustas. Esperábase un revelador de verdades; apareció un cronista de monasterio.

Por eso el público exclamó: —*¡He ahí un brigadier!*— Y no fué bastante severo. Debiera tal vez haber dicho: *¡He ahí un bonito sebastianista!...* Y es que hay dos especies de patriotismo, mi querido Chagas.

Hay, en primer lugar, el noble patriotismo de los patriotas; esos aman a la patria, no dedicándole estrofas, sino con la serenidad grave de los corazones fuertes. Respetan la tradición, pero su esfuerzo va todo hacia la nación viva, la que en torno de ellos trabaja, produce, piensa y sufre; y dejando atrás las glorias que ganamos en las Molucas, ocúpanse de la patria contemporánea, cuyo corazón late al unísono del suyo, procurando advertir sus aspiraciones, dirigir sus fuerzas, tornarla más libre, más culta, más fuerte, más sabia, más próspera, y por todas estas nobles cualidades, elevarla entre las naciones. Nada de lo que pertenece a la patria les es extraño; admiran, sin duda, a Alfonso Henríquez, pero no quedan para siempre petrificados en esa admiración; van entre el pueblo, educándolo y mejorándolo, proporcionándole más trabajo y organizando mejor su instrucción, fomentando sin descanso los dos bienes supremos: Ciencia y Jus-

Biblioteca Nacional de España

ticia. Ponen la patria por encima del interés, de la ambición, de la vanidad, y si tienen, a veces, un fanatismo estrecho, su misma pasión los diviniza. Todo lo que es suyo lo dan a la patria; sacrifícanle su vida, trabajo, salud, fuerza. Dánle, sobre todo, lo que las naciones necesitan más y lo único que las hace grandes: le dan la Verdad. La Verdad en todo: en historia, en arte, en política, en las costumbres. No la adulan, no la engañan; no le dicen que es grande porque tomó a Calicut; dícenle que es pequeña porque no tiene escuelas. Le gritan sin cesar la verdad ruda y brutal. Le gritan: "¡Eres pobre, trabaja; eres ignorante, estudia; eres débil, ármate! ¡Y cuando hayas trabajado y estudiado, cuando te hayas armado; yo, si fuese necesario, sabré morir por ti!..." He ahí el noble patriotismo de los patriotas.

El otro patriotismo es diferente; para quien lo siente, la patria no es la multitud que en torno suyo palpita en la lucha de la vida moderna, sino la otra patria, la que hace trescientos años embarcó para las Indias, al repique de las campanas, entre las bendiciones de los frailes, para arrasar aldeas de moros y traficar en pimienta. Para ese, su manera de amar la patria es tomar una lira y dedicarle lánguidas serenatas. Ese sube a la tribuna del Parlamento o al artículo de fondo, y desde allí exclama, con los ojos en blanco y los labios espumeantes de lujuria: *¡Oh, patria! ¡Oh, hija! ¡Ay querida! ¡Ay pequeña, qué linda eres!*, exactamente como había dicho la víspera en un reservado a una andaluza barata. Ese, ¡cosa pavorosa!, no ama la patria: la enamora; no le da obras: le dedica odas. Ese, cuando la patria se aproxima a él, con las manos vacías,

Biblioteca Nacional de España

pidiéndole que coloque en ellas el instrumento de su resurgir, le pone en las manos (¡oh, ironía pícara!), ¿qué?..., los laureles de Ceuta. Cuando el pueblo le pide más pan y más justicia, respóndele, retorciéndose el bigote: —*Deja eso... Tú, tomaste Cochín...*

Es ese patriotismo el que, cuando alguien lanza una verdad, acude con la mano en la cintura y con *La Monarquía* de Fray Bernardo de Brito apretada contra el corazón, exclamando: "*¡Mira, qué injuria es esa a la patria!... ¿Pues tú no sabes, ignorante, que somos aún temidos en la India?... Y la prueba la tengo en este infolio.*" Y queriendo garantizar la propia indolencia, por una gran inercia pública, ese patriotismo aconseja que no se haga nada, nada se estudie y nada se cree, ¡porque el Sr. D. Manuel fué antaño un gran Rey!... Y apenas un hombre sincero intenta despertar el alma portuguesa y su genio del marasmo en que se sumerge, ese patriotismo corre, se pone de bruces y procura hacer ese sueño de la patria más pesado y más profundo, cantándole al oído la leyenda arrulladora de la toma de Arzila!...

Este patriotismo, querido Chagas, es el de los brigadieres vestidos a la moderna. Y (lamento tener que decirlo) parécese mucho al suyo. Los franceses lo llaman *chauvinisme;* yo le llamaría entre nosotros *patriotería.* Y a los que lo cultivan daríales los nombres (según sus diferentes temperamentos) de *patrioteros* o *patrioteadores* (1). Es el vicio fatal que lleva a las ca-

(1) No se pueden traducir por no haber correspondencia en castellano a todos los adjetivos de desprecio (diminutivos grotescos) que emplea Eça: *patriotacas, patriotinheiros, patriotadores ou patriotarrecas.—N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

tástrofes. Es el que, no dejando hacer nada, bajo el pretexto de que se hizo todo, inmovilizando a la nación en un pacto ficticio ante el pasado, le impide trabajar para lo futuro. Es el que a Austria da un Sadowa y a Francia, un Sedán. Es él el que grita en el *boulevard*: —*¡A Berlín! ¡A Berlín!*...—, cuando, moralmente, en el *boulevard* ya marchan los prusianos. Haciendo discursos como Mr. Prudhomme produce finales como Esquilo. ¡Y luego los patriotas tienen que recomponer las ruinas que hacen los patrioteros!...

Afortunadamente, el mundo va viendo desaparecer esa plaga funesta. Ni Austria ni Francia sufren ya de ella. Después de la victoria, el buen sentido de Alemania la libró de ella muy aprisa. En estas naciones, como en las más pequeñas, lo que quedan son patriotas que dicen la verdad a la patria. En realidad, tal jactancia de glorias muertas, obstruyendo los progresos vivos, sólo existe en dos siniestras clases de individuos: los bajás de Constantinopla y los mandarines de Pekín!...

Portugal estaba también, hasta ahora, exento de la *patriotería*. Ni en el Gobierno, ni en la Enseñanza, ni en la Literatura, ni en la Administración, ni en la burguesía, ni en el pueblo, advertí jamás esa peligrosa tendencia a renovar las prosapias de Jacinto Freire de Andrade. Por el contrario, dudábase en demasía del país, de sus fuerzas, de su genio, de su vitalidad latente. Y es para mí una sorpresa dolorosa que usted, con la autoridad de su saber y la luz de su talento, quiera hacer aparecer entre nosotros la grotesca, la peligrosa patriotería de los bajás, de los mandarines y de los brigadieres del reinado de la señora Doña María I,

Biblioteca Nacional de España

¿Y quién sino un brigadier de esa época, un contemporáneo y amigo predilecto del señor Arzobispo de Tesalónica, frecuentador galante de las gradas, teniendo por novia una monja del Sacramento de Alcántara; podría venir en 1880 a sostener en público esta opinión, tan elocuentemente expresada por usted en el artículo del *Atlántico*: "que se injuria a un país cuando se le critica el pasado; que es insultar a Portugal decir que, a fines del siglo XVIII y a comienzos de éste, fué como una colonia del Brasil"?

Pero entonces el insultador no soy yo, querido Chagas. Es el Sr. Alejandro Herculano. El lo dijo; yo le seguí. En la página 245 del segundo volumen de la *Historia de Portugal,* del Sr. Oliveira Martins, leí esta cita: "Portugal, el antiguo colonizador de América (dice el Sr. Alejandro Herculano), se había convertido a su vez en una colonia del Brasil, donde un gobierno corrompido, etc."

Quien insulta al país, según su noble expresión, es el Sr. Alejandro Herculano. ¿Y entonces le va la patria a levantar una estatua? ¿Y al lado del Epico luminoso que la cantó, va a resplandecer, a la luz de sus cielos, en bronce o en mármol, la faz hosca de aquel que la insultó? ¿Y lo consiente usted, Pinheiro Chagas? ¿Y no ha de despedazar usted con sus manos el monumento maldito? Porque la *Historia de Portugal* y la *Historia de la Inquisición* son insultos tremendos...

Mas yo sé que usted es un patriota; y el Sr. Herculano no tendrá su estatua. Usted vela con la espada en alto, al lado del *Viejo Portugal;* y a todo aquel que al pasar no se incline, murmurando: —¡Sólo tú

Biblioteca Nacional de España

fuiste sublime y grande y contigo todo murió!—usted le corta la cabeza.

Tenga, pues, la bondad de cortar, no la mía, sino la cabeza del Sr. Oliveira Martins; pues fué él quien, desde la página 197 a la 297 de la *Historia de Portugal,* me probó, contándome en cada frase una torpeza, que "el Imperio de Portugal en Oriente fué un feo monumento de ignominia". Esta fué la otra afirmación mía (en la *Gazeta de Noticias*), que le pareció "una injuria a la patria". Aquí ahora el injuriador no es el Sr. Herculano; es el Sr. Oliveira Martins. Ese es la Hidra; corra usted a matarla. Allá está esa hidra, ese monstruo, en su antro de la *Rúa da Boavista*, en Porto, entre sus flores y sus libros. Usted aspirará al comienzo de la calle aquel olor de azufre y anarquía que se exhala de toda las cavernas donde existe un dragón de escamas de bronce, imponiendo el orden sobre esqueletos de instituciones. Mas de nada se atemoriza un buen caballero. Y en servicio de su Dios, del Dios de Ourique, de las Crónicas, de las Damas, de las Molucas y de los laureles de Ceuta; no es más bravo que usted, Lanzarote del Lago, el buen señor Percival, que trae un pelícano en el yelmo o ese lustroso e hirsuto espejo de caballería, el rubio Galaad, que anda buscando el Santo Graal y que tiene la fuerza de mil hombres porque su corazón es virgen...

Pero me hizo usted otra acusación, más grave y más vaga; me dijo usted que "yo llamé a Portugal un país de brutos". Esto es divertido; y me veo forzado a citar mis palabras de la *Gazeta de Noticias*. Léense allí, en la columna cuarta, estos períodos: "... El juicio que de Badajoz acá se forma de Portugal no nos es

Biblioteca Nacional de España

favorable. No hablo aquí de Portugal como Estado Político. Bajo ese aspecto, gozamos de una razonable veneración. En efecto, nosotros no traemos a Europa complicaciones inoportunas; mantenemos, dentro de la frontera, un orden suficiente; nuestra administración es correctamente liberal; satisfacemos con honra nuestros compromisos financieros. Somos lo que se puede llamar *un pueblo de bien*... Europa reconoce esto; y, sin embargo, mira para nosotros con un desdén manifiesto. ¿Por qué? Porque nos considera una nación de mediocres, digamos francamente la dura palabra; porque nos considera *una nación de estúpidos*. Este mismo *The Times*..."

Aquí yo citaba el *Times*, el *Daily Telegraph* (podría haber citado mil) que nos han acusado de estúpidos, de mazorrales y de intelectualmente fósiles. Y después agregaba estas palabras mías: "Tales observaciones son, de fijo, a más de descorteses, perversas."

En este momento yo veo desde aquí al lector honrado que va recorriendo estas líneas, detenerse, soltar el diario y el cigarro y decir para sus adentros o a las señoras que cosen al lado:

—¡Esto es singular! ¡Caso lamentable y raro! ¡Cómo! ¿Es esto lo que él había escrito? Entonces el procedimiento del Sr. Pinheiro Chagas no me parece correcto. ¿Con que el otro cita las palabras del periódico inglés, ofensivas para Portugal, las condena como perversas y descorteses, y el autor de *A Morgadinha de Valflor* atribúyelas a él y quiere hacerle soportar la responsabilidad de ellas? Si estas son las costumbres y maneras literarias, ¡bien hago yo en odiar a

Biblioteca Nacional de España

los literatos! ¿Por qué el Sr. Pinheiro Chagas no citó lo que el otro escribiera?... ¡Caso triste y antipático!...

Riámosnos, mi querido Chagas; riámosnos aquí en este rincón, abrazados uno a otro. ¡Regodeémosnos! ¡Cómo se ve que aquel hombre honrado que lee *El Atlántico* ignora las amarguras y las necesidades formidables del periodismo!... ¡Querer que usted me citase!... ¡Oh, ingenuo! ¡Si usted me citase, no podía hacer el artículo; y usted tenía que hacer absolutamente ese artículo!...

Conozco la situación; es tremenda. La víspera se le ha dicho al director del periódico, apretándole enérgicamente la mano y con la voz temblorosa:

—¡Palabra de honor, chico! Por mi vida, que tienes allá el artículo, pasado mañana, a las nueve. Soy incapaz de comprometerte. ¡Júrotelo por el alma de mis hijos! ¡Buenas noches! Lo tendrás...

Después, naturalmente, como usted sabe, no se piensa más en el artículo. Pero ¡cruel destino!, en el día en que cumple el plazo, suena la campanilla; ¡allá llega fatal, implacable, inaplazable, el muchacho de la imprenta! ¡Es horroroso! Sobre todo cuando usa botas que rechinan. Quédase en espera, paseando, en el patio o en el corredor; y aquel lento gemir de suelas tristes, cadencioso y acusador, alucina.

Y aquí, en nuestro gabinete, ¡qué pavorosa lucha!... Las cinco tiras de papel allí están sobre la mesa, lívidas, irónicas, vacías, y es necesario llenarlas todas, de arriba abajo, con cosas sacadas de nuestra cabeza. Es trágico. La parte del esqueleto humano a que se recurre primero es naturalmente al cráneo, depósito de

Biblioteca Nacional de España

ideas, impresiones, adjetivos y teorías; se aprieta uno el cráneo con las manos trémulas; se sacude el cráneo como una vieja faltriquera; nada sale del cráneo. ¡Y las botas a lo lejos crujiendo!...

¡Maldición! Se recurre entonces al pecho, asilo de los afectos, de los sentimientos generosos. Tal vez de allí salga un canto, un grito, un apóstrofe. Se araña convulsivamente el pecho; se golpea desesperadamente en el pecho como en una puerta cerrada; el pecho permanece mudo como el cráneo. ¡Y las botas a lo lejos crujen!...

¡Infierno! Y entonces los creyentes rezan a la Virgen María; los ateos invocan la muerte, el dulce aniquilamiento de la materia; los más violentos piensan en atraer al mozo de la imprenta con palabras dulces, cortarlo en pedazos con una navaja de afeitar, esconder los fragmentos en la alacena doméstica... ¡Y las botas, allá en el fondo, irónicamente crujen!...

¡Ah, querido Chagas, de ahí vienen las canas precoces! ¿Sabe usted lo que yo hice en una de estas agonías, sintiendo al muchacho de la imprenta toser en la escalera, y no pudiendo arrancar una sola idea útil del cráneo, del pecho o del vientre? Agarré ferozmente la pluma, y medio loco, di una tunda desesperada al Bey de Túnez. ¿Al Bey de Túnez? Sí, mi querido Chagas, a ese venerable jefe de Estado, a quien yo nunca viera, que nunca me hiciera mal alguno y que incluso creo que en esa época había muerto. No me importó. En Túnez siempre hay un Bey; lo aniquilé...

Por eso yo comprendo muy bien que usted no me pudiese citar. ¡Qué demonio! Si me citase, ¡adiós, bellas frases! ¡Adiós, bello patriotismo! ¡Adiós, bello

Biblioteca Nacional de España

artículo!... Y usted oía en el corredor las suelas malditas crugiendo. Tal vez yo, en su caso, hubiese hecho algo peor...

¿Comprende ahora el lector las razones de orden íntimo que impidieron a mi amigo y colega Pinheiro Chagas el citarme?... Bien; déjeme entonces ponerle delante de los ojos otro párrafo de la *Gazeta de Noticias*. Escribí yo: "Pero la verdad es que en una época tan intelectual, tan crítica, tan científica como la nuestra, no se logra la admiración universal, ya sea una nación o un individuo, sólo con tener comedimiento en las calles y pagar lealmente al panadero. Son cualidades excelentes, pero insuficientes. Requiérese más; requiérese la fuerte cultura, la fecunda elevación de espíritu, la fina educación del gusto, la base científica, la cultura del ideal, que en Francia, en Inglaterra o en Alemania, inspira en el orden intelectual la triunfante marcha hacia adelante; y en las naciones de facultades menos creadoras, en la pequeña Holanda o en la pequeña Suecia, producen ese conjunto eminente de sabias instituciones, que son, en el orden social, la realización de formas superiores de pensamiento."

Este debía ser (y creo que realmente es) el punto de discusión entre nosotros. Yo digo que Portugal, en esta época en que no puede hacer conquistas ni tiene ya continentes que descubrir, debe esforzarse por lograr un puesto entre las naciones civilizadas, por su educación, su literatura, su ciencia, su arte; probando así que aún existe porque aún piensa... Fuimos grandes, por lo que antaño hacía grandes a las naciones: la fuerza; procuremos hacernos fuertes, por lo

Biblioteca Nacional de España

que hoy hace a las naciones fuertes: la idea. Fué esta noble superioridad la que yo deseé a mi patria.

Usted, mi querido Chagas, responde a esto que Portugal no necesita ciencia, ni gusto, ni arte, ni literatura, ni cultura, ni un conjunto de sabias instituciones; y que desearle tales ventajas es insultarlo... Y usted da la razón porqué Portugal no necesita nada de esto: es (dice usted), porque Portugal antaño poseyó Cochim y Cananor, y porque el nombre portugués es respetado aún en Ceilán. ¿Por qué no lo había dicho hace mucho tiempo, mi querido Chagas?...

Estoy vencido. Yo, que como usted afirma, soy un ignorante, no sabía realmente nada de ese respeto que nos tributa Ceilán. Pero ahora veo con evidencia que Portugal no necesita ni fuerte cultura intelectual, ni educación científica, ni elevación de gusto; no necesita tener escuelas ni saber leer; esos esfuerzos son para Francia, Inglaterra, Alemania, países no privilegiados. Portugal lo tiene todo garantizado: su grandeza, su prosperidad, su independencia, su riqueza, su fuerza, desde el momento en que (según usted lo afirma con la autoridad de su saber) hay en los mares del Oriente una isla donde, debajo de un cocotero, a la orilla de un arroyo, andan cuatrc indígenas, de caperuza blanca y taparrabos sucios, ocupados en estar en cuclillas adorando y respetando a Portugal...

En efecto, Portugal, teniendo esto, lo tiene todo. ¿Usted está bien cierto de que los indígenas existen allá debajo del cocotero? ¿Nos asegura que se hallan allí comiendo banana, o tejiendo esparto, o pensando en el Budha divino? ¿Nos asegura que, día y noche,

Biblioteca Nacional de España

no hacen más que respetar a Portugal, allí firmes, en cuclillas, debajo del cocotero? Bien. Entonces somos grandes; ¡es evidente! Somos fuertes; ¡está probado!...

No; no, buen Pinheiro Chagas; no, yo no "zaherí a la patria", como usted dice con su pluma de ganso, trémula de horror. Solamente que amo a mi país, de un modo distinto, de un modo íntimo, y burgués como yo; es por eso por lo que no nos comprendemos. No siendo poeta ni orador, como mi querido Chagas, no puedo dedicar cantatas a la patria, ni balancear delante de ella, como incensarios, las frases crujientes de donde surge un aroma. En un alma discreta de burgués no hay lugar para esos grandes soplos patrióticos que atraviesan las almas del trovador, amplias y profundas como el mar. En nosotros no es por gorjeos de ruiseñor parlamentario, por apóstrofes balbuceados a los pies de las Molucas, por sollozos de un pecho ahogado de éxtasis, por serenatas y endechas, como se traduce el amor del país; es por emociones pequeñitas, triviales y caseras, que poca relación tienen con la estruendosa toma de Ormuz; emociones de burgués que vive en el extranjero en un rincón solitario de su hogar de solterón.

No se las describo, porque temo su sarcasmo. Pero, en fin, para que no sea yo solo en reírme, en esta carta, ahí entrego a su justa hilaridad esta ridícula confesión: es verdad, amigo; es verdad, veo con un secreto enternecimiento desde aquí a veces, en días de fiesta, colgando de una hermosa ventana, sobre su hermoso campo azul y blanco, la venerable ima-

Biblioteca Nacional de España

gen de las Quinas (1), que no tiene culpa de las odas en que sirve de rima, ni de las arengas en que sirve de tropo, y que allí se balancea a la brisa extranjera, modesta y grave, como conviene a quien vió tanto peligro y tanto mar...

Usted, bien lo sé, encuentra esto risible. Pero ¡qué diablo!, usted es un poeta, un orador, un luchador; yo soy sólo un pobre hombre de Povoa de Varzim (2).

Creo que hemos conversado bastante. No terminaré, con todo, sin aludir a una parte del artículo que no me parece prudente: es cuando usted habla de sumas recibidas de la *Gazeta de Noticias*, del alto precio en que me vendí para injuriar al país, etc. Yo bien sé que usted usó notables precauciones oratorias; mencionó el rumor y desmintió luego el rumor; tornó al punto a poner en pie el rumor y volvió a derribarlo con más furia. Esto es amable; pero, en fin, usted

---

(1) Es el emblema de la bandera de Portugal, que describe aquí Eça de Queiroz.—*N. del T.*

(2) Povoa de Varzim es un pueblo marinero del Norte de Portugal, de la provincia del Minho, donde se supone que nació Eça de Queiroz, en vista de este testimonio personal; pero hay biógrafos que sostienen que nació en Villa do Conde, pueblo inmediato. Antonio Cabral (*Eça de Queiroz; A sua vida e a sua obra; Cartas e documentos inéditos;* Lisboa, 1916) se inclina del lado de Povoa de Varzim, con el testimonio del padre, de la madre y de Ramalho Ortigão; Fidelino de Figueiredo, en cambio, defiende el nacimiento en Villa do Conde *e não em Povoa de Varzim, como por un melindre familiar fez crêr.* (Vid. *Historia da litteratura realista*, cap. IV, pág. 117; Librería Classica Editora; Lisboa, 1914.) El resumen de esta discusión puede leerse en mi artículo "Eça de Queiroz", en la revista *Estudio*, de Barcelona; Octubre de 1918.—*Nota del Traductor.*

Biblioteca Nacional de España

traicionó la confidencia que yo le hice (1). ¿Acuérdase, Chagas? Fué en aquella noche de tormenta, en la encrucijada, a pocos pasos de la capilla solitaria donde estaban doblando a difuntos. Yo llegué rebozado en un manto color de tiniebla, el puñal al cinto, dejando en la sombra un tintinear de espuelas. Un relámpago fulminó y hubo un *trémolo* en la orquesta. Hasta yo le dije, me acuerdo bien:

—¡Mi querido Chagas, esta situación patética parece incluso inventada por usted, amigo!...

Usted respondió ingeniosamente:

—Lo parece. Yo habría colocado alguna luz eléctrica iluminando los ropajes de una virgen cuya alma el mundo no comprende...

Entonces yo le arrastré al pie del crucero donde brujuleaba una lámpara; y sentado sobre las gradas de piedra fría, comencé a contarle mi secreto: que la *Gazeta de Noticias* me daba un millón (¡un millón en oro!) para que yo injuriase semanalmente a Portugal, echase veneno en los manantiales del Alviela e hiciese saltar con dinamita la estatua de Camoes...

¡Usted tembló, amigo! Y me murmuró al oído estas palabras:

—Prudencia, prudencia...

Yo repliqué con furor:

—He de beberle la sangre a Portugal. ¡He de bebérsela!...

Un trueno retumbó. Sobre uno de los brazos de la

(1) ¡Adviértase desde este párrafo la transición del tono satírico y, a veces, agresivo contra Pinheiro Chagas al tono de pérfida ironía fina, apta para eludir al lector incauto.—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

cruz graznó un mochuelo. Y separámosnos en el camino negro cuando daba la media noche en la torre de la Catedral.

Usted me había jurado secreto. Ahora viene a publicarlo todo en *El Atlántico*. ¡He de asesinarle en el quinto acto!...

Ahora a otra cosa, mi querido Chagas. ¿Conoce usted la historia del pueblo judío?... Pero, en fin, sabe que la Biblia, la Ley, el Talmud, Jehovah y otras instituciones terribles prohiben a los israelitas comer tocino...

Un día, en un *lunch*, un judío es convidado por la señora de la casa a servirse fiambres. El hombre vacila, tentado por Belzebú. La sonrisa de la dama era adorable; el interfecto, colorado y tierno... Pero ¿y la ley santa? Una raza, tan maltratada ya por su Dios, no se arriesga fácilmente a injuriarlo.

Por fin, sucumbiendo a la gula, el buen israelita extiende la mano trémula a escondidas (¡a escondidas de Jehovah!) y recoge sutilmente en el plato una gorda loncha de fiambre .

Inmediatamente en el cielo, que estaba torvo y cargado, revienta un trueno enorme.

—¡Ahí está!—exclama el hijo de Israel, dejando colgar desconsoladoramente los brazos—. ¡Siempre la misma exageración!... ¡Todo ese barullo cielos adelante por causa de un pedacito de tocino!...

Creo que esta será la impresión general con respecto a nosotros: estábamos haciendo mucho ruido por causa de muy poco tocino...

¡Y pensar, querido Chagas, que, mientras usted está ahí ocupado en componer en el *Atlántico* una for-

Biblioteca Nacional de España

midable ecuación algebraica para probar (¡Dios me perdone!) no sé qué cosas siniestras sobre las Molucas, mientras yo estoy aquí abandonándome a este charlar indiscreto;—el gran Darwin publica su libro sobre *El movimiento de las plantas;* el profesor Huxley lanza su gran manifiesto de *Educación científica contra educación clásica;* Zola nos da su prodigioso trabajo sobre *Gustavo Flaubert;* tantos otros trabajan y crean, y el Genio del siglo forja, con un ruido sublime, en su yunque de bronce y de oro, las palabras y las ideas que quedan... ¡Y nosotros aquí, escriboteando no sé qué cosas minúsculas, que apenas rasguean un momento sobre el papel y son luego polvo imperceptible!... ¿Usted no siente ganas de tirarse a un pozo? Yo sí las siento...

En todo caso, amigo, usted sabe cómo yo le estimo y cuán agradables me serán siempre sus artículos, aunque me inmolen en holocausto a Ceilán. Y después, querido Chagas, como a Ovidio desterrado entre los bárbaros, me es dulce todo lo que viene de ahí, de Roma, de la imperial Roma, llegándome en la cadencia de oro del hablar latino—con un aroma de los jardines de Augusto—aunque sean los blandos epigramas de Hyginus...

Afectuoso apretón de mano de quien es amigo y cofrade,

et nunc et semper,

EÇA DE QUEIROZ

Bristol, 28 de Enero de 1881.

Mi querido Pinheiro Chagas: El *Atlántico*, sorteando los temporales, no me trajo hasta hoy sus dos car-

Biblioteca Nacional de España

tas, ambas muy joviales, muy eruditas ambas. Y creo realmente que podemos acabar aquí este memorable encuentro.

Estamos hace unas semanas, en este circo de azar, trocando golpes espaciados y blandos, delante del César que, bajo el velario de púrpura, no repara en nosotros; delante del grupo de caballeros ocupados de las cosas superiores de la vida—la renta de la casa, el enamoramiento y la política—; delante de una Plebe que, en estos tiempos de miseria y de frío, sólo puede pensar en la lumbre y en el pan, ¡desgraciada de ella!, cuando los tiene; y delante de las Vestales... Tal vez sea mejor no hablar de las Vestales...

Si le parece, pues, aprovechemos esta indiferencia del Anfiteatro para deponer subrepticiamente las armas en el suelo y conversar aquí en un rincón, limpiando los chorros de sudor sobre el yelmo... ¡Pues, amigo Chagas, la cosa estuvo linda! Y sus tres artículos han de quedar, indiscutiblemente, como tres ricas y considerables piezas de prosa. Lo que los estropea, a mi ver, es el encarnizamiento excesivo con que a cada paso usted apostrofa mi ignorancia; y el deleite baboso con que constantemente alude a su sabiduría...

Por lo demás, un espectáculo delicioso; y sólo lamento que no estuviese presente Moliere. A él pertenecía (a él, o tal vez a Henri Monnier) (1) este hermoso documento humano. Pinheiro Chagas, nuestro amable

---

(1) Todo el mundo sabe que este gran dramático francés del siglo pasado, es el creador del tipo inmortal de Mr. Prudhomme.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

Pinheiro Chagas, con la frente alta y la mano en la cintura, hablando de la teoría del medio, de los procedimientos científicos, de la crítica científica, del positivismo, de la raza latina, del saqueo de Roma, de Maquiavelo, del asesinato de Guisa y de San Francisco Javier; juzgando, con una ingenuidad que arranca lágrimas, que todos esos fragmentos de vieja fraseología crítica, recogidos entre el estiércol de vetustas *Revistas de Ambos Mundos,* que todos esos hechos y nombres, arrastrados desde hace varias generaciones por los compendios del liceo, son enormes revelaciones críticas, filosóficas e históricas, y volviéndose para mi humilde persona exclamando por encima del hombro, en un tono de piedad y desdén:

—¡Todo esto para usted, mi querido señor, son cosas completamente nuevas!...

¡A mí, Molière! ¡A mí, Henri Monnier, descubridor de Mr. Prudhomme! ¡A mí, fino Labiche (1), de la Academia Francesa!...

Después, si yo, tímido y asustado, aventuro una opinión, usted, mi querido Chagas, inmediatamente, dando un puntapié a las restricciones que la urbanidad impone a la infatuación, ¡clasificala de *disparate!* (textual).

¡A él, Lord Chesterfield! ¡A él, Marqués de Coislin!

---

(1) Eugène Labiche (1815-1888), en el auge de su reputación, por lo tanto, cuando Eça escribía estos párrafos, fué comediógrafo de gran fama, autor de muchas piezas teatrales, entre las cuales sobresalen *Le chapeau de paille d'Italie, L'affaire de la Rue Lourcine, Le mysanthrope* y *L'Auvergnat.—N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

¡A él todos vosotros que marcasteis en la sociedad las reglas de la cortesía!...

¡Usted es terrible, Chagas! Ya se trate de un libro, ya de un raciocinio, ya de un héroe, ya de un sistema, he ahí que usted apunta con el dedo y exclama con tedio:

—¡Vean aquello! ¡Qué ignorancia! No leyó nada... No sabe nada...

Después, una pausa. Y poniéndose bien en evidencia, batiendo en la barriguita pedagógica palmaditas acariciadoras, he ahí que usted murmura hacia ambos lados, bañado en risa y gozo:

—¡Ahora, miren para mí! ¡Vean esto! ¡Qué sabiduría! Lo leí todo, lo sé todo...

Tal vez usted repruebe, amigo, esta manera de apreciarle, trazándole el contorno y sorprendiéndole el movimiento, en una crítica dramatizada y llena de colorido. ¿Qué quiere, Chagas? De su carta no me quedó la impresión de una idea, sino sólo el recuerdo de una actitud; de suerte que, para juzgarla, he de emplear, no los métodos del raciocinio, sino las artes del dibujo.

Por lo demás, querido Chagas, usted tiene razón. Nadie ignora que yo soy un camello. Mi puesto no está aquí, en el *Atlántico;* está allá, a lo lejos, en la extensa fila de mi caravana, por el desierto adelante, en derechura a la costa del Hedjaz, llevando un fardo entre las dos jorobas, rumiando la ración de cardos, con los ojos cerrados y el labio colgante, balanceándome en cadencia, a la melopea de marcha que el guía va cantando a las estrellas. Mientras que usted, la sabiduría misma, con todos los atributos divinos de la antigua Minerva, de la Palas vencedora, de la luminosa patrona de

Biblioteca Nacional de España

Atenas; usted lleva el casco, la lanza, la doble coraza de oro sobre los dos senos y la túnica cayéndole en pliegues dogmáticos; así se explica el nimbo color de aurora que le cerca y el suave aroma de ambrosía y de rosa que de usted se exhala. Usted es Minerva, usted es diosa...

Solamente déjeme recordarle que Minerva era modesta. En general, los dioses eran modestos; mezclándose tanto en la vida de los hombres, temían mucho a su sarcasmo. Y los hombres mismos, actualmente, cuando tienen algún valor, son siempre modestos. Las grandes ínfulas de sabihondo, como las ínfulas de ricacho, como las ínfulas de valentón, pasaron totalmente de moda. Hay hoy en las sociedades cultas un tono general de buen gusto, de ironía, de fino sentido, que ponen muy pronto en su lugar a los fanfarrones de la sabiduría, del millón o del músculo.

Al nabab que nos agita delante de la faz una bolsa llena de oro, diciendo: —*¡Pobretones! ¡Yo soy rico!*—, se le responde tranquilamente: —*¡Tal vez; pero eres grosero!...*—. Al matasiete que nos muestra sus puños de Sansón y nos grita: —*¡Cobardes, yo soy fuerte!*—, se le replica fríamente: —*¡Tal vez; pero eres brutal!*—. Y al sabihondo que, con cuatro volúmenes debajo de cada brazo, nos venga a decir desde lo alto: —*¡Ignorantes! ¡Yo soy sabio!*—, se le contesta serenamente: —*¡Tal vez; pero eres pedante!...*

Y este tono, mi querido Chagas, es indispensable. Si no, los ricachos, los valentones y los sabihondos, coligados entre sí, harían bien pronto la sociedad inhabitable. Estas cosas pasan así en las relaciones de hombre a hombre; pero, evidentemente, otro y muy diverso

Biblioteca Nacional de España

es nuestro caso. Yo (como usted dice) soy un camello; usted (como yo afirmo) es Minerva. Está claro que deben ser reguladas por una ley diferente las relaciones entre una diosa y una bestia de carga.

Esto, en cuanto a la forma, querido Chagas; en cuanto al fondo mismo de nuestra copiosa discusión, me ensoberbece el ver que usted, en estas últimas cartas, trae a mis ideas el formidable apoyo de su supradicho saber. De hecho, esas cartas, si las despegamos las ricas lentejuelas de su estilo, si las despojamos de su hermosa ornamentación científica, nos aparecen simplemente como la comprobación desenvuelta de mis ideas y de mis palabras; palabras e ideas que ahora me vuelven revestidas de una autoridad imprevista y suprema.

Tomemos, por ejemplo, esa fatal frase de la *Gazeta de Noticias*, en que yo osé decir que "nuestra dominación en Oriente fuera un monumento de ignominia". ¡Al principio, su furor fué grande, Chagas!... Esa frase humilde, compuesta de cuatro palabras, la atacó usted, fiero y carnicero, con un aparato de erudición suficiente para demoler los cimientos de una obra en veinte volúmenes!... La frase resistió, sin embargo. Después, yo lo perdí de vista; usted había partido desvariado, dentro de una nave, y andaba gritando cosas patrióticas, allá lejos, muy lejos, por el Indostán, por Ceilán, por las playas de las Molucas!...

Ahora, en esta penúltima carta, usted aparece, al regreso del viaje, más circunspecto y más grave; y apretándome enternecidamente la mano, confiésame "que nuestra dominación en Oriente fuera, en efecto, un monumento de ignominia". Y pruébalo usted; pruébalo con un prodigioso lujo de saber. Extiende por *El At-*

Biblioteca Nacional de España

lántico el hazañudo sudario de las históricas torpezas; allí se ve al famoso D. Duarte de Menezes pirateando; allí se contempla al terrible Alfonso de Alburquerque degollando al infeliz moro de Ormuz!... Y su justicia, tardía, pero implacable, va ahora por esa historia adelante, arrancando a cada estatua su dorado ficticio: Vasco da Gama, cuyas cenizas usted ayudó a transportar en una gran apoteosis cívica, es ahora solamente un criminal y un asesino, según usted. Ese D. Francisco de Almeida, causa de tanto elogio, es, según usted dice ahora, un siniestro autor de bárbaras carnicerías. Su gráica descripción de la toma de Dahul me heló la sangre. ¡Y al leerlo, todos nuestros héroes del siglo XVI me aparecen como una turba bestial de furiosos irresponsables, asolando tierra y mar!...

Y aun exclama usted que las infamias son tan numerosas, tan vastas, que con ellas puede llenar dos gruesos volúmenes. ¡Dos gruesos volúmenes empleados en hacer una carnicería crítica de todos los varones ilustres de la patria!... *¡Dos gruesos volúmenes!* ¡Ah, Chagas injusto, Chagas parcial!... ¡Y truena usted contra mí por haber compuesto *una sola frase!*...

Pero añade usted que si yo tuviese el menor concepto de la crítica histórica (a más de mis dos jorobas de camello), debía considerar que estos hombres, viviendo en el siglo XVI, participaban de la ferocidad de su época. Y es cómico verle argumentar conmigo, como si yo, sobre el asunto, hubiese escrito un *infolio!*... En esa frase corta, hecha de cuatro palabras, ¿cómo podía yo incrustar todos los desenvolvimientos críticos, científicos, filosóficos que usted reclama?... Aún así no di a entender que las conquistas de Oriente se hubiesen

Biblioteca Nacional de España

realizado ayer por la noche en el callejón venerable del *Fala-só* (1), o dentro del Arca, bajo el ojo paternal de Noé. Sí, amigo; fué en el siglo XVI, y dejo incluso pasar esa idea nebulosa que usted me parece tener del Renacimiento, considerando una era bárbara lo que, en realidad, fué todo un mundo de humanidad y de simpatía universal; como no discuto esa comparación del saqueo de Roma, que no fué una expedición como las nuestras a las Indias, organizada por un Estado civilizado, sino una feroz correría de mercenarios, de demagogia militar (que nada tenía de común con los ejércitos imperiales de Carlos V); anarquía armada semejante a la de los mercenarios que atacaron a Cartago; multitud de rapiña a quien el hambre impelía, donde Borbon no era un jefe único, sino un rebelde más.

Sin embargo, no son estos los puntos que yo traté. Aquí está mi punto particular; di una línea, un resumen de una época, y usted, hombre de erudición, acumulando hechos sobre hechos, prueba que mi resumen fué exacto. Parece, pues, que habiendo concordado usted con mis conceptos, sólo nos queda que caigamos uno en los brazos de otro, con un grito de reconciliación. ¡No! Porque usted aún está enfurruscado. ¿Por qué? Porque yo he ido a beber mis informes a la *Historia de Portugal* del Sr. Oliveira Martins, en lugar de haber ido a buscarlas con solicitud a su *Historia de Portugal*, a la *Historia de Portugal* de Pinheiro Chagas. Yo com-

(1) El callejón del *Fala-só* o "Habla solo" en castellano es uno de los callejones más típicos y arcaicos de Lisboa.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

prendo el furor de un historiador, con etiqueta y puerta a la calle, al ver a un parroquiano ir alegremente a proveerse de ciencia a la *Historia* del vecino y del rival. Son momentos que bastan para depositar en un alma de compilador o de tendero capas insondables de hiel. Y el mismo público, el público serio, constitucional y parlamentario, puede extrañar tal vez que yo, teniendo aquí la *Historia de Portugal* de Pinheiro Chagas, monumento, sin duda, grandioso, de donde brota por cañería de oro el puro y fuerte chorro de la Verdad, fuese a beber en la *Historia de Portugal* de Oliveira Martins, fuente hecha con un ladrillo entre dos hierbas, de donde gotea espesamente la baba densa del error!... Mi comportamiento parece, en efecto, una ofensa a todas las leyes humanas; pero yo voy a justificarlo...

Conociendo bien, mi querido Chagas, sus bellas obras de teatro, de polémica, de poesía y de crítica, ignoraba totalmente que fuese usted un historiador y hubiese escrito una *Historia de Portugal*. Sabía de fijo que usted publicaba estudios, fragmentos, episodios, constituyendo una interesante serie de ensayos históricos; y a ellos aludí cuando procuré analizar su organización de brigadier. Encontré también en las *Notas sobre la historiografía en Portugal*, del Sr. Oliveira Martins (¡siempre este hombre fatal!) (1) la mención de "una compilación que dió a luz, bajo el título de *Historia de Portugal*, una Sociedad de literatos (el Sr. Pinheiro Chagas)". Y de esta curiosa frase deduje, como todo el mundo deduci-

(1) Esta misma frase que aquí emplea Eça con ironía cariñosa, aplicándola a Oliveira Martins, la utiliza en otro de sus ensayos para abominar del supracitado Pinheiro Chagas (*¡siempre este hombre fatal!*).—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

ría, que algunos literatos habían compilado una de esas historias anecdóticas y populares que publican las *Bibliotecas recreativas*, y que usted había sido encargado por el editor de planear, dirigir y revisar esa recopilación. Francamente, pensé eso; veo que cometí un error abominable. Usted, en efecto, había escrito una *Historia de Portugal*, bajo el numeroso seudónimo de una "Sociedad de literatos", precisamente como se puede publicar un poema bajo este seudónimo múltiple: "Las once mil vírgenes" o una opereta por "Una Sociedad filarmónica". Ahora que sé que ese trabajo existe, y que debe ser (si usted puso en él la elevación y la elocuencia de sus demás libros) una obra fuerte, sólida y bella, iré a aprender, de ahora en adelante, a amar mejor a mi patria.

Hay otro punto en que también le agradezco haber convenido conmigo: acerca del *patriotismo*. En su primer artículo, usted se mostró (como se ha mostrado desde el día en que tan gloriosamente se estrenó en las letras) partidario apasionado de ese patriotismo que predica que la mejor manera de solucionar el conflicto de la vida contemporánea es ir a contemplar el brillo de las glorias pasadas. Patriotismo que entiende que, para tener derecho a un puesto respetado entre las naciones cultas, no necesitamos literatura, ni ciencia, ni arte, ni modales, ni buen sentido, ni buen gusto, sino que basta dar un barnizaje fresco a los viejos laureles de Arzila y mostrar al extranjero cómo refulgen aún... Yo, entonces, modestamente (como compete a un camello que deja su caravana para venir a agitar con hombres y entre hombres estas altas cuestiones), le recordé, mi querido Chagas, que había un patriotismo mejor: "el

Biblioteca Nacional de España

patriotismo activo que piensa, trabaja, crea, etc. (1).

Y usted podrá imaginarse el júbilo mío al verle ahora correr hacia mí y, arrojando lejos las creencias de toda su vida, como harapos importunos, gritarme, con los brazos abiertos, que sí; que sólo hay un patriotismo noble y útil: el que piensa, trabaja, crea, etc., etc. Y que el otro, aquel que usted canta hace quince años en folletín canoro y canora estrofa, es un patriotismo hueco, estéril y lamentable!... ¡Y todo esto lo dice usted con una exaltación de converso, los cabellos al viento, las pupilas inflamadas, usando mis propias frases!...

¡¡Muy bien, Chagas, muy bien!!... Sólo hay un pequeño incidente picaresco: es que usted, en ese impaciente fervor de que son atacados los que abrazan una fe nueva, olvidando que es sólo un neófito y juzgándose ya un Mesías, está predicando contra mí el sermón que yo, anteayer, prediqué contra usted. La carta que yo le escribí, predicándole la buena doctrina, me la remite usted a mí mismo, como suya, salpimentada con salsa fresca en derredor para que parezca un manjar nuevo. ¡Es el corintio convertido escribiendo a su San Pablo la carta a los Corintios!... Es el moro bautizado, el cristiano nuevo, que, en su entusiasmo de *parvenu* del catecismo, se vuelve a enseñar el Padrenuestro al prior que lo convirtió, exclamando con los ojos en llanto: "Prior, ¿cuándo dejarás de ser moro?..."

¡Y con las mismas frases, pérfido!... Yo le había dicho al oído: "Mi querido Chagas, nada de declamacio-

(1) Véase la primera carta a Pinheiro Chagas en páginas anteriores.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

nes; ¡es necesario trabajar!..." Usted se levanta ahora sobre las puntas de los pies, y grita: "¡Nada de declamaciones, amigo mío; es necesario trabajar!..."

Aos infieis, Senhor, aos infeis,
e nao a mim, autor do que escreveis! (1)

Disculpe esta correría dentro de los dominios poéticos; pero el júbilo de verle convertido ¡me hace desvariar!...

Parece, pues, que, concordando tan intensamente sobre la noción del patriotismo y sobre el juicio que debe formarse acerca de nuestro imperio en Oriente, sólo queda que caigamos uno en brazos de otro, con un grito de reconciliación. Usted termina su carta pidiéndome en un apóstrofe conmovido ¡que no desdeñe tanto a mi patria!...

Déjeme tranquilizar su corazón sobresaltado; hay cosas en mi patria que yo amo profundamente y hay hombres en mi patria que yo admiro profundamente. Solamente creo que nuestras admiraciones no son las mismas. Usted vive en un mundo ficticio, convencional, artificial, por el cual yo sólo me puedo interesar como artista, siguiéndolo con una mirada curiosa y triste por ese declive por donde va rodando al abismo; por otro lado, el mundo más vivo y real a que yo pertenezco, lo ve usted solamente a través de una vaga niebla mental que le falsea las proporciones y la verdadera significa-

(1) Estas dos estrofas súbitas, irrumpiendo en la prosa nítida de Eça, rezan así: "¡A los infieles, Señor, a los infieles, y no a mí, autor de lo que escribís!"—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

ción de las cosas. De modo que no podremos jamás entendernos...

No; me engaño. Hay un punto en que nos entendemos ricamente, una admiración en que estamos íntimamente de acuerdo! Ambos admiramos a un hombre profundamente, prodigiosamente: y ese hombre es usted mismo.

Con lo que soy, querido Chagas, servidor y amigo.

EÇA DE QUEIROZ

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XI

UNA PARTIDA JUGADA AL TIMES

Es al mismo tiempo lamentable y grotesco el caso acontecido al *Times*. Ese noble infolio diario, que inspira orgullo a todo inglés sinceramente patriota, y que a los ojos respetuosos del extranjero aparece como una de las más fuertes columnas de la sociedad inglesa, como la propia conciencia de Inglaterra puesta en letras de molde; este augusto periódico, que nunca, desde su fundación, citó el nombre de un colega ni jamás se rebajó a una controversia, por las mismas razones de inflexible etiqueta que vedarían a Luis XIV argumentar con Colbert; esta austera gaceta, que preferiría despedazar sus magníficas máquinas a consentir que imprimiesen un *bon mot*, una picardía, una linda bagatela o una jovial anécdota; este papel tan púdico, que evita el nombre de Zola como una indecencia; el *Times*, en fin, el venerando *Times*, fué víctima, últimamente, de una de esas *partidas*, como nosotros decimos; *facecias en acción*, como dicen los americanos, que son al mismo tiempo nefandas y risibles, que nos abrasan la faz de indignación y nos arrancan a los labios una sonrisa; que nos hacen vituperar públicamente al farsante y saborear secretamente la farsa, como si viésemos un rabo de papel pegado al manto del Rey

Biblioteca Nacional de España

o sobre los cabellos anillados de la imagen del Señor de los Pasos un sombrero de copa...

Todas las personas que han hojeado esos vastos lienzos de materia impresa que constituyen un número del *Times*, saben que la quinta parte está destinada ordinariamente a la publicación de los discursos pronunciados por hombres eminentes de la política, de la literatura, de la ciencia, del arte, en *meetings*, comicios, banquetes, inauguraciones, *conversazioni*, en todas esas reuniones de *ladies and gentlemen* (señoras y caballeros), donde Inglaterra da curso a su tumultuoso flujo labial!... El *Times* es famoso por estas reproducciones. No son resúmenes ni extractos; son las arengas, palabra por palabra, exclusivamente taquigrafiadas para el *Times* por un personal experimentado, con las interrupciones correctamente transcritas, los murmullos religiosamente marcados, sin que les falte un *¡Señores míos!*, un *¡oh!* ni un *¡ah!;* y todas estas palabras revisadas, desmenuzadas, escrutadas, como si hubiesen caído de los labios de Sócrates o de Cristo predicando otro Evangelio.

Este solo servicio cuesta anualmente al *Times* millares de libras; pero le da la ventaja de ser el acta oficial del verbo público de Inglaterra. Todos los periódicos de Europa lo reconocen así; cuando se discute un discurso de Mr. Gladstone, una conferencia del profesor Huxley o un sermón del Arzobispo de Canterbury, se tiene presente como texto sagrado el texto del *Times*. Un orador puede negar la incorrección de un adjetivo, la violencia de un apóstrofe, cuando el apostrofe o el adjetivo hayan aparecido en los extractos rápidos de otro diario; nunca cuando hayan aparecido en

Biblioteca Nacional de España

las columnas infalibles del *Times*. Se sabe el gasto, el desvelo y la minuciosidad empleada para obtener la exactitud; y esa exactitud nunca es discutida.

Cuando el Sr. Gladstone, en la campaña electoral de Escocia, soltó la famosa invectiva contra el Imperio de los Hapsburgos, la protesta cortés del embajador de Austria estaba fundada en citas del *Times*. Un orador que, queriendo dejar un monumento sólido de su arte, publique sus discursos en volúmenes, los colecciona sobre el texto auténtico del *Times*. El *Times* tiene aquí el valor de una reproducción fotográfica. Insisto en esto para hacer más vivo el horror de la facecia.

Hace semanas, Sir William Harcourt, el Ministro del Interior, hizo un discurso en Mánchester; discurso considerable, muy anunciado, muy esperado, examinando todas las cuestiones que inquietan ahora a Inglaterra: la anarquía de Irlanda, el tratado de comercio con Francia, la intervención en Egipto, la creación del Gobierno municipal de Londres y otras cosas graves. Esta arenga, taquigrafiada por el personal del *Times* en Mánchester, telegrafiada a los escritorios del *Times* en Londres, fué leída y compuesta por los redactores, revisada por el secretario de William Harcourt, comprobada, releída otra vez y, por fin, definitivamente instalada en su página. Y aquí viene la facecia.

Pero es necesario primeramente, para mayor indignación y mayor gozo, conocer a Sir William Harcourt. De todos los miembros del Ministerio Gladstone, Sir William es el más austero. Ya su apariencia intimida: grueso, membrudo, de hombros compactos, con una faz imperiosa, pálida, rapada. Sir William tiene las líneas solemnes y marmóreas del busto de un César.

Biblioteca Nacional de España

Y dentro de esta forma romana habita un espíritu rígido de doctrinario; liberal (en comparación con el Marqués de Salisbury, que es cuadradamente feudal), Sir William representa en el Gobierno la tradición, la fórmula *whig*. Es el contrapeso conservador de este Ministerio radical; está allí como un bloque de granito constitucional para impedir que los otros ministros —Chamberlain, Sir Charles Dilke, los discípulos de Stuart Mill—se adelanten por el gran camino de la Revolución; y tiene por ello esa amplia solemnidad de modales, esa cadencia pomposa de expresión de quien se honra en guardar las cosas supremas: la Corona, la Iglesia, la aristocracia territorial, los privilegios, la integridad del Imperio... Es un solemne. Aun abrochado en su paletó, parece envuelto en una toga. Es moroso, macizo, incapaz de sonreir; tiene esa especie de majestad oficial que hace recordar al mismo tiempo a Guizot y a un elefante.

Y cuando la gente lo contempla en el Parlamento, grave, rígido, vestido de negro, no lo puede concebir en las actitudes triviales de la vida, fumando un cigarro en un sofá, con una pierna sobre otra; mucho menos de rodillas, con una linda mano de mujer entre las suyas, murmurando cosas tiernas y tontas. Y esto es lo que torna atroz y deliciosa la facecia...

El discurso solemne de este solemne estadista estaba, pues, paginado, dispuesto para pasar a las máquinas, cuando, aprovechando un momento en que la policía interior de los escritorios del *Times* había aflojado casualmente en su vigilancia, *alguien*, un monstruo, un criminal, sutilmente, de puntillas, fué hacia la plana donde estaba el discurso, arrancóle diez o doce líneas

Biblioteca Nacional de España

y sustituyólas por otras, compuestas de antemano, ¡pérfida y hábilmente compuestas!... ¡Y qué líneas, Dios mío!... Y ¿cómo podré yo, conservándome casto, explicárselas a los lectores de la *Gazeta de Noticias?*...

Estas líneas intercaladas en el severo discurso del severo ministro eran... (me estremezco de decirlo); eran líneas eróticas. ¡Era un grito convulsivo de desordenada lubricidad; era el rugido de una bestia agitada por todas las furias de Venus; era como ese ronco y seco bramar de los venados en los bosques, bajo la calma del estío; era el balbuceo ebrio de los Faunos de la fábula, del dios Priapo, de los Sátiros caprinos que vagaban por las laderas sagradas del Monte Olimpo, ululando, hollando la blancura de los lirios, violando el corazón de las rosas, arrojándose con empujes feroces de machos cabríos al entrever entre los ramajes de los olmos a las claras ninfas de las aguas!... Era todo esto y era algo más.

Y para refinamiento de la burla, esto no desentonaba, no chocaba, apareciendo bruscamente y sin ilación, como una ciénaga inmunda entre róseas flores de retórica. No; había sido *encajado* con una habilidad diabólica. Sir William Harcourt estaba acusando a los conservadores de afectar una patriótica melancolía en presencia de los supuestos peligros que, bajo el régimen liberal, corren los principios fundamentales del orden monárquico, la integridad misma de Inglaterra. Y aquí preguntábales naturalmente y en un espontáneo movimiento de oratoria: "¿A qué vienen esos gemidos? ¿A qué esa exageración de la tristeza pública? Seguramente, la cuestión de Irlanda y la de Egipto son graves;

Biblioteca Nacional de España

pero el Gobierno de Su Majestad sabe que las soluciones provechosas y gloriosas no tardarán en surgir... Nosotros estamos tranquilos. Yo, por mi parte, siéntome en la disposición de quien, después de cumplir un deber oficial, tiene para recompensa la sonrisa serena y aprobadora de la conciencia, etc., etc..."

Y, precisamente, aquí entraban las líneas perversas, naturalmente trazadas, desenvolviendo más esta afirmación del contento íntimo, mostrando la exuberancia de espíritu de un ministro gallofero que, en presencia del glorioso estado de la cosa pública, admite que el regocijo de la nación tome la forma excéntrica, pero disculpable, de una tremenda juerga, de un regodeo lascivo... Sir William proseguía (ya comprenden bien que yo uso sólo expresiones aproximadas y atenuadas; traducir a la letra lo que apareció publicado en el *Times* sería arruinar para siempre el crédito de la *Gazeta de Noticias*); Sir William proseguía: "Yo, por mi parte, estoy contento. Me encuentro hasta capaz de una bella locura... En efecto, ¿por qué no nos hemos de entregar a una rica juerga, con vino y mujercitas? ¡Oh, las mujercitas!... ¡Señoras que me escucháis, tirad sombreros y vestidos, y a juerguear y a correr un rico guateque!... *¡Evohé!* ¡Viva el libertinaje! ¡Ole, venga Champagne!... ¡Abracémonos, deliremos!..." Esto es sólo para dar idea; ¡lo que se leía en el *Times* tenía otra crudeza de expresión, otro arranque de orgía!...

Imagínense el efecto al otro día, cuando millares de números del *Times*, conteniendo esta abominación, penetrasen en esos recatados interiores ingleses, donde (según aquí dicen) habita el tipo superior de la fami-

Biblioteca Nacional de España

lia cristiana (1). El *Times* es el más caro de los periódicos, la hoja predilecta de la alta burguesía y de la banca. No se comprende a un *gentleman* inglés, de patrón clásico, sin haber recorrido por la mañana, concienzudamente, el *Times;* es como el corazón mismo de Inglaterra, que él siente un momento entre sus manos y donde comprueba cada día un aumento de fuerza, una pulsación mayor de vitalidad. Ordinariamente es al almuerzo cuando se lee el *Times;* y en esa mañana, viendo en la cuarta página, en grueso tipo de letra, EL DISCURSO DE SIR WILLIAM HARCOURT EN MANCHESTER;—se abalanzaba uno, naturalmente, a él con curiosidad, ya por el interés nacional, ya por la simpatía que inspira Sir William, su nombre histórico, la sólida pureza de sus principios, su alta posición...

¡Imagínense, pues, las escenas! Aquí es una anciana y devota Duquesa, llena de entusiasmo por las cuestiones sociales, que se repantiga en su rica poltrona de tapicería para saborear mejor la noble oratoria de Sir William, y que de repente se detiene, mira el *Times*, limpia los lentes, imaginando haber leído mal, vuelve a recorrer el período, pasa la mano trémula por el rostro, busca ansiosamente su frasco de sales, vuelve aún a comprobar si no la asedia una alucinación y, arrojando, en fin, a lo lejos la gaceta inmunda, sale de la sala con pasos de ofendida, pensando para sus adentros

(1) No se olvide que Eça de Queiroz escribe desde Bristol y desde Newcastle, donde estuvo de cónsul y de donde mandó a la *Gazeta de Noticias*, del Brasil, todos estos artículos, que luego habían de coleccionarse con el título *Cartas de Inglaterra.—N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

que esos son los resultados de un siglo de democracia, de materialismo y de libertinaje...

Más allá es un rincón de novios que, anidados en el mismo sofá, al pie de la estufa, con los brazos enlazados, recorren el *Times*, mucho menos por saber de la cuestión de Egipto que por leer el *compte-rendu* de otros casamientos elegantes o las noticias de París, donde proyectan ir a pasar su luna de miel; pero encuentran el discurso de Sir William, le lanzan una mirada distraída, cuando de repente les salta entre las líneas el chorro inmundo de los apóstrofes eróticos...

En otra casa es una fresca y rubia criaturita de diez y ocho primaveras, puro lirio doméstico, que lee el *Times* a un anciano tío general, atacado de gota, reliquia veneranda de las guerras peninsulares; el viejo escucha, poco atento a la política del día, que detesta, pero muy embebido en el encanto de aquella voz de oro a su lado; de repente, el pobre ángel tartamudea, se detiene, su rostro se enciende en color de rosa, tiembla, es tal su vergüenza, que le saltan las lágrimas de los ojos, y huye dejando el inmundo *Times* en manos del general asombrado; o bien (caso más grave), la dulce muchachita, en su candor de flor de estufa, no comprende, imagina que *aquello es política*, y continúa leyendo con su voz de oro, y el venerable tío oye de repente salir de los labios de botón de rosa, hechos sólo para murmurar lo que hay de más casto en la música de Wéber, una amalgama torpe de baboserías lúbricas...

¡Es tremendo! Y un rasgo curioso del incidente es que este negro atentado sólo fué descubierto en la redacción del *Times* a las once de la mañana; esto es: cuando el periódico ya estaba distribuído en Londres,

Biblioteca Nacional de España

llevado por los trenes de madrugada a todas las provincias y, por la línea de Dóver, a toda Europa!... La administración del *Times* telegrafió al punto a todos sus agentes en el mundo para suspender la distribución y *comprar a cualquier precio* los torpes números ya esparcidos.

Sólo estos telegramas costaron cerca de *dos mil duros* (1). Pero lo mejor del caso es que, apenas se supo la historia de la catástrofe y que el *Times* compraba a cualquier precio el número maldito, ese número convirtióse luego en un papel de crédito, base de especulación, con cotizaciones en el mercado iguales, si no mayores, a los fondos públicos de muchas naciones civilizadas. Yo sé de un restaurant que está abonado regularmente a cuatro números del *Times*, y que vendió sus ejemplares inmundos a dos libras cada uno.

Realizáronse, sin embargo, ganancias mayores. El *Times* no regatea: paga. Y hasta hoy se dice que en comprar esa fatal edición ha gastado ya cerca de *cuarenta mil duros*.

El autor de la facecia aún no se descubrió. Es, sin duda, un monstruo y seriamente merece la tremenda sentencia que de fijo le fulminarían los Tribunales ingleses si apareciera. Mas, por otro lado, considerando que cuarenta mil duros son una suma mínima para la fortuna del *Times*, y que esta gaceta austera lleva su pedantería y su engolado *puritanismo* hasta rechazar como obscena la mención de los libros de Zola y de otros realistas, yo no puedo dejar de pensar, con ráfa-

---

(1) *Dois contos de reis*, dice Queiroz. Un *conto* es, aproximadamente, la equivalencia de mil duros.—*T.*

Biblioteca Nacional de España

gas de regocijo, ¡que la Providencia tiene armas oblicuas y terribles!...

Nunca, seguramente, desde la invención de la imprenta, aconteció que un periódico publicase en su mejor página, en letras salientes, doce líneas inmundas de desfachatada obscenidad; y que el *Times* sea el primero que lo hace, el *Times*, el más pesado, el más moroso, el más solemne, el más pedagógico, el más reverente de todos los periódicos que han existido desde la invención de la imprenta, es, digan lo que digan, divertido...

Y para terminar, pido a las almas caritativas una buena carcajada a costa del *Times*.

Biblioteca Nacional de España

XII

MISTICISMO HUMORISTICO

Regresé. Es ahora cuando emigran las golondrínas. Anduve por los campos en este ambiente desfallecido del invierno otoñal.

Ahora, el azul está indolentemente bello. Tiene casi una irónica serenidad. Es el azul intenso, frío, triunfante. Tiene la luz, la belleza, la fuerza, la inefabilidad. Ahora, la luz de los campos se arrastra por las grandes aguas quietas y pálidas, donde el viento revuelve y esparce la agonía de las hojas.

Cuando volvía, vi una casa pequeña, blanqueada, escondida entre las bendiciones de los árboles. Tenía la serena quietud de quien haya oído secretos extáticos, y era triste y religiosa como la entrada enmohecida de un convento católico. Había una corriente de agua tenue que hacía murmullos claros y era como el acompañamiento natural y melódico de una égloga latina. Entre los árboles estaba un banco solitario, que el musgo iba cubriendo. En las plantas, en las clemátides, en las trepaderas que lo cercaban, había un murmullo como de voces distantes que cuentan felicidades perdidas. La piedra oscura y mojada del banco tenía la tristeza de las piedras del cementerio, la luz conso-

NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

ladora, purificadora y blanca que cae de los cielos otoñales.

Ahora, sobre aquel banco duerme estirada la luz del sol, y a la noche, la luna, porque ya no hay en aquella casa enamorados contemplativos que vengan de noche o en la siesta a despertar, para poder sentarse allí, aquellos durmientes de luz.

Aquella casa abandonada evoca amores místicos, y cuando se ve a la luz doliente del oscurecer, hace subir del corazón como un sabor de besos antiguos y olvidados.

Los árboles erguían en actitudes violentas y proféticas sus brazos desnudos, helados, suplicantes, hacia el azul frío, esperando en el entorpecimiento la fermentación violenta de las savias. Los ramajes fríos y nítidos dejaban pasar, indiferentes, sin suspenderlas, sin acariciarlas, las muelles desnudeces de las nubes.

Toda la naturaleza, en tiempo de los fríos, está impasible y soñolienta.

Pasé por un cementerio. Andaba un sepulturero abriendo fosas. Tenía un rostro inerte y animal. La luz disipábase, y una estrella que se llama Venus lucía metálica, ardiente, henchida de deseos, fulgurante en un fondo siniestro de ramajes.

El sepulturero es un sembrador. Siembra cuerpos. Sólo que no tiene la esperanza ni el amor de las cosechas. ¿Quién sabe si los cuerpos, que se arrojan a la fosa, simientes fúnebres, se abren allá arriba en mieses divinas, de las cuales nosotros sólo vemos las puntas de las raíces, que son las estrellas? Pero no. El alma muere. El cuerpo revive y se deshace en la materia inmensa.

Biblioteca Nacional de España

Y en el alma es donde están las malas voluntades, los negros remordimientos, las laceraciones del mal; el cuerpo desciende libre, nuevo y sano a las oquedades fangosas de la sepultura.

Cuando llega el último frío, odios, amores, tristezas, envidias, melancolías, deseos, cansados de las luchas de la vida, dicen a la Naturaleza, como gladiadores vencidos: —*¡Los que van a morir te saludan!...*— Y mueren.

La vida y su suplicio es absorbida en la insensibilidad de la Naturaleza, en su silencio perpetuo, en su fuerza fatal y ciega. Y la materia va por los aires, por las planicies, se sutiliza en las sombras, se vivifica en los rayos claros; es roca, selva, torrente, flúido, vapor, ruido, movimiento, estremecimiento confuso del cuerpo de Cibeles; y la materia siente la vida universal, la palpitación del átomo debajo de la forma, se siente bañada por las claridades suaves y por el olor de los henos, siéntese impelida hacia la luz magnética de los astros y dilacerada en los ásperos movimientos de la tierra. La materia tiene la augusta conciencia de su vitalidad. Y así, bajo su impasibilidad, hay una angustia inmensa, una vida ardiente, impetuosa, un alma terrible, ¡oh, formidable Naturaleza!...

La noche caía; de arriba venía una claridad láctea; pesaba un austero y lento silencio; la amplia blancura celeste era gloriosa; los pastores descendían al valle con los lentos rebaños balando; había por el aire una bondad indefinida, una virtud fluída; yo me acordaba de los Campos Elíseos, olímpicos y mitológicos, donde entre la claridad pasan las sombras heroicas, sere-

Biblioteca Nacional de España

nas, blancas, leves, llevadas por un viento divino. ¡Claridades sin sol!...

Yo iba escuchando los pasos de la dulce noche que venía caminando. Ibame hundiendo en el tedio, como un navío roto en una marea de equinoccio. Henchíanme el alma crepúsculos blancos. Entré en la gran arboleda negra. A estas horas, los linfáticos, los inocentes, los místicos, encuentran en las arboledas languideces y exaltaciones ascéticas. Pero yo temblaba entre el ramaje, inquieto como un mar, misterioso como un firmamento; temblaba como un hombre medroso que viese levantarse a un muerto. Toda aquella negra decoración de ramajes torcidos, de follajes lívidos, de silencios, henchíame de un terror profundo y trivial. La luz desvanecida, transfiguradora del Ocaso, daba a los troncos un extraño aspecto de luchadores, que vienen de andar entre la sangre y los incendios; las campanas distantes eran como voces indefinidas de miseria y de dolor.

Rugía un viento incesante y perseguidor. Los murciélagos volaban, y las aguas sonoras eran como voces vengativas y trágicas. La luna, anubarrada, pasaba por detrás de la empalizada de ramajes. El viento era ronco y lento como un canto católico de oficios. Y el graznar lento y arrastrado de los cuervos parecía una letanía bárbara de presbíteros. Los árboles enfermizos crujían al viento infernal; el aire estaba diáfano, lácteo y mortuorio. Las estrellas que aparecían tenían la mirada lancinante.

Llegué a la posada; en el piso bajo, en el lar, un fuego tenue lamía las paredes de la chimenea. La luz de mi cuarto tenía la lividez de los cirios, y el espe-

Biblioteca Nacional de España

jo tenía pálidos reflejos, como de sombras mitológicas que pasasen. Oíanse aullar los lobos.

Me acordé entonces de otras noches claras, dulces, lentas, en que el cielo derrama sonnolencias; entonces iba yo también entre árboles, y oía ondas sonoras de cánticos, que el viento hacía retemblar a través de la bruma, entre el acre olor de las eflorescencias. Aquellas voces claras eran dulces, santas, salidas de cristales, como veladas por un claro de luna... Eran como claridades sonoras de estrellas. Era una multitud de formas divinas que cantaban así; divinidades feéricas, *willis*, *nixes*, *peris*, hadas que pasaban ligeras sin despertar los ramajes adormecidos. Aquellas desnudeces celestes, hijas del fuego, flores del mal, ondas del aire, entrelazábanse, danzando en las oscuridades que las escintilaciones estelares franjeaban de palideces. En medio de las nieblas humanas hacían resplandecer delante de los ojos las visiones paradisíacas, las criaturas siderales de lánguidos misticismos. Ellas iban en aquellos brazos, blancas, rubias, llenas de lirismo, con los pies enrojecidos y lastimados de haber pisado auroras; iban rodando sobre la blancura sollozante de los lirios; y su voz triste ascendía entre el azul lácteo, hacia la luna llorosa...

Cuando estaba así en el cuarto de la posada, inerte como una momia, pensando en estas cosas, vi repentinamente, a través de los vidrios, aparecer la luna.

Ya no era aquella pura e inmaculada luna, color de ópalo, que derrama blancuras, como si a través del azul cayesen lirios. Era una luna metálica, fría, hostil, material como una moneda de oro nueva.

Aparecíaseme mortuoria y lívida, como una sombra

Biblioteca Nacional de España

difunta que se yergue en las gradas de un atrio. Y su mirada, lancinante y rápida, estaba llena de mis agonías...

Ahora bien; en esa posada encontré a un amigo, antiguo camarada que se hizo saltimbanqui.

Hizo bien. Cansado de los pedantes, de los burgueses, de los vientres mercantiles, de los imbéciles ahogados en gordura, se hizo saltimbanqui y vive entre los payasos. Levanta pesas, cubierto de harapos vistosos; engulle espadas; danza harto de vino, como un Sileno. Duerme sobre una capa hecha jirones, con la nuca sobre un tambor, al frescor de las estrellas y bajo la bondad de los claros de luna.

A veces tiene frío y hambre, y se hiela en unos calzones hechos de veludillo y de galones de oro. Anda errante de villa en villa, y el populacho del fango lo admira, ceñido de su diadema de metal luciente. Danza sobre la cuerda, y sus gestos y sus musculaturas hacen sollozar de deseos a las gitanas y a las hechiceras. ¿Qué le importan las grandezas y las materialidades de los felices?...

El tiene a la multitud extática y arrebatada en los giros de sus zapatos. Y tiene una amada de trenzas tan largas como los ramajes de un sauce y anilladas y fuertes como negros penachos de voluptuosidad; y su cabeza tiene un reflejo de luna, de mármol y de espejo, y tiene un bello seno de formas bárbaras.

El hace cabriolas a la noche, en el circo iluminado, mientras las golondrinas cantan en los cañaverales. Hace girar veinte puñales agudos en derredor de su cabeza, en un círculo puro y sonoro. Y la multitud, un día, viendo aquella diadema terrible y relumbrante y

Biblioteca Nacional de España

al saltimbanqui impasible, grave, enharinado, bajo aquella corona de luz, tómalo por un ídolo y le hace igual a los dioses!...

El, mi saltimbanqui, tiene el alma de oro y el corazón de diamante; y se ríe, se ríe, cuando el viento suena como flauta de invierno, y al concierto de las lechuzas y de las ondas, las estrellas danzan...

La miseria le anda cavando la sepultura. Un día, abandonado de la amada, morirá sin pan, sin luz, sin calor, sin oraciones y sin sol. Y no sufrirá más. Vió durante su vida a todo un pueblo encorvado, aplaudiendo, debajo de sus borceguíes... Los tambores y los clarinetes tocarán el día mejor del saltimbanqui, el día en que ha de morir; tocarán en su mejor día los timbales, los clarinetes, los tambores!...

Todas estas cosas aseméjanse a sueños. Pero ¿qué es sueño? ¿Qué son las visiones?... Son las actitudes, fantásticas y descoyuntadas, que la sombra da a las verdades. ¡Ya pensaba así el poeta Li-Tai-Pé, que escribía sobre las cosas sagradas de la China, entre porcelanas y lacas, al aroma de los nenúfares, vestido de sedas amarillas, perfumado de sándalo, dulce, contemplativo, blanco, delante de un jarrón de margaritas!...

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XIII

POSITIVISMO E IDEALISMO

I

Los espíritus serios de París y hasta los fútiles (pues que descubro una sombra en la faz de *Le Figaro*) han mostrado en estos últimos tiempos, y tal vez sentido, una preocupación ansiosa respecto de la "mocedad de las escuelas".

De este nombre colectivo, marcando clase y casta, se revisten dos o tres mil muchachos, ruidosos y desaliñados, que, en el Barrio Latino, en el País de la Bohemia, frecuentan las escuelas y, sobre todo, las cervecerías. No les acuso de esta frecuentación más especialmente festiva, porque desde Descartes y Spinoza la cerveza fué siempre una compañera y una inspiradora de la Filosofía. Solamente noto, y como un mérito de sus años alegres, que, si dedican su atención al libro, consagran su entusiasmo al bock; y hay así, en todos sus actos y palabras, a más de mucho raciocinio, mucha cerveza. Por *cerveza* entiendo el impulso y turbulencia de la sangre caliente. En todo caso, si algunos permanecen regalonamente en los bancos de la cervecería cuando se trata de los trabajos que la

Biblioteca Nacional de España

escuela impone, todos, sin que uno solo deserte, se escudan en la escuela y en sus bancos, en cuanto se trata de los privilegios que ella les confiere como sus hijos espirituales...

Uno de esos privilegios, y el más precioso para los estudiantes de las escuelas de París, es el poder apalear, con tranquilidad e impunidad, a todos aquellos que no compartan sus conclusiones o simplemente sus tendencias en materia de Filosofía, de Sociología, de Historia y de Estética. De este lado del Sena, en los barrios que no son latinos y que, por lo tanto, son bárbaros, el ciudadano que en un café dé bastonazos a otro ciudadano porque no admira como él el talento estridente de Sarah Bernhardt, o el antisemitismo rábico del Sr. Drumont, o simplemente las pintas de una corbata comprada en el *Bon Marché*, es sencillamente considerado como un bruto y lo conducen a empujones hacia la humedad de los calabozos.

Del otro lado del Sena, en los barrios latinos y, por lo tanto, de alta cultura, el estudiante idealista que en los patios de la Sorbona agarre por las greñas al estudiante positivista, lo aplaste contra una pared y le pruebe con una tremenda paliza la superioridad de Royer-Collard sobre Augusto Comte, es considerado como un entusiasta, protegido por la Policía en el legítimo ejercicio de su intolerancia metafísica y aplaudido paternalmente por viejos moralistas humanitarios, como el Sr. Julio Simón. Este dulce y antiguo privilegio, que viene ya de los tiempos de Felipe Augusto, cuando los "escolares" de la montaña de Santa Genoveva apaleaban regularmente a los sargentos del preboste de París, asaltaban la residencia de los legados

Biblioteca Nacional de España

del Papa, asolaban las tabernas, aturdían la ciudad con sus disputas teológicas, siempre bajo el patrocinio de los príncipes, han convertido en estas últimas semanas los patios de la Sorbona en *ululantes y polvorientos campos de batalla*, como dice uno de nuestros clásicos. En efecto, en esas querellas sólo hubo polvareda y gritos; pero el motivo que las provocó es en realidad más alto y de una importancia más universal que aquellos que han originado, desde la guerra de Troya, tantas guerras, donde mueren millares de hombres y se funden millares de duros. Y, sin embargo, aparentemente, el motivo fué sólo el profesor Aulard.

Este Sr. Aulard, hasta hace poco pacíficamente oscuro, es, a lo que parece, un jacobino que comenzó este año a dar en la Sorbona un curso especial de Historia de la Revolución francesa con la pasión y, por lo tanto, con la estrechez de miras de un sectario. No sé qué fecha de la Revolución estaba el Sr. Aulard comentando, y si aún iba en Mirabeau y en el humanitarismo o ya había llegado a Robespierre y a la sangre; lo cierto es que un considerable grupo de la "Mocedad de las Escuelas", irritada con esta apología del jacobinismo hecha en la Sorbona y con el positivismo predicado por el Sr. Aulard en conferencias a través del Barrio Latino, invadió las aulas, sofocó con berridos y silbidos la facundia del profesor, silbó ignominiosamente los inmortales principios del 89, apaleó sin piedad a los camaradas que estaban allí absorbiendo la buena doctrina positivista y revolucionaria. Estos son los escandalosos hechos; y la evidencia que de ellos resulta, desde luego, en que en esta mocedad, nacida y educada dentro del jacobinismo (e ideas congéneres)

Biblioteca Nacional de España

cuando era superiormente atractivo como partido de oposición al Imperio decadente—y aun después de la guerra de 1870, cuando se hizo superiormente influyente como partido de gobierno—, hay una gran masa, una mayoría, para quien ese jacobinismo es totalmente intolerable. ¡Tan intolerable que pretende expulsarlo de la enseñanza de las escuelas a bastonazos!...

Ya esto es extraño y grave. La gravedad y la extrañeza aumentan, sin embargo, cuando se comprueba que esta reacción no es solamente intentada contra la política, sino contra la estructura general de la sociedad contemporánea, tal como la ha creado el positivismo científico. Bajo todas las formas de la actividad pensante se revela, palpita en la generación nueva esta reacción, de un modo inarmónico, faltándole el esfuerzo y la convergencia hacia la unidad, pero fuertemente caracterizada por el propósito de mudar las fórmulas que gobiernan...

Así, en Historia, estamos asistiendo a la resurrección de la leyenda napoleónica que todos imaginaban enterrada para siempre en el funesto valle de Sedán. ¡Profunda equivocación! He ahí al emperador que vuelve en *redingote grise*, que circula triunfalmente por París, redivivo, aureolado en todos esos libros que se publican ahora cada día sobre él y sobre sus campañas, y sobre sus mariscales, y sobre sus proveedores, y sobre sus nervios, y sobre todo cuanto menudamente lo muestre en su imperialismo y en su humanidad.

Y cada página de estas se devora con pasión, como si los jóvenes se quisiesen consolar de la mediocridad sin gloria de la República burguesa reviviendo por la

Biblioteca Nacional de España

imaginación las aventuras, las marchas, las victorias, las fanfarrias de la epopeya imperial.

En literatura estamos asistiendo al descrédito del naturalismo. La novela experimental, de observación positiva, basada sobre documentos, terminó su misión (si es que jamás existió a no ser en teoría), y el propio maestro del naturalismo, Zola, es cada día más épico, a la vieja manera de Homero. La simpatía, el favor, van hacia la novela de imaginación, de psicología sentimental o humorística, de resurrección arqueológica (¡o prehistórica!) y hasta de capa y espada, con maravillosos *imbroglios*, como en los robustos tiempos de Artagnan.

En el teatro, aparte de una recrudescencia de fidelidad a la tragedia clásica (Racine es definitivamente Dios) y de una renovación del gusto por el drama romántico (*Hernani* volvió a tomar posesión de los corazones), vemos, con espanto, a la multitud correr al melodrama de 1830 y poblar los teatros populares donde se refugió con sus innumerables pasiones y terrores. Y al paso que algunas tentativas raras de comedia naturalista, llevada hasta los confines de la lógica de la escuela, son silbadas, repelidas, llevadas a la Policía correccional; el parisiense escéptico va a llorar con los dramas sagrados, los piadosos autos y misterios en que Cristo, amarrado a una cruz de cartón, sobre un Gólgota de bambalinas, promete en versos alejandrinos el sumo progreso espiritual, la evolución del hombre al ángel y un paraíso que nos compense sublimemente de los *boulevards* de este mundo. En poesía, la reacción es tan amplia que Coppèe y los poetas de la realidad

Biblioteca Nacional de España

están, a pesar de hallarse vivos, más olvidados que Florián y los bucólicos del siglo XVIII.

En boga están el *rutilante* Heredia, que nos canta fastuosamente los héroes y los semidioses, o bien los simbolistas, que con fragmentos esfumados de verbos y harapos indecisos de sentimiento, nos arreglan una de esas nieblas poéticas donde las almas tienen ahora la pasión de anidar, escondiéndose de la vida. En realidad, toda poesía es bienvenida con tal de que no nos cante *El cochero de ómnibus*, *La fiesta de Saint-Cloud* y *El pequeño tendero de Montrouge*, que aun hace quince años parecían ser los únicos temas dignos de las inteligencias positivas, ansiosas de realidad ambiente y de modernismo. De nuevo se reimprime y se lee con ternura a Lamartine... La luna de las *Meditaciones* pasa otra vez, pálida y dulce, sobre el lago; y el ruiseñor y Dios vuelven a entrar en la estrofa.

En las Artes plásticas, la reacción contra el naturalismo y *el aire libre* es decisiva. Sobre la exacta, luminosa, sana y suculenta pintura de la escuela francesa se va esparciendo, cada vez más densa, una niebla de misticismo. Todas las formas se afinan, se atenúan, se desvanecen en diafanidad; en el esfuerzo de poner en la tela un *no sé qué* que habita dentro de las formas, la pura esencia que sólo conserva el contorno indefinido de su molde material.

Ya muy rara vez se pinta el paisaje tal como lo vieron los claros y sinceros ojos de los Daubigny, de los Th. Rousseau; y la ambición es fijar por medio de manchas, de centelleos, de fondos, de sombras, de abstracciones, la emoción risueña o doliente que el paisaje da al alma. Los mismos retratos nos aparecen esfu-

Biblioteca Nacional de España

mados, envueltos en una ceniza dispersa de crepúsculo, como para desprender, en cuanto sea posible, al hombre de su carnalidad y no perpetuarle más que la semejanza del espíritu. Los temas preferidos son los que contienen el más sutil simbolismo; y los maestros admirados y seguidos son Burne-Jones, Moreau, Aman-Jean, que nos conducen la imaginación hacia el torvo país de los mitos.

II

Pero donde esta reacción contra el positivismo se manifiesta más decidida y franca es en materia religiosa. ¡Ah! Nuestro viejo y valiente amigo, el librepensamiento, está realmente atravesando una crisis... Tal vez la más aflictiva que ha afrontado desde que nació bajo los claros cielos helénicos y balbuceó sus primeras elucubraciones cósmicas y éticas sobre las rodillas de Thales y de Sócrates.

Este pobre librepensamiento está, en efecto, pasando por aquella tortura que él infligió al cristianismo en tiempos de Voltaire, que es la más humillante que puede sufrir una filosofía, y que consiste en ser zaherido, acribillado de chanzonetas, jaleado en las calles como un monigote de Carnaval. ¿Quién lo hubiera dicho? ¡El librepensamiento denostado alegremente en este siglo y en este París, que parecía ser su dominio feudal!... ¡Así es!... Y el propio Sr. Aulard lo confiesa; el Sr. Aulard, que es hoy el más glorioso paladín y como el Roldán del librepensamiento. En su último y muy famoso discurso a la *Liga Democrática de la*

Biblioteca Nacional de España

Mocedad (que fué una de las causas del estrépito y de los bastonazos) reconoce con melancolía que el librepensamiento está siendo más vilipendiado, en este París de la tercera República, que el catolicismo lo fué en el París de Luis XV, cuando Voltaire era rey. Y no sólo reconoce el hecho, sino que concede que en parte está justificado, "porque (añade el Sr. Aulard) ha habido realmente librepensadores muy fanáticos, muy estúpidos, muy groseros, muy intolerantes y muy soeces!" Así se lamenta el Sr. Aulard sobre las cimas de la Sorbona.

Y con razón se lamenta y se asusta, porque cualquier principio que resiste fácilmente al martirio, sucumbe a la burla... Sobre todo, cuando al mismo tiempo comienza a quedar *fuera de moda*, y se va haciendo tan imposible usarlo en la calle como una cabellera empolvada o unos calzones cortos. Ahora bien: el Sr. Aulard confiesa también que el librepensamiento está *fuera de moda*, entre la mocedad. Hoy, en este año de 1893, es de mal tono en París ser librepensador!... Es un rancio *chic* pseudo-científico, horriblemente burgués, que ningún mozo intelectual, de alma verdaderamente fina, y de alto estetismo, consentiría en adoptar y que se abandona a los viejos tenderos liberales, a los *prud-hommes* del jacobismo, de la especie grotesca de *Monsieur Homais* o de *M. Cardinal*, padre de las muchachas *Cardinal*.

Todo esto es desolador. Tanto más cuanto que al lado de este movimiento negativo contra el positivismo surge y crece paralelamente un movimiento afirmativo de espiritualidad religiosa. No es ya aquella vaga religiosidad que hace años apareció aquí, sobre

Biblioteca Nacional de España

todo en la literatura, mera forma de dilettantismo poético, que juzgaba refinadamente original el dar interpretaciones modernas a la ternura mística de San Francisco de Asís o al furor de sacrificio de los mártires del siglo III. Y no es tampoco seguramente en la mocedad, el propósito de ir moralmente a Canossa con las manos contritas a llamar a las puertas maternales de la Iglesia... ¡No!... Es otra renovada ansiedad de descubrir en este complicado universo algo más que fuerza y materia; de dar al deber una sanción más alta que la que previene el Código civil; de hallar un principio superior que promueva y realice en el mundo aquella confraternidad de corazones e igualdad de bienes que ni el jacobinismo ni la economía política pueden ya realizar; y de tener, por fin, alguna garantía de la prolongación de la existencia, bajo cualquier forma, más allá del mundo... Esta es realmente la gran ansiedad, porque cuanto más se agranda en actividad y se multiplica en fuerza la vida terrestre, de más acá del sepulcro, más se infiltra en el alma el ansia de *no cesar*. En suma, esta generación nueva siente la necesidad de lo divino. La Ciencia no faltó, es cierto, a las promesas que le hizo; pero es cierto también que el teléfono, el fonógrafo, los motores explosivos y la serie de los éteres no bastan a calmar y a dar felicidad a estos corazones mozos. A más de eso, ellos sufren de esta posición ínfima y zoológica a que la ciencia reduce al hombre, despojado por ella de la antigua grandeza de sus orígenes y de sus privilegios de inmortalidad espiritual. Es desagradable, para quien siente el alma bien conformada, descender del *protoplasma;* es más desagradable tener el fin que tiene una col a quien

Biblioteca Nacional de España

no cabe otra esperanza sino renacer como col. El hombre contemporáneo está evidentemente sintiendo la nostalgia de los tiempos gloriosos en que él era criatura noble creada por Dios y en su ser corría como otra sangre un flúido divino y representaba y probaba a Dios en la creación, y cuando moría volvía a entrar en las esencias superiores y podía ascender a santo o ángel.

Tan tumultuosamente esta generación nueva apetece lo divino, que, a falta de ello, se contenta con lo sobrenatural. Así sucede que, mientras algunos rondan ya con los brazos en cruz, en torno del cristianismo, y otros más osados penetran en la India a buscar el budhismo, hay un número considerable que se sienta en torno de una mesa o de un sombrero, y se instala cómodamente en el espiritismo. En París, en todas las grandes ciudades, donde el materialismo excesivo exasperó las imaginaciones, no se ven sino hombres inquietos llamando de nuevo a la puerta de los misterios.

III

Estos son los hechos visibles y diurnos. Y de ellos proviene la preocupación de los buenos espíritus que ya pasaron de los cincuenta años, con respecto a esta generación nueva que va a *entrar en la carrera*, como se canta en *La Marsellesa*, y dominar intelectualmente a su época. ¿Cuáles serán sus ideas (era la pregunta incesante) y cuáles, por lo tanto, las formas que mantendrá o innovará en la sociedad? Todos pensaban que continuaría la revolución, que sólo creería en la cien-

Biblioteca Nacional de España

cia y en los laboratorios, y sería jacobina, positivista y naturalista. Mas he ahí que de repente se revela y, por medio de bastonazos enérgicos, manifiesta que su tendencia es espiritualista, simbolista, neocristiana y místico-socialista. Es una sorpresa enorme y desagradable para el positivismo científico, que se consideraba el indiscutible señor de las inteligencias y de las voluntades, universalmente reconocido como único capaz, por la verdad y utilidad de sus formas, de dar estabilidad a las sociedades, y que de repente recibe en los hombros el bastonazo irreverente y rencoroso de la mocedad, que creció hasta ahora sumisa y contenta entre las promesas de su enseñanza.

¿Cuáles son las causas, cuáles las consecuencias de esta protesta? La causa es patente: está toda en el modo brutal y riguroso con que el positivismo científico trató a la imaginación, que es una tan inseparable y legítima compañera del hombre como la razón. El hombre, desde el principio de los tiempos, ha tenido (si me permiten renovar esta alegoría neoplatónica) dos esposas: la razón y la imaginación, que son ambas celosas y exigentes y le arrastran cada una, con luchas a veces trágicas y a veces cómicas, a su lecho particular; pero entre las cuales hasta ahora vivió, ora cediendo a una, ora cediendo a otra, sin poder prescindir de ellas y encontrando en esta cohabitación bigámica alguna felicidad y alguna paz. Así Arquimedes tenía por emblemas en su puerta un compás y una lira.

Sin embargo, el positivismo científico consideró la imaginación como una concubina comprometedora, de quien urgía separar al hombre; y apenas se posesionó de él, expulsó duramente a la pobre y gentil imagina-

Biblioteca Nacional de España

ción, encerró al hombre en un laboratorio, a solas con su esposa clara y fría, la razón. El resultado fué que el hombre comenzó de nuevo a aburrirse monumentalmente y a suspirar por aquella otra compañera tan alegre, tan inventiva, tan llena de gracia y de luminosos ímpetus, que desde lejos le hacía señas aún, le apuntaba a los cielos de la poesía y de la metafísica, donde ambos habían intentado vuelos tan deslumbrantes. Y un día no se contiene, derriba la puerta del laboratorio, aniquila al Sr. Aulard, que la custodiaba, y corre a los brazos de la imaginación, con quien se va a vagar de nuevo por las maravillosas regiones del sueño, de la leyenda, del mito y del símbolo.

En cuanto a que los hombres, desilusionados y aburridos de esa impostura, se vuelvan contritamente hacia la fe, Zola encoge los hombros lleno de incertidumbre, reconoce que el aire contemporáneo está, efectivamente, entoldado de espiritualismo y que lo más prudente para la generación nueva es *trabajar*, porque, bajo el dominio de la ciencia o bajo el dominio de la fe, el trabajo es el único promotor de la felicidad. Y los otros hombres ilustres dicen así igualmente cosas ilustres.

Yo, por mi parte, registro los hechos. Y pienso que ahora, que el hombre volvió a tomar posesión de su ardiente compañera la imaginación y volvió a probar francamente y *coram populo* las delicias que sólo ella le puede dar, no consentirá en estos años próximos que le secuestren a esa Circe adorable, que transforma a sus amigos, no en puercos, sino en dioses.

Por otra parte, tampoco es ya posible que con la experiencia de todas las comodidades, del orden, de las

Biblioteca Nacional de España

fecundas y útiles verdades que en torno suyo y para su grandeza y seguridad estableció, la razón huya del todo y se abandone por completo, como en la remota Edad Media, a la dirección ondulante y quimérica de la otra esposa: de la imaginación. Habrá, es cierto, entre los hombres que llegan, una reacción contra los rigores del positivismo científico. Muchas almas tiernas, apasionadas, heridas por el materialismo del siglo, se refugiarán en el desierto. El estridente tumulto de las ciudades, la exageración de la vida cerebral, la inmensidad del esfuerzo industrial, la brutalidad de las democracias, han de llevar necesariamente a muchos hombres, los más sensibles, los más imaginativos, a buscar el refugio del quietismo religioso, o, por lo menos, a buscar en el ensueño un alivio a la opresión de la realidad. Pero esos mismos no pueden ni destruir, ni siquiera abandonar, el trabajo acumulado de la civilización. Están dentro de ella, encarcelados en ella, y lo más que pueden es reaccionar, con su idealismo exacerbado, sobre el materialismo ambiente. Lo que sucederá es que, sobre muchos problemas que la ciencia no puede aún resolver, se vaya a ejercer, como un socorro imprevisto, la acción de la fe, de una fe renovada y transformada, acomodada a las exigencias de la civilización y de la propia ciencia, que podrá ser llamada neocristiana y que no será tal vez más que una especie de protestantismo, a lo Schleiermacher, filosófico y refinado. Es esta acción la que estamos viendo, aún vaga, pero ya viva, operar sobre las cuestiones sociales con el nombre de socialismo cristiano. En suma: parece cierto que, por algún tiempo, como sucede siempre en épocas como estas de grandes disolucio-

Biblioteca Nacional de España

nes de doctrinas, el mundo será atravesado, si no purificado, por un viento de espiritualismo...

Pero todo esto son tremendas cuestiones. Descendiendo de ellas más, especialmente para este renacimiento espiritual, para esta niebla mística que en Francia y en Inglaterra está envolviendo lentamente la literatura y el arte, yo pienso que será benéfica; benéfica como todas las nieblas saturadas de fecundo rocío, y de donde las flores emergen con más brillo, más color, más gracia y más dulzura de aroma. Nunca más nadie (es cierto), teniendo fijo sobre sí el ojo rutilante e irónico de la ciencia, osará creer que de las heridas que el cilicio abría sobre el cuerpo de San Francisco de Asís brotaban rosas de divina fragancia. Mas tampoco nunca ya nadie, por miedo de la ciencia y de las reprensiones de la fisiología, dudará en ir a respirar por la imaginación, y si fuese posible, a coger, las rosas brotadas de la sangre del santo incomparable.

Y esto es para nosotros, hacedores de prosa o de verso, una positiva ventaja y un gran alivio.

1893.

Biblioteca Nacional de España

XIV

EL ROMANTICISMO EN PORTUGAL

Carta a Carlos Mayer.

Mi querido Mayer:

En aquellos tiempos, según la fórmula del Evangelio, el romanticismo estaba en nuestras almas. Hacíamos devotamente oración ante el busto de Shakespeare.

¿Te acuerdas de tu habitación de la calle del Horno (me parece), en el último piso, casi en las confidencias humorísticas de las estrellas? El busto de Shakespeare, que era nuestro calvario de arte, estaba allí al pie de una medalla del Dante y de *La Inocencia*, de Greuze. Me acuerdo también de un grabado del *Juicio final* y dos bocetos holandeses. Sobre el estante, por encima de Voltaire, de Diderot, de Rousseau, de Mirabeau y de algunos volúmenes de la Enciclopedia, en un cuadro, la figura de Napoleón, sobre unas rocas enfáticas, contemplaba los llantos del mar y el vuelo de las gaviotas. Tenías también una colección de minerales y dos calaveras pulidas y lavadas, que reían serenamente. Mi cuarto, en el Salvador, era más austero. En la pared había pintada al carbón una gran cruz. En derredor estaban escritos versículos de la Biblia y dís-

Biblioteca Nacional de España

ticos de la *Imitación*. Pero, como yo anduviese en esa época constipado, P., un pagano, hizo raspar toda aquella decoración ascética, diciendo que el misticismo, prohibiendo el sol, el calor, los baños tibios, las franelas y todos los cuidados corporales, me era nocivo, y que el ateísmo era para mí una necesidad higiénica. T. aconsejó entonces que se forrasen las paredes con piel humana; a otro le pareció ostentosa la piel humana y dijo beatíficamente que, como más modesta y más duradera, le parecia preferible la piel *catedrática*. Otro instó para que se forrase el cuarto con las hojas de los compendios; yo me opuse ásperamente a eso, dando las mismas dolorosas razones que daría un preso si le quisiesen forrar las paredes de la celda con un tejido hecho de sus propios remordimientos... Se echó a suertes. Decidió la suerte que se forrasen las paredes con piel humana. ¡Dispersámosnos, lentos y tristes, para ir a asesinar gente!...

Reuníase allí un concilio formidable. El más implacable era A. ¡Qué ideas y qué sonrisas!... Fué él quien un día, en el aula de Derecho Canónico, profetizó, con gestos trágicos, la destrucción de Babilonia. Venía también S., todo armado; entraba de ordinario por la ventana, gallardamente, como Almaviva; extendía sobre los tímidos la gran sombra protectora de sus bigotes, y a alta noche, salía a cazar lobos. En vano perseguía una bandada de lobos errantes, que, según él, debían haber acampado en la humanidad melodiosa del Salgueiral (1). Venía también

(1) Bosque de las cercanías de Coimbra, ciudad a la cual alude, a través de estos párrafos, Eça de Queiroz, que dirigía esta carta a su íntimo amigo Carlos Mayer, con quien

Biblioteca Nacional de España

M., de siniestras ironías; un día, en Bussaco, encuentra a un hombre de patillas apostólicas; corre hacia él y le aprieta entre las manos robustas, con el gesto de quien aplasta un insecto... —¿Qué hace?, gritaba el hombre. —Estoy catándolo; el señor, entre esta selva hace el efecto de una pulga entre las barbas de Moisés... Y continuaba aplastándolo.

En tu cuarto se celebraban fiestas de arte. Era el Hotel Rambouillet del romanticismo coimbricense. Allí, muchas veces, sentado sobre la *Mecánica celeste* de Laplace, me mostraste, misteriosamente, un sistema solar que habías creado y que habías encerrado dentro de un

---

estuvo ligado toda la vida en amistad que se inició en las aulas y continuó siempre. Mayer tenía una gran cultura literaria, a pesar de su educación científica y positiva; era ingeniero y se dedicaba con resultados prácticos a la destilación y a los productos químicos. Poseía una gran fortuna y se rodeaba, en su casa, de brocados ricos, objetos de arte, tapicerías y joyas de valor; era un idólatra de lo suntuario. Hay una alusión a las aficiones químicas de Mayer en el estudio sobre Anthero de Quental. (Véase *Notas contemporâneas;* 2.ª edição; Porto, 1913.) En el libro de Antonio Cabral (*Eça de Queiroz: A sua vida e a sua obra;* Livraria Aillaud et Bertrand; Lisboa, 1916) viene publicada una fotografía del Club *Os vencidos da vida,* y en ella aparece la figura de Carlos Mayer, calvo, un poco tosco de facciones, pero destacando entre todos por su elegancia. Mayer fué toda la vida un *janota,* un *dandy,* como el mismo Queiroz; era esta acaso la afinidad que más les enlazaba entre muchas otras afinidades de afición al arte decorativo, a los muebles ricos, a las telas costosas, a todo el elemento suntuario de la vida. Se dice que Carlos Mayer está retratado con toques cariñosos en *Os Maias,* un poco en el Craft dueño de la quinta *dos Olivaes* y otro poco en el mismo protagonista, Carlos de Maia.—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

frasco. Los Universos eran glóbulos de agua. Un día ¡un perro derribó aquel firmamento!...

¡Qué tardes! Desde el balcón se veía la serenidad virgiliana de los prados y del río. Leíamos; yo declamaba *Hamlet;* tú tocabas en tu flauta la mórbida *Lucía.* Muchas veces, entre un concilio revolucionario, tú leías de pie, sobre la mesa, dramáticamente, los *Iambes* de Barbier—los *Iambes* de los cuales decía gravemente el clásico A. que su único defecto era ser sublimes. Celebrábamos ceremonias de un culto desconocido delante del busto de Shakespeare. ¡Dábamos grandes batallas, combates crueles! ¡Aún la seriedad se estremece! Eran dos bandos. De un lado, los paganos, los clásicos, los positivistas; de otro lado, los bárbaros, los románticos, los místicos.

Las balas eran nombres; arrojábamos, de bando a bando, sangrientamente, los nombres de los grotescos de cada secta. Un romántico hería a un clásico gritándole con gesto terrible: *¡Domingo dos Reis Quita!* (1)

(1) Domingo dos Reis Quita, escritor del siglo XVIII, fué uno de los fundadores de la Arcadia Lusitana, similar a nuestra escuela salmantina y a nuestras academias madrileñas. Fué el tipo del preceptista clasicote y rancio, a la manera de nuestro Luzon o nuestro Hermosilla. El florecimiento de la Arcadia tuvo su cenit de 1756 a 1774, período de su mayor actividad poética y crítica, a cuya actividad quienes más prestigio dieron y con más labor contribuyeron fueron Gomes de Carvalho, Correa Garção, Manuel de Figueiredo, Francisco José Freire, más conocido por *Cándido Lusitano,* y el supracitado Dos Reis Quita, cuya disertación crítica capital es la *Carta sobre a utilidade da poesía.* Vid. Rebello da Silva: *A Arcadia Portuguesa,* en los volúmenes XXVIII, XXIX y XXX de sus OBRAS COMPLETAS; Lisboa, 1909.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

El clásico tambaleábase; pero respondía vengativo: *¡Gilbert de Pixérécourt!...* Debes acordarte de que una vez un clásico traicionero lanzó despiadamente al pecho de un adversario romántico este nombre mortal: *¡Vizconde d'Arlincourt!* El romántico llevó dolorosamente la mano al corazón y cayó exánime.

Cuando lo levantamos no era un cadáver, pero era un convertido. Desertó a las filas clásicas por no querer pertenecer a un bando que tenía suspensa eternamente sobre sí esta vergüenza de Damocles: el Vizconde d'Arlincourt. Te acuerdas seguramente de que nosotros fuimos los Sansones de los Filisteos clásicos; no los derrotamos con la misma quijada, pero los apuñalamos, uno a uno, con nombres de clásicos portugueses. Un día huyeron en desbandada, atontados, mientras desde el descansillo de la escalera gritábamos sin cuartel: *Sá de Miranda!* (1) *Garcáo! Semedo! Quita! Sepúlveda!* (2) Ya cansados, sin armas, tirábamosles estos nombres como piedras.

¿Te acuerdas de los ensayos de los *Amigos íntimos?* Había una palabra que yo no conseguía pronunciar

---

(1) Aquí, Eça de Queiroz fué injusto, pues Sá de Miranda es uno de los clásicos que más honran la literatura portuguesa ante el mundo. Nacido en 1490 en Coimbra, era pariente del poeta castellano Garcilaso de la Vega y de la escritora italiana Vittoria Colonna; visitó Italia, de donde trajo los ritmos nuevos. Murió en 1538. Véanse las *Poesías de Sá de Miranda* en la edición crítica de doña Carolina Michaelis de Vasconcellos (Halle, 1886) y el *Poema de Santa María Egipcíaca*, editado por Teófilo Braga (Lisboa, 1913).—*N. del T.*

(2) Correa Garção era uno de los miembros más conspicuos de la Arcadia, y escribió, a más de poesías innúme-

Biblioteca Nacional de España

bien; era *solidaridad* (*solidariedade*). En la noche de la representación tomé la resolución de cantarla, separando las sílabas como notas de música. Era entre las bambalinas y el *atrezzo* del teatro donde discutíamos con T. la superioridad del arte griego. Al plegar una cortina, retirando bastidores, proclamábamos *Moisés* y el *Pensieroso* inmortales, con grave detrimento de la Venus de Milo, la gran Afrodita. Después de las representaciones, había cenas semejantes a las bodas de Camacho!... Una noche salimos todos, envueltos en mantas, con coronas de laurel, simbolizando la generación de los Petrarcas y cantando un coro lacrimoso.

Había habido en la calle de... una reunión, y las familias, al salir, dispersábanse, con gritos de aves asustadas, viendo aquella multitud de fantasmas coronados que recitaban un soneto amoroso, ofrecido a Dios en nombre de los discípulos de Petrarca!...

---

ras, quejas críticas sobre el desánimo que reinaba entre los miembros. Véanse sus disertaciones: *Dissertação sobre ser o principal preceito para formar um bom poeta procurar e seguir e imitação dos melhores auctores de antiguedade* y *Dissertação sobre o caracter da tragedia*. Teófilo Braga escribió en su juventud universitaria un drama en que el protagonista era Garção, y en él actuó Queiroz de padre noble al representarse en el Teatro Académico de Coimbra. Véase la alusión a este caso en *O Francezismo* (*Ultimas páginas; Manuscritos inéditos;* Porto, 1917), traducido por mí en la anterior colección de ensayos póstumos de Eça, titulada *La decadencia de la risa*, publicada en esta misma "Biblioteca Nueva" (Madrid, 1918). En cuanto a Curvo Semedo y Sepúlveda fueron dos malos poetastros de la Arcadia y son los que inician la época de decadencia en las letras portuguesas. De Quita ya se ha hecho mención.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

Aquella época fué una pequeña *Restauración;* tanta era la vida, la savia espiritual, la vaga convulsión melodiosa del alma. Adorábamos el teatro. El teatro era la pasión, la lucha, el dolor, el corazón arrancado y gimiendo, sangrando, rodando sobre una escena resplandeciente. Nuestro teatro era Shakespeare y Hugo, y los dramaturgos españoles, sombríos y magníficos, del siglo XVI.

Admitíamos también la sátira en el teatro, pero la sátira sangrienta: Juvenal dialogado, la sublime brutalidad de Rabeláis, la franca risa gala, todo el fango de Marcial con toda la sangre de Tácito, para pintar la faz demacrada del egoísmo humano.

Teníamos un hemiciclo de poetas. Colocados en un punto de vista exclusivo, sólo era admitido a nuestra comunión el que derivase de la fuerza, del rugido de la naturaleza, de la palpitación salvaje de la vida y de la pasión.

Teníamos al mismo tiempo, clandestinamente, un idealismo enfermizo y disolvente. Nuestro compositor favorito era Beethoven; y, sin embargo, yo, ¡desgraciado de mí!, adoraba a Mozart en secreto. Y te sospecho, amigo, de haber condescendido en esa época con Novalis y con Luis Tieck.

Para nosotros (y con grandes golpes contritos sobre el pecho lo digo), Portugal no tenía derecho de ciudadanía en la religión del arte y del alma. Lo aceptábamos como país de acción. ¡Uno de los mayores poetas de Portugal era para nosotros Vasco de Gama!... Teníamos un sistema de naciones-almas y naciones-brazos. Así para nosotros la mayor epopeya portuguesa era la exploración del mar. Sus rimas eran

Biblioteca Nacional de España

conquistas. Las escenas de sus dramas manaban sangre junto a las murallas de Diu.

Literariamente, Portugal, en nuestra opinión, era simplemente el pretexto para el *Bosquejo* del Padre Figueiredo. Del pasado apenas creíamos en Joao de Barros y en Camoes. Garrett se había separado de nosotros, tomando por el atajo que lleva a Dios y legando a la generación presente lo poco de alma que aún tiene.

Los contemporáneos, ¡ay!, no los conocíamos... Hoy yo (y creo que tú) conocemos bien los nobles espíritus que se obstinan en pensar, en medio de este desierto de almas, unos al lado de la Historia, otros en el verso, algunos fomentando la crítica, otros reanimando el drama o la novela.

Pero en aquella época de espontaneidad sólo veíamos lo que indiscutible y verdaderamente es como el sol.

Discutíamos ampliamente la naturaleza, y yo me acuerdo de haberte oído hablar, delante de aquella luz que cae deshecha en tristeza en el *Penedo da Saudade*, acerca de la formación de las nebulosas, y partiendo de ahí, describir al hombre y a Dios hasta la procesión de la víspera

Había entre nosotros todas las teorías y todas las sectas; había republicanos bárbaros y republicanos poéticos; había místicos que practicaban las églogas de Virgilio; había materialistas sentimentales y melancólicos que preconizaban la materia con una suave languidez de miradas y hablaban de la fuerza vital casi de rodillas, con las manos amorosamente enlazadas; había paganos que lamentaban sus penas de amor castamente, bajo la niebla luminosa de los astros. Había

Biblioteca Nacional de España

de todo y había también la serena amistad incorruptible, el fecundo amor del deber y la ingenuidad risueña de todo lo que despierta.

Delante de la anatomía de las ideas había una magnífica arrogancia, y en la vida real éramos todos contemplativos, melancólicos y tímidos. Y tú sabes cuál era el gran espíritu, hoy lejos de nosotros, que explicaba a Proudhon con la serena familiaridad de los sabios, y en las aulas decía, con voz tímida, refiriéndose a los jurisconsultos antiguos: "El Sr. Pégas... Su señoría el digno Paiva y Pena... El noble caballero Cujacio... etcétera." Temblaba ante aquellos comentadores como ante ídolos misteriosos y se imaginaba que había de ablandarlos tributándoles veneración...

Tal era aquel concilio. La fuerza severa del espíritu necesita de estas precursoras explosiones de vida. Hoy quedan pocos de estos camaradas. Separados o distantes, sin embargo, siempre que uno levanta el brazo se reunen en derredor como los hugonotes en torno del penacho de Enrique IV.

Todos se perdieron. Unos están lejos, más allá del mar. Otros padecen el tedio de la vida oficial. Otros viven en las castas serenidades del hogar. Otros se pudren debajo de la hierba; y lo que amábamos en ellos—el alma—se disipó; y lo que veíamos—el cuerpo—anda en derredor de nosotros, en las metempsícosis, en el aire, en las plantas y en las piedras; pero nosotros aún no comprendemos su silencio, como ellos ya no advierten nuestro ruido...

Ahora bien; quien en esa época me hubiese hablado de los siglos clásicos de Augusto y de Pericles, me hubiera hecho una injuria personal; y hoy, en presencia de

Biblioteca Nacional de España

esta dolencia desoladora de los espíritus, de estas llagas luminosas e incurables que las almas tienen, estoy casi dispuesto a declarar con la vela en la mano, como los antiguos conversos, que el pensamiento sólo ha tenido tres épocas: Pericles, Augusto y Luis XIV. ¡Es el ciclo de los tres tiranos! Y aun lamentando que las ideas nazcan con los esclavos, me parece magnífico y verdadero que aquellas fechas sean el sepulcro de todo cuanto el alma humana ha creado. *¡Confiteor!* ¡Salve, Aristóteles!...

Pero lo malo es que en derredor de aquellas épocas, que son arriba cimas luminosas, y abajo crepúsculos constelados, muévese una población salvaje, disforme y revolucionaria. Allí hay el crimen, la pasión, el dolor, la lucha, la sangre, el amor, los celos, la muerte, la duda: ¡todas las medias tintas del mal!... Quien desciende de aquellas cimas, que son gloria, luz y verdad, donde habitan las almas nobles de Horacio, de La Harpe, de Boileau, de Reis Quita, de Garcao, de Caminha y compañía; quien desciende a aquellos abismos perversos, tropieza con figuras gigantescas y horribles: Shakespeare, el humano; Dante, el sobrenatural; Rabelais, el escarnecedor; Isaías, el profeta; Juvenal, el vengador; Esquilo, el fatal. ¡Aquellas figuras espantan!...

Es un encuentro peor que el de la Selva Misteriosa, en el comienzo de *La Divina Comedia*. ¡Adiós, las serenidades idílicas de los tiempos de Pericles y de Augusto! ¡Adiós, las claras aguas de las alegrías de los ojos! ¡Adiós, las tibias blanduras y los descansos arcádicos!...

¡Aquellos poetas terribles arrástrannos, deslúmbrannos de ideal, abrásannos de pasión, nos dan puñala-

Biblioteca Nacional de España

das de luz!... Lo arrojan todo sobre el alma: el amor, la melancolía, la pasión, los celos, el misticismo, la ironía, la desesperación, la duda. A más de eso, no respetan la felicidad corporal del egoísmo humano: atrévense a darnos el espectáculo terrible del dolor. ¡El Rey Lear muestra despiadadamente sus ojos arrancados y su corazón caído en el fango, pisado por los hijos, escupido por los lacayos, silbado por el populacho!... Aquellos poetas abren en el alma perspectivas sorprendentes. ¡Quien los lee, siente entrar en sí, bruscamente, el infinito!... ¡Sufre como los sacerdotes antiguos sufrían con la presencia de Dios!...

Y entretanto, los que se quedaron en el rincón de la luz blanca, en compañía de los espíritus inofensivos de Racine, de Horacio y de Virgilio, de todos los clásicos, viven constante y sosegadamente en su fe ordinaria, en su virtud, en su soñolencia higiénica... ¡Es que esos inofensivos producen un rumor que arrulla, ponen una pantalla (1) al ideal, dan la pasión atenuada y ponen antifaz en el rostro del dolor!...

Pero los que descendieron a las regiones románticas quedaron con el alma doliente, febril, anhelante, nostálgica. ¡Ahí está cómo se explica toda esta generación moderna, contemplativa y enfermiza!... Porque —digamos la verdad—hoy la vida del pensamiento es un vasto hospital de almas. Y los gemidos que salen de los lechos son los dramas, los poemas, las novelas modernas. Hoy, indiscutiblemente, pensar es sufrir. La

(1) Eça de Queiroz escribe aquí: *põem abat-jour ão ideal;* pero es porque en portugués no tienen palabra para significar pantalla. A mí me ha parecido mejor emplear nuestra castiza palabra que el vocablo francés.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

enfermera, que se llama Democracia, consigue curar a pocos. Los poetas clásicos no obligan a pensar; son la simplicidad, la frialdad, la narración, la superficie, la afectación, la convención;—¡todo menos el alma con su tragicomedia de dolores y de dudas!...

Nosotros, amigo mío, somos una generación desilusionada por tres revoluciones; reblandecida por una invención horrible: la música; atacada de la duda religiosa; generación que vió desvanecerse a Cristo, a quien tanto tiempo amó, y no ve llegar la libertad por la que hace tanto tiempo aguarda. ¿Cuáles pueden ser las obras de esta generación? Creaciones febriles, convulsiones cerebrales, idealistas y enfermizas; toda una pesadilla moral. Por eso hemos tenido toda la serie de figuras melodramáticas, desde Fausto hasta Mr. de Camors (1).

¿Qué vale más, esta dolencia magnífica o la salud vulgar e inútil que se goza en el clima tibio que va desde Racine hasta Scribe? ¡Yo prefiero valerosamente el hospital, sobre todo cuando la primera fiebre se llama Julieta y la última Margarita!...

Los otros, los saludables, los doctrinarios del arte, los petrificadores de la pasión, los sacerdotes de la tradición y del *magister dixit*, no pertenecen al arte puro; pertenecen a los archivos. Son documentos históricos. Son momentos sociales vistos a través del arte. Racine explica a Luis XIV. Y como en la historia libre y pura no se puede concebir a Luis XIV, así en el arte libre y puro no se puede admitir a Racine. Toda nuestra Ar-

(1) Protagonista de una novela de Octavio Feuillet, muy en boga en la época en que Eça escribía estas páginas.—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

cadia explica los reinados de D. Juan V, de D. José I, de Doña María I. Por esa literatura se pueden conocer todos los sentimientos monárquicos de la época: el espíritu cortesano, la influencia clerical, la sumisión de antecámara, la majestad teatral, toda esa suma de falsos sentimientos y de falsas costumbres que era el antiguo régimen. Y aquella literatura falsa, ridícula, siendo excelente como documento, es grotesca como arte. En el arte sólo tienen importancia los que crean almas y no los que reproducen costumbres.

El arte es la historia del alma. Queremos ver al hombre; no al hombre dominado por la sociedad, entorpecido por las costumbres, deformado por las instituciones, transformado por la ciudad, sino al hombre libre, situado en la libre naturaleza, entre las libres pasiones. El arte es, simplemente, la representación de los caracteres tales cuales serían abandonados a su voluntad inteligente y libre, sin las trabas sociales. Ahí está lo que da a Shakespeare la supremacía en el arte. Fué el mayor creador de almas. Reveló la naturaleza espontánea; soltó las pasiones en libertad y mostró su libre acción. Y ahí es donde se puede estudiar al hombre. Esto es lo que hace también la grandeza de ciertos tipos capitales de Balzac: *el Barón Hulot, Goriot, Grandet.* Realizan su destino, lejos de la asociación humana, bajo la libre lógica de las pasiones.

Entretanto, sucede a veces que los que reflejan su época, crean; y es cuando no sólo revelan el carácter de un momento, un estado convencional y pasajero, sino que traducen y explican toda el alma de un pueblo. Es lo que constituye la grandeza de Joao de Ba-

Biblioteca Nacional de España

rros (1). Historiador, reveló el genio de Portugal: el espíritu aventurero, mezclado de exaltación religiosa; el heroísmo supersticioso. Camoes, el hijo del Renacimiento y de las imitaciones latinas, no tiene el espíritu épico de Joao de Barros, que a veces, en una página, concentra toda el alma antigua y heroica de la patria.

Ultimamente, el espiritualismo entró en su fase retórica; y los poetas modernos de Francia, Mallarmé, Dierx, Sully-Prudhomme, Catulle Mendés, Heredia, Ricardi, L'Isle-Adam, etc., fabrican maldiciones al mundo y a la materia con la misma sabia reflexión y estudio con que los poetas de 1810 fabricaban madrigales. Una

---

(1) Es el más ilustre de los historiadores portugueses. Nació en Vizeu en 1496, y fué educado en el Palacio Real, en íntima amistad con D. Manuel I y D. Juan III, el cual le dió en 1522 el Gobierno del Castello de San Jorge da Mina, y luego, en 1525, el cargo de tesorero de la Casa de la India. Al iniciarse la colonización del Brasil recibió la Capitanía del Marañón; cargo que no desempeñó por el naufragio de una escuadra. Murió en Ribeira de Litem —quinta suya próxima a Pombal—en 1570. Escribió, como obras novelescas *Chronica do Emperador Clarimundo, donde os Reis de Portugal descendem* (1520), y en 1540, el *Dialogo da viciosa vergonha*, así como por esta época dió a luz también la obra didáctica *Gramatica da lingua portugueza*. Pero la obra que le inmortalizó fueron las *Décadas*, que había de publicar por partes: *Primera Década, Asia; Europa, segunda década; Africa, tercera década*, y *Santa Cruz* o *América, cuarta década*. Pero se entusiasmó en exceso contando las maravillas de Asia, y sólo llegó a publicar cuatro décadas, todas las relativas a ese continente; una dada a luz en 1552; otra, en 1553, y la tercera, diez años después, en 1563; la última se publicó después de varias diligencias morosas en 1615, por Juan Bautista Lavanha, en esta villa y corte de Madrid.—*N. del T.*

Biblioteca Nacional de España

cierta escuela, salida de Charles Baudelaire, afecta entusiasmo por el mal; como los histriones medrosos ponen bermellón en el rostro para encubrirse la palidez, ellos tiñen el alma de perversidad negra para encubrir el desfallecimiento.

Hace un momento hablé de *Mr. de Camors*. Otro libro nostálgico. Otra vez Manfredo y D. Juan, bajo una forma remozada y teatral. Mr. de Camors es un místico. Tiene todos los desfallecimientos del alma, todos los desmayos del deseo de los héroes poéticos de 1830.

Trae sólo un aparato más: el materialismo. Se disfraza de impasibilidad; pero ¿cuándo? Precisamente, cuando por la posición política, por el esplendor financiero, por la fuerza de los hábitos y de las relaciones, tiene una vida equilibrada y material, en que el alma se adormece. Y como el alma se adormece, se acallan los gemidos. Pero cuando despierta, sea por el amor o por la vergüenza, o por la pasión, o por el deber, o por la paternidad, o por el remordimiento, al punto comienza aquella pobre alma a llorar afligida, a torturarse y a pedir con las manos alzadas hacia las estrellas un refugio sereno!...

Aquí, en Portugal, hay también una gran enfermedad. Hablaría de eso ahora si no estuviese fatigado de escribir.

Mas la peor de las dolencias es la dolencia que afecta aires lánguidos; que compone, al morir, la voluptuosidad de la mirada; que cuando ya siente el frío de la muerte, murmura correctamente: ¡Adiós!...

¿Qué significa esta carta desordenada, en que me dejé arrastrar, contra mis hábitos impasiblemente si-

Biblioteca Nacional de España

lenciosos, a hablar vagamente de literatura?... Nada, sino que un día de tristeza y de frío quise hacer una nostálgica romería a aquellos tiempos distantes en que vivíamos en una noche de ideas y de deseos, alumbrados por aquellos astros que se llaman Shakespeare, Dante, Rabeláis, San Juan, Goethe y Cervantes, y teniendo siempre en el alma aquella ternura luminosa que venía de una aurora serena, clara, inmensa, purificadora y consoladora: ¡Jesucristo!...

Tuyo,

EÇA DE QUEIROZ

Biblioteca Nacional de España

XV

MEFISTOFELES

En el *Fausto*, de Charles Gounod, la figura dramática y sintética es Mefistófeles.

En torno de él, Fausto canta artificialmente como un lírico histrión de ópera; Margarita siente las primeras rebeliones nerviosas del deseo; Siebel estremécese con la naciente savia del amor, como su antiguo amigo Cherubini; el alma legendaria del Rey de Thule canta en su torre, que baña la espuma del mar; el pueblo celebra las *kermesses* y los judíos dicen la música de la avaricia; ¡sólo Mefistófeles vive!... Y su gran figura angulosa, nerviosa, elástica, incisiva, atraviesa, siniestra, el drama; con sus lirismos nostálgicos, con sus sensualidades tristes, con sus misticismos artificiales, glorificando la fuerza brutal del dinero, escarneciendo las castidades hechizantes, empujando a Fausto, el espiritualista, hacia la violencia lasciva, combatiendo la serena inspiración de Cristo, negociando en almas y abatiendo toda la penosa construcción de la honra, del deber, del perdón, del amor, de la purificación, ¡con la risa trágica del mal!... ¡Esa ópera es una simple aventura del diablo!...

En ella, Fausto no es el sabio que penetró la medicina, la física, la lógica, la dialéctica, la dogmática,

Biblioteca Nacional de España

la teología, la metafísica, para quien los seis mil años del pasado sólo son el prefacio del saber humano, que busca la X terrible de la ecuación de los astros, y que al rumor que hace su alma buscando a través de la Naturaleza al Dios fugitivo, al Misterio, sólo consigue despertar a los durmientes de su corazón: los deseos, los besos luminosos y las languideces silenciosas; no es el hombre que se enoja de las vacías realidades de la vida y de la pasión, y que se recoge en un estoicismo trágico, teniendo, no obstante, siempre dentro del pecho el coro sollozante y rebelde de los deseos infinitos y de las ásperas curiosidades, hasta que al fin, más sereno y transfigurado, va al fondo del mundo antiguo a buscar el sublime cuerpo de Helena, y tiene de ella, que es el ideal de la forma antigua, un hijo, Euforion, que es el ideal del espíritu moderno.

No. En la ópera, Fausto es, sencillamente, uno de aquellos ambiciosos grotescos que contrataban por escrito con el antiguo diablo en los claustros malditos, y le compraban la realización de un deseo por una pequeña cosa despreciable, menos valiosa que el dinero y que las telas; una cosa inútil, estéril, que se le arrojaba desabridamente, y que era, simplemente, el alma!...

Las leyendas están llenas de estas negociaciones.

Cornelio Agrippa vende el alma por los secretos de la filosofía; el abad de Tritheim, por el secreto de la circulación de la sangre; Falstaff vende el alma, un Viernes Santo por la noche, cuando estaban cerradas las tabernas de Londres, por una garrafa de vino de España y una pierna de capón; Luis Gaufridi, por el poder de exaltar nerviosamente a las mujeres; un lacayo del Marais, por la suerte en el juego de dados;

Biblioteca Nacional de España

Ricardo Dugdale, un galanteador del Condado de Landshire, por una lección de danza!... Fausto vende, desprendidamente, el alma por el amor vulgar de una muchachita clara y rubia que tiene un modo celeste de hilar, cantando!...

El diablo cumplía escrupulosamente el contrato; había para estas negociaciones una jurisprudencia dogmática. Sujetábase incluso a acompañar al contratador, como una inspiración visible, como un camarada en los peligros, para facilitarle la amplia realización del deseo. Seguía a Agrippa, bajo la forma de un escudero, vestido de negro, con el nombre de *Sujeto*. Seguía a Fausto, vestido de escarlata, con el nombre de Mefistófeles. Nada más...

Margarita no es, en la ópera de Gounod, como en Goethe, el símbolo del alma alemana, sencilla, casta, sufrida; de aquel alma alemana que, como en *La Melancolía*, de Alberto Dürer, cuando la materia, la tiranía, la desesperanza la oprimen, sólo sabe, resignadamente, doblar las alas; aquel alma alemana que exhala todo su inmenso dolor en frescos cánticos dolorosamente humanos, que tienen todas las sencilleces, todas las inteligencias, todos los deberes; que cuando mira para la tierra, es para amar; cuando mira para el cielo, es para orar; cuando mira para sí misma, es para morir. No. La Margarita de la música sabia de Gounod es un alma lírica, nebulosa, nostálgica, sensual; para quien el amor es un magnetismo suave; la oración, una lucha con el mal; la muerte, una liberación romántica de la vida, insuficiente y vacía... Ese Fausto tiene en el alma un lirismo teatral; esta Margarita tiene un paraíso artificial.

Biblioteca Nacional de España

Pero él, el buen Mefistófeles, tiene una vida real y poderosa. Es él; la antigua criatura terrible y grotesca, veleidosa, infame y trágica. Es el antiguo Satanás de las leyendas. Es él el mismo a quien los Severios oyeron decir que antes quería devorar un alma que volver entre purificaciones hacia sus antiguos camaradas los astros, *sidera lucida!* Es él el eterno inspirador de los heréticos y de los impostores; él quien enseñaba los oráculos a los cocodrilos de Arsinee y a las encinas proféticas de Dodona, y quien daba a Manés, el hombre impío, la ascética palidez de los monjes; como da a Fausto, viejo y blandengue, el resplandeciente magnetismo de la mirada. El quien, según las tradiciones judaicas, inventó los afeites y las joyas para herir los castos instintos de la mujer, y quien tiraba los corales al regazo de las mujeres de Brabante, como muestra a Margarita el color traicionero e hipócrita de las perlas. Es él el mismo que en Babilonia tomaba las actitudes hieráticas de un dios y huía de la mirada de Daniel, como en la *kermesse* de Leipzig toma la voz siniestra y ronca del dinero y cae, torturado y cobarde, ante la serena aparición de las cruces de las espadas. Es él el antiguo diablo que daba a los monjes de la Tebaida el mal de la *acedía*, como da a la pobre Margarita el mal del amor. Tortura a los monjes de Occidente, les da las llagas y los dolores de Job y les envuelve en las visiones magníficas del mal.

Las vírgenes diáfanas rezan en el silencio de las noches las mil oraciones de la prostración; los monjes pasan los años en ayunos dolorosos. ¡En vano!... Si se acuestan en la nieve, la nieve adquiere un calor vital y lascivo, que los enerva; si beben el agua fría y puri-

Biblioteca Nacional de España

ficadora de las fuentes, el agua da a su cuerpo la palpitación de enormes apetitos. Si quieren rezar en silencio, oyen las risas de ambrosía de los dioses sensuales y el gemir desfallecido de las mandolinas. También la pobre Margarita, si quería hilar castamente y llorar al viejo Rey de Thule, sentía la melodía de la carne cantar en voz baja: "Mira cómo Fausto, el caballero vestido de terciopelo, es blanco y bello y sano y fuerte."

Los monjes de Alejandría andaban de noche por los corredores solitarios y sonoros, con las cruces alzadas, cantando los versículos del Evangelio para alejarle, y regando con agua bendita las losas del claustro; así el gentil Siebel hisopa, tristemente, las flores maculadas de Mayo.

Es al mismo tiempo este diablo terrible (que andaba disperso en los elementos de tal suerte, que el viento era su tos) quien actuó de verdugo de la Inquisición, la fiera dramática de las almas; es él quien redactó la sentencia de Cristo, quien encendió las hogueras de las brujas que celebraban el *sabbat*, donde daba luz una lámpara sin aceite y predicaba el sermón de los siete pecados; era, por fin, él quien tenía por hijos a Merlín y a Roberto de Normandía, Atila y los Hunos; era al mismo tiempo jovial, grotesco, bailarín, poeta, jugador y payaso. Bebía gloriosamente el vino de las misas del Papa. Tenía una taberna en el infierno, donde se comían, con pringue de beata, las almas de los usureros. Daba serenatas a las aristócratas de Venecia. Hacía sonetos correctos y académicos a las abadesas de Vecker. Vestíase de terciopelos y de sedas, prestaba dinero a los estudiantes de las Universidades libres y firmaba *Belcebú*, cocinero del Infierno. Los

Biblioteca Nacional de España

trovadores cantaban esta leyenda, faceta de las farsas de Satán.

Logró tanta familiaridad con el hombre, que Lutero le ensució de tinta y Rabeláis le dió papirotazos. En Alemania, en la noche del 30 de Abril, daba un sarao magnífico en las alturas de Borx-belg. Era la noche de Walpurgis. Había gran danza de las desnudeces. En las noches claras, las estrellas asistían con la impasibilidad de vestales.

Así es la figura compleja de Mefistófeles. Durante la ópera de Gounod, esta individualidad siniestra deja fluir sobre la trama de los amores y de los arrepentimientos su desprecio resplandeciente y ruidoso, como aquellas figuras de Satanás que en las catedrales de Alemania caen del último cucurucho, una risotada de piedra, que en los nichos, en las esculturas, en las rosetas de colores, en los fustes, en los bajorrelieves, hiela las aspiraciones ideales de santos, de vírgenes, de ángeles, que van a helar aspiraciones ideales y los sentimientos del cielo.

Toda aquella música de la ópera que envuelve a Mefistófeles es la vaga melodía sombría del mal. Tiene el escarnio, tiene la violencia, tiene las indolencias, la jovialidad y el miedo. Ríe, cruje, tiembla, devasta, insulta y vence...

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

	Págs.
I.—El señor Diablo	7
II.—Las rosas	25
III.—Azulejos	51
IV.—El invierno en París	81
V.—Revuelta de estudiantes	89
VI.—A propósito de Thermidor	99
VII.—Europa en resumen	109
VIII.—De Port-Said a Suez	117
IX.—La Península	141
X.—Brasil y Portugal	151
XI.—Una partida jugada al *Times*	191
XII.—Misticismo humorístico	201
XIII.—Positivismo e idealismo	209
XIV.—El romanticismo en Portugal	223
XV.—Mefistófeles	239

245

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

3,50 pesetas.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1104240744

Biblioteca Nacional de España